

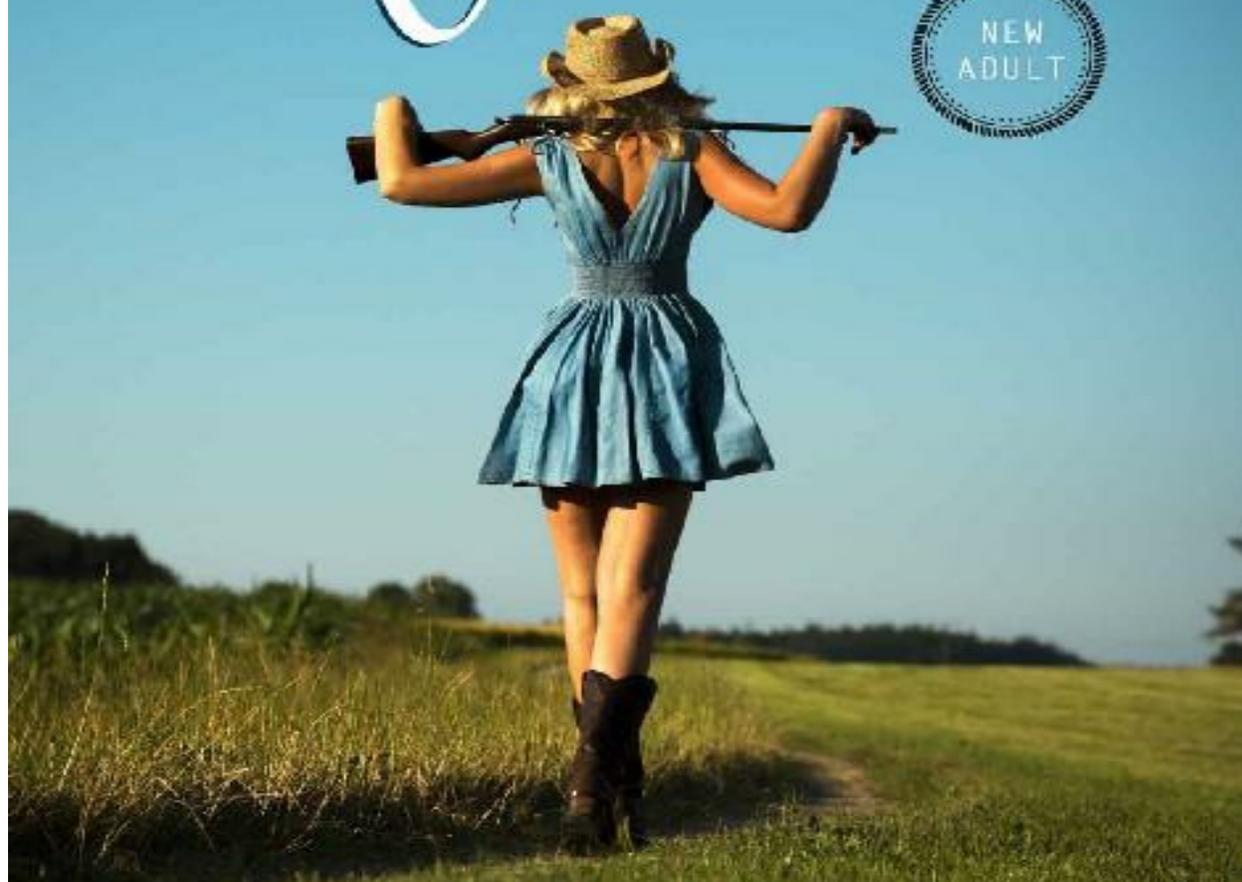
LORRAINE COCÓ

Como en
Una Canción
Country



LORRAINE COCÓ

Como en
Una Canción
Country



©2019, Como en una canción Country © 2019 Lorraine Cocó

Corrección: Violeta Triviño

Diseño portada y contraportada: Nune Martínez

Todos los derechos reservados

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, alquiler o cesión de esta sin el consentimiento expreso y por escrito de la autora.

Para ti, que has decidido embarcarte en esta historia.

Espero que te enamore tanto como a mí.

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[EPÍLOGO](#)

[Stand by me](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[PRÓXIMA PUBLICACIÓN EN JULIO](#)

[SOBRE LORRAINE COCÓ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

Blue se cruzó de brazos y resopló al tiempo que ponía los ojos en blanco, fastidiada, mientras el resto de las chicas del gran salón, completamente enfebrecidas, levantaban los brazos y chillaban desquiciadas como si alabaran a algún tipo de dios. Odiaba esa parte de la fiesta. Le parecía ridículo dar un espectáculo como aquel, dejando patente la desesperación de todas aquellas mujeres por conseguir un anillo que las convirtiera en esclavas de los deseos de un hombre. La música se había detenido para ese momento y cuando la novia se colocó de espaldas al gentío y levantó el brazo en el que portaba el ramo de flores, de repente se hizo el silencio en la enorme sala. La novia sonrió con picardía y Blue sintió que un escalofrío le recorría la espalda cuando la mirada entusiasmada de la chica se clavó en la suya. Quiso negar con la cabeza en una especie de espasmo rápido para transmitirle que no lo hiciera, pero no tuvo tiempo antes de que volviese a girarse, dándoles la espalda y lanzase el maldito ramo, con ella como claro objetivo. Apenas tuvo tiempo de pestañear antes de reaccionar y justo cuando le iba a caer sobre su cabeza, dio un amplio paso hacia atrás que la libró del impacto e hizo que se desplomara justo a sus pies, sobre el suelo. Lo peor fue ver los rostros estupefactos del resto de las chicas, que no entendían por qué no lo había cogido. La miraron como si de repente le hubiesen salido un par de

cabezas extra sobre los hombros, alguna incluso negó con decepción y reprobación. Pero ella se mantuvo en sus trece.

—¡Vamos, vamos! No se va a coger solo del suelo —las animó con ambas manos, recordándoles que el pobre buqué seguía allí, esperando a su futura e incauta dueña.

Dicho y hecho. Un segundo después, se miraban las unas a las otras y, tras evaluarse, se lanzaban al suelo ávidas por hacerse con el trofeo. Cuando Blue las vio caer las unas sobre las otras, no consiguió que la risa quedase oculta tras sus labios, ni pudo evitar la carcajada que burbujeó entre sus dientes por la ridícula escena.

Se mordió el labio y giró sobre sus talones para volver a sus quehaceres. No estaba allí como invitada a la boda, aunque conociese a la novia desde la escuela elemental, en la que habían sido compañeras de clase y pupitre. Melinda era posiblemente la compañera que más tiempo le había durado. La señorita Jasper la había puesto con todos y cada uno de sus compañeros, y cuando no conseguía espantarlos, (lo más habitual), se deshacía de ellos con un poco más de ingenio e igual mala leche.

Nunca fue una niña muy sociable. Prefería los animales a las personas y por eso estaba allí, en aquel rancho turístico, ocupándose de los caballos y las pruebas de tiro. Le gustaba lo apacible que era; la tranquilidad, la rutina con los animales, e incluso tratar con los niños cuando se hospedaban familias.

Pero no en momentos como aquel cuando su lugar favorito se convertía en un circo de tres pistas. En los dos últimos años, y tras haber celebrado allí la boda de una de las herederas más ricas e influyentes del estado, el rancho había recibido innumerables peticiones para officiar este tipo de eventos, hasta el punto de tener una apretadísima agenda para ellos.

El viejo Sherman estaba encantado con los buenos beneficios que le estaban proporcionando las bodas, pero su carga de trabajo se había duplicado y por alguna extraña razón, las novias la encontraban «interesante», por lo que gran parte de sus nuevos cometidos iban dirigidos a encargarse de ellas. Que Blue no pareciese imbuida por el ambiente efervescente de las bodas hacía que la creyesen un bicho raro, uno al que se empeñaban en convertir para incluirla en el rebaño de delirantes románticas. Pero ella no estaba por la labor. Aquel era el noveno ramo que tenía que evitar, y no sería el último. Porque la siguiente y por suerte última boda de la temporada en el rancho, sería la de su propia hermana mayor, Skylar.

Se aseguró de que la fiesta tuviese todo lo necesario para concluir felizmente y una hora más tarde abandonó la zona de eventos. Resopló al pensar en todo el trabajo que tendría por delante la siguiente semana. Apenas faltaban unos días para el enlace de Skylar e iba a ser una locura. Le habría gustado disponer de unos días para recuperarse entre celebraciones, sobre todo porque en esta ocasión no sería solo parte del personal del rancho, sino

que además era dama de honor principal y tendría que hacer todas esas cosas que odiaba, aparentando que las disfrutaba.

Y todo por ella.

Skylar era cuanto le quedaba, junto a su abuelo, y era capaz de hacer cualquier cosa por ella. Daría la vida por su hermana, incluso vendería su alma al diablo, que era casi lo que le había pedido que hiciera, y había dicho que sí. Tenía que cumplir.

En el exterior el aire más fresco de la noche la recibió, devolviéndole la vida. Cerró los ojos unos segundos elevando el rostro e impregnándose de los olores. Se mezclaban los habituales del rancho con los de la excesiva decoración floral del porche que habían tenido que poner para la ocasión. Le gustaban las flores, sobre todo en macetas, como aquellas que colgaban de las vigas de madera y caían en cascada junto a la puerta, y se dio unos segundos para disfrutarlo a solas, mientras el gentío del interior proseguía con la ruidosa fiesta. Si hubiese podido deleitarse también del silencio, habría sido perfecto.

—Eh, B.B., ¿huyendo de otra boda? —La voz de Jim, uno de los vaqueros del rancho, la sobresaltó haciendo que diera un pequeño respingo y cambiase su postura relajada, enderezándose.

—Yo no huyo. Mi trabajo ha finalizado —repuso bajando los escalones del porche con rapidez mientras sacudía las palmas la una contra la otra y

pasaba por su lado. No es que no le apeteciese hablar con él. Jim era un tipo agradable, pero estaba agotada.

—Estupendo, te invito a una cerveza —atajó él rápidamente haciéndola detenerse.

Blue paró en seco y bajó la cabeza haciendo una mueca, aprovechando que le daba la espalda. No lo había visto venir. Anita, la cocinera del rancho llevaba semanas insinuándole que Jim la miraba con ojitos de cordero. Ella se había limitado a reír ante el comentario y no creer una palabra. Jim era un encanto con todo el mundo. Y dudaba mucho que con su historial anti-citas quisiera jugársela siquiera pidiéndole una, pero se había equivocado. No podía dejar al chico allí parado esperando una respuesta y giró sobre sus talones, metiendo las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros.

—Mira, Jim... —empezó forzando una sonrisa. A otro le hubiese negado la petición sin contemplaciones, pero Jim no solo era majo, era el nieto del viejo Sherman, que era su padrino, y eso lo convertía en familia—... estoy deseando llegar a casa y tomarme esa cerveza, pero con mi abuelo. Estos días no he pasado mucho tiempo con él y ya sabes... quiero echarle un ojo.

No mentía. Le gustaba pasar tiempo con su abuelo, además de parecerle el único hombre decente sobre la faz de la tierra, y por tanto digno de compartir una cerveza con él.

—Claro, claro... Pasar tiempo con el viejo es importante. —La

expresión de Jim no escondía su decepción. Lo vio caminar hacia atrás, con media sonrisa triste paseando por sus labios y le dio un poco de penita.

—Tal vez otro día —dijo sin pensar, dejándose llevar por la culpa.

Craso error, en cuanto pronunció aquella frase vio brillar de forma especial los ojillos azules del chico, llenos de esperanza.

—¡Genial! Otro día —repuso él encantado, y su paso cambió de taciturno a casi bailarín.

«¡Maldita sea!», se dijo a sí misma. Aguantó un gruñido de frustración mientras lo veía marchar contento, sabiendo que había cometido un gran error. No le gustaba dar falsas esperanzas, y sabía que tarde o temprano tendría que pagar un precio por no haberlo recordado.

Aquel pensamiento la acompañó hasta que llegó a su casa, media hora después. Aparcó su viejo automóvil en la acera de enfrente y apagó el motor, sintiendo que cada músculo de su cuerpo le pedía a gritos una ducha y dormir al menos ocho horas. Veía luz a través de las ventanas del salón y dada la hora que era, podría apostar un mes de sueldo a que su abuelo se había quedado dormido delante del televisor. Casi lo podía ver con el cuello doblado de mala manera, la mano colgando tras el reposabrazos y su viejo trasero escurrido hasta el filo del sillón. La sola idea de que estuviese durmiendo en esas condiciones la hizo salir del coche y encaminarse a la entrada. Desde el vestíbulo ya pudo verlo tal y como lo había imaginado, y con un gran suspiro

dejó su bolso y las llaves en el mueble de la entrada. Se acercó a él y durante un segundo, con las manos en las caderas, lo contempló con cariño.

Allí, tumbado en aquel enorme sillón y en esa postura, se daba cuenta de lo mucho que había menguado su cuerpo con el paso de los años. Thatcher Crane siempre había sido un hombre grande, al menos a ella se lo había parecido desde que tenía uso de razón. Cuando era joven tenía el cabello rubio como el trigo y los ojos entre verdes y avellana, la mandíbula cuadrada y una sonrisa perezosa que fue el motivo por el que la abuela Rose se enamoró de él. Al menos eso contaba su abuelo cuando la recordaba. Ella sin embargo había disfrutado poco de aquella sonrisa. Imaginaba que, tras la muerte de su padre, su único hijo, había perdido las ganas de sonreír.

No es que no lo hiciera nunca, solo que era un placer escaso. No le hacía falta tampoco, en la mirada de su abuelo podía leerse su alma, su bondad, su entereza, sus valores, su fortaleza y todo aquello que se debía valorar y admirar en un hombre. Él las había criado a Skylar y a ella. Sus padres habían fallecido en un absurdo accidente de coche cuando ella acababa de cumplir diez años y su hermana trece. Desde luego hacerse cargo de una adolescente pérdida y una niña indómita, cuando los padres de ambas acababan de morir, no tenía que haber sido tarea fácil. Pero si alguien había sido capaz de llevar a cabo con éxito semejante trabajo ese había sido él.

Ahora ya tenía setenta y un años y dormía escurrido en el desvencijado

sillón del salón. Decía que aquel mueble era un apéndice de su cuerpo y no había consentido que le compraran otro, ni siquiera que lo restauraran o cambiaran la tapicería. Era cabezota como un buey, pero ella no era quién para reprocharle ese rasgo de su carácter que había heredado.

—¡Blue! Me parecía haberte oído —le dijo su hermana desde los escalones. Ella le hizo una señal para que bajara el volumen y después la instó a acercarse con un gesto de su mano.

Skylar llevaba con ellos dos días, por mantener la tradición de dormir en su casa antes de la boda, aunque en realidad llevaba viviendo con Joe, su prometido, más de un año. A ella esa tradición le parecía una chorrada, aunque no iba a negar las ventajas. Una, le encantaba tenerla de vuelta, aunque fuera solo unos días. Y dos, le venía de perlas en aquel momento para cargar con el abuelo hasta su cama.

—Vaya... se ha vuelto a quedar dormido —dijo Skylar, en tono bajo, llegando a su lado.

—¿Puedes culparlo con lo que ve en la tele? —le preguntó ella señalando la película.

—Pues no. Se sabe esas antiguas pelis de vaqueros de memoria.

Ambas se miraron y sonrieron con cariño volviendo a prestar atención a su abuelo.

—No podemos dejarlo aquí, tiene los huesos hechos polvo. Tú lo coges

por los pies y yo bajo los brazos, ¿de acuerdo? —preguntó a su hermana.

—Claro... ¡qué bonito es volver a casa! —bufó.

—Calla, boba, ya lo echarás de menos.

—Tú sí me echarás de menos a mí—dijo su hermana con sorna mientras obedecía sus indicaciones, y se agachaba para tomar al abuelo por debajo de las rodillas.

Blue hizo una mueca de burla en respuesta pues, aunque no iba a reconocérselo a su hermana, así sería.

Cuando Skylar se fue a vivir con su novio, Blue no lo había llevado muy bien. Pero aprendió a sobrellevar su marcha pensando que no era algo definitivo, sin embargo, aquella boda lo cambiaba todo. Joe había conseguido trabajo como ingeniero jefe para la empresa de energía eólica más importante de Texas. Ahora la compañía quería abrir nuevas instalaciones en Oklahoma, y lo habían contratado para supervisar su construcción. Por lo que tras la boda tendrían que mudarse allí, al menos durante dos años.

Skylar se marchaba a formar su propia familia, y ella sentía que una parte de su vida se rompía sin remedio. No dijo nada de lo que pensaba. Solo depositaron al abuelo en su cama y, tras quitarle las botas y tapanlo con una sábana, salieron de la habitación. Lo hicieron en absoluto silencio, aunque nada lo habría despertado.

Una vez en el pasillo se vio sorprendida por el abrazo de Skylar.

—¿Qué ocurre? —preguntó turbada.

Su hermana la soltó y tomó su rostro entre las manos, clavando su mirada verde en ella.

—Te quiero, Blueberry. Solo quiero que lo sepas —declaró con una sonrisa. La misma que le recordaba a su madre. Y tras aquella desconcertante afirmación, la soltó y la vio marchar en dirección a la escalera que llevaba al piso superior.

Blue tragó saliva y sintió que su pecho latía de forma diferente, como si cada latido doliese, por tener encogido el corazón. Cuánto la iba a echar de menos...

CAPÍTULO 2

—¿Tortitas? —le preguntó a su abuelo nada más entrar en la cocina—
¿Un jueves? ¿Vamos a tirar la casa por la ventana? —Le dio un beso en la mejilla y tomó una del plato, que comenzó a partir con los dedos y comer a dos carrillos, apoyando los codos en la isla de madera. Le gustaba ver a su abuelo en la cocina, pues tenían muchos recuerdos como aquel.

La primera vez que les hizo tortitas fue el día del entierro de sus padres, cuando regresaron a casa, cerca del mediodía. La cocina estaba llena de fuentes, platos y bandejas repletas de la comida que los vecinos de Riverhall habían llevado hasta la casa, junto a sus pésames. Pero cuando el abuelo les preguntó qué querían comer, ella dijo que tortitas. El abuelo no había hecho en su vida unas tortitas, pero eso no fue un problema para él. Lo vieron llamar por teléfono y hablar con su amigo Al, el dueño de la cafetería a la que solía ir a desayunar hasta entonces, y tras conversar unos minutos con él, se dobló las mangas de la camisa de cuadros hasta los codos y se puso a hacerlas, aunque seguramente era la última tarea que le apetecía realizar horas más tarde de enterrar a su único hijo y a su nuera. Desde entonces, las tortitas del abuelo se habían convertido en un bálsamo ante cualquier acontecimiento desagradable de sus vidas.

—Hoy las vas a necesitar.

Blue, con la boca llena, enarcó una ceja.

—Vamos, pequeña, sabe más el diablo por viejo que por diablo. Te conozco, yo diría que mejor que nadie. Y sé que mientras tu hermana está deseando que empiecen todas esas cosas que ha planeado para su boda con Joe, tú quieres que te trague la tierra.

—Y que me escupa en una isla en el caribe —puntualizó ella.

—¡Menuda tontería! ¿Qué harías tú en una isla de esas? ¡Eres una vaquera! Una que aún no ha aprendido modales, por cierto —apuntó quitándole lo que le quedaba de tortita de la mano, poniéndolo en un plato junto a otras dos y dejándolas sobre la mesa.

Blue hizo una mueca, pero se dejó caer en una de las sillas de madera delante del plato y siguió comiendo, esta vez con cuchillo y tenedor.

—Gracias, abuelo. Aunque a Skylar no va a gustarle un pelo este despliegue —dijo señalando la fuente de tortitas, el sirope, la mermelada, la miel, el plátano troceado y las pepitas de chocolate que había preparado el abuelo para acompañar al dulce manjar—. Estos días solo se alimenta de fruta y barritas que saben al pienso para los caballos.

—Las novias y su manía de ponerse flacas para la boda, como si el novio no conociese ya de sobra sus curvas... —dijo cabeceando, lo que hizo que Blue escondiese una carcajada—. Pero, en fin, tu hermana se fue ya hace rato —dijo su abuelo sentándose junto a ella a la mesa, portando únicamente

su taza para el café. Una que le habían regalado ellas con la imagen impresa de Clint Eastwood en El bueno, el feo y el malo.

—¿Hace rato? ¿Pero qué hora es? —La comprobó en la pantalla de su móvil, nunca le habían gustado los relojes, le molestaban en la muñeca. Y cuando vio que hacía media hora que debía estar en el rancho, se levantó de la silla como si la hubieran atizado en el trasero—. ¡Maldita sea, llego tarde!

—No vas a marcharte sin desayunar.

Aquella era una afirmación categórica. No estaba dejando lugar a réplicas. Aunque ya tuviera veinte años y no fuera una niña pequeña y desgarbada, la seguía cuidando como tal. No podía perder el tiempo en protestar o discutir, así que tomó las dos tortitas que le restaban en el plato, las rellenoó con algunas rodajas de plátano que roció con pepitas de chocolate y después las enrolló como si se tratase de un taco gigante. Antes de que el abuelo pudiese decir algo, le dio un gran mordisco llenándose la boca. Cuando ofreció al anciano una mirada cargada de súplica con la boca llena a punto de explotar, este le dio permiso con la mano, resoplando resignado, y salió de allí como alma que lleva el diablo.

—¡Blueberry! ¡Dichosos los ojos! ¡Si yo fuera primera dama no me atrevería a aparecer con una hora de retraso!

Aquella cálida bienvenida era de Mía, la mejor amiga de su hermana y

segunda dama, aunque bien habría preferido ser la primera. De hecho, no perdía oportunidad para dejarle claro que no creía que Skylar hubiese hecho lo correcto al ofrecerle a ella ese importante papel cuando no la consideraba a la altura. Tal vez Mia tuviese razón, ella carecía de ese entusiasmo febril por las bodas y todo lo que se consideraba romántico, pero nada le impediría dar a su hermana todo cuanto desease esos días. Los últimos que estaría con ella.

—No tenía prisa, sabía que, en mi ausencia, tú harías un buen papel como sustituta. —La palabra «sustituta» hizo que las mejillas de Mia, ya bastante encendidas por el maquillaje, lo hicieran aún más. Pero como buena arpía no iba a dejar que Blue viese que conseguía afectarla.

Llevaban años con aquel tira y afloja, desde que Skylar y Mia tuvieron edad de comenzar a salir por ahí y ella veía cómo su hermana prefería salir a bailar con su amiga a quedarse en casa con ella y con el abuelo jugando a las cartas o viendo películas. Entonces se propuso convertir a aquella pelirroja en su archienemiga y lo había conseguido.

Mia levantó la barbilla con soberbia y sonrió con autosuficiencia, dispuesta a presentar batalla.

—¿Por qué no lo dejas ya? Estás a punto de arruinar el día más feliz de la vida de tu hermana. —Mia posó las manos en las caderas y la retó.

—¿Tú crees? Puede que solo consiga que esta sea la más memorable de todas las bodas del condado, en muchos años.

Blue no pensaba ni en sueños arruinar ese día, pero hacerla creer que sería capaz de hacerlo y ver su cara de espanto, bien merecía la pena.

—No te atreverás... —le dijo con la mirada entornada.

—¿Me has visto achantarme alguna vez ante algo? —Cuando Mia abrió los ojos de par en par, estupefacta, se dio por satisfecha y con paso firme caminó por su lado en busca de su hermana. Jamás lo reconocería ante la pelirroja, pero iba a hacer cuanto estuviese en su mano para hacer que aquellos tres días fuesen memorables para Skyler, y de la mejor forma posible. Y por lo tanto no tenía tiempo que perder.

Tres horas más tarde, el grupo de casi una veintena de personas, compuesto por las damas de honor y los amigos, el hermano y los primos del novio, daban un aplacible paseo a caballo por el rancho. Skylar había organizado dos días de actividades con los amigos antes del gran día. Quería el pack completo de la experiencia vaquera y era lo que iba a tener. Blue disfrutaba de esos paseos cada día, y no tenían nada nuevo para ella. Le gustaban, aunque los prefería en solitario y haciendo correr a *Toffee*, su caballo. Pero ver el sudor perlar la frente de Mia, al tiempo que sacudía la mano para espantar bichos voladores, no tenía precio.

Sonreía con malicia y satisfacción cuando se vio sorprendida por su hermana que se adelantó en el grupo para ponerse a su lado.

—Blue, tenemos un problema —le dijo algo tensa.

Todas sus alarmas se pusieron en alerta al escuchar el tono de Skylar.

—No hay problema que valga mientras yo esté aquí —dijo con firmeza intentando librarla de su inquietud.

Skylar forzó una sonrisa, no muy convencida. Decidió ignorar la poca fe que parecía mostrar en ella en ese momento y esperar a que le contase el «gran problema».

—Joe acaba de decirme que tenemos un invitado más. Lo llamó anoche para confirmar su asistencia.

—¿Anoche? ¿Quién confirma su asistencia tres días antes de la boda? — Blue frunció los labios y el ceño.

—Pues Brock Ashby, su mejor amigo.

Blue parpadeó varias veces elevando las cejas, sorprendida.

—¿Brock Ashby, el hijo predilecto de Riverhall?

—Ese mismo, el *pitcher* de los Rangers de Texas.

—¿Y cómo es que yo no sabía que mi cuñadito se codeaba con la *creme de la creme* de las grandes ligas?

—Hace tres años que no se ven. Yo aún no lo he conocido más que por las historias que Joe me ha contado de cuando estuvieron juntos en la universidad, pero ahora mantienen contacto principalmente por teléfono.

—Bueno, un invitado más no es un gran problema que solucionar en una boda como esta. En cualquier mesa le hago un hueco. Revisaré el cuaderno de

las reservas de las cabañas, a lo mejor hay una libre, y si no, el señor Ashby tendrá que compartir la de alguno de los chicos. Todo solucionado —indicó intentando que la preocupación desapareciera del rostro de su hermana, pero no fue así—. ¿Se me escapa algo? —terminó por preguntar.

—Si te soy sincera... —le dijo en un susurro, aproximando su caballo al de ella—, la asistencia de Brock me pone un poco nerviosa. Ya sabes lo que se cuenta sobre él...

El gesto de su hermana no dejaba lugar a dudas de a lo que se refería. Ella no era muy dada a cotilleos, pero en un pueblo pequeño como aquel conocer la vida de los demás, era más sagrado que la misa de los domingos. Mucho más cuando se trataba de uno de los dos famosos que había dado esa tierra. Los logros deportivos de Brock Ashby lo habían convertido en una leyenda en aquel pueblo, aunque este no se hubiese molestado en volver por allí desde que lo fichase el gran equipo. Aun así, lo admiraban y veneraban. Pero mirarlo con lupa hacía que cada aspecto de su vida fuera de dominio público. Y Brock tampoco es que fuera muy discreto ocultando las cosas más jugosas, como sus múltiples escauceos amorosos o las fiestas que se corría en compañía de modelos y otros compañeros de equipo.

—¿Qué es realmente lo que te preocupa, que intente liarse con todas tus damas de honor?

Cuando Skylar ladeó la cabeza y su larga melena rubia cayó sobre su

hombro mientras sopesaba dicha posibilidad, muy concentrada, como si la idea no le pareciese tan mala, Blue abrió los ojos de par en par.

—¡Por todos los diablos, hermanita!

—No me malinterpretes, no es lo que quiero. No deseo que ese Don Juan vaya causando estragos en los corazones de mis chicas, pero durante un segundo no he podido evitar pensar que, si estaba entretenido...

—¿No tendría tiempo para estar con Joe...? —terminó por ella, entornando los ojos. Skylar se mordió el labio inferior sintiéndose culpable. Sin duda la conocía mejor que nadie y a menudo le leía la mente con solo cruzar sus miradas. No lo pudo evitar y se echó a reír a carcajadas—. No me lo puedo creer, ¿te da miedo que contagie al bueno de Joe, o algo así?

—¡Calla! ¡Deja de reírte! —la llamó al orden entre dientes mientras se giraba para sonreír con tensión al resto del grupo de amigos que iban en sus caballos tras ellas—. Joe no siempre ha sido tan bueno. Estoy segura de que se ha pegado sus buenas juergas en la universidad, ¿si no a ver qué hacía saliendo con Brock Ashby?

—Pero desde que vino a este pueblo, y sobre todo desde que te conoció, es un hombre serio que está deseando sentar la cabeza contigo.

Blue no lo decía para tranquilizarla, podía no querer que su hermana se fuese a la otra punta del estado, pero si algo tenía claro era que Joe la quería, de lo contrario ya se habría encargado ella de sabotear aquella relación.

—¿Pero y si al reencontrarse con su amigo se da cuenta de que echa de menos aquellos tiempos? Nuestra vida es de lo más tranquila, no es que haya nada excesivamente emocionante en este pueblo. ¿No crees que cuando esté con Brock, la estrella de los deportes, y compinche de fiestas y aventuras se dará cuenta de que casarse conmigo es lo último que desea?

Blue vio el brillo y la inseguridad en los ojos verdes de su hermana y tuvo ganas de zarandearla para hacerla volver a la realidad. Skylar siempre había sido mucho más tranquila que ella, menos temperamental, parecía tener las cosas claras y desbordaba una seguridad sosegada. No obstante, sabía de dónde venían todos esos miedos. Skylar también era muy sensible y una romántica empedernida. La había visto sufrir por amor en varias ocasiones desde que tuvo su primer novio con diecisiete años. Este terminó por engañarla con otra chica del instituto. Dicen que el primer amor no se olvida, ella no podía corroborar tal cosa, pues a sus veinte años se las había ingeniado para no entregar su corazón ni una sola vez, pero Skylar, aunque no había tenido una lista enorme de amores, sí había sido lo suficientemente intensa como para temer que le rompieran el corazón una vez más. Pensaba que todo eso había cambiado al conocer a Joe, jamás la había visto tan enamorada y segura como lo estaba de él. Y en ese momento no parecía ella misma.

—Creo que estás sufriendo algún tipo de ataque de pánico prenupcial.

Lo he visto en otras novias. No eres la única que pasa por ello. Y no tienes por qué preocuparte, la aventura más grande del mundo es lanzarse a unir tu destino al de otra persona, y es lo que vais a hacer vosotros este fin de semana. Es lo que quiere hacer Joe contigo. No tienes nada que temer.

—¡Oh, Blue! ¡Qué bonito! —Skylar tomó aire y lo soltó muy despacio—. Tienes razón, solo estoy nerviosa. Joe me quiere.

Blue asintió sonriente, imitando el gesto de su hermana.

—Prométeme que incluirás eso que has dicho en tu discurso para el banquete —dijo de repente su hermana suspirando emocionada y al parecer más tranquila.

Blue sintió que cada músculo de su cuerpo se paralizaba de inmediato ¿Su hermana esperaba que diese un discurso en el banquete? Odiaba hablar en público y la que empezó a sentir pánico fue ella. Skylar, más relajada ante sus palabras, le sonrió agradecida y le hizo señales para indicarle que volvía algunos metros atrás, junto a su prometido.

Mientras ella siguió guiando al grupo y bufando. Visualizó la lista de desagradables tareas a las que se tenía que enfrentar para la boda y añadió al final aquel maldito discurso y vigilar al nuevo e inesperado invitado, para asegurar la tranquilidad mental de su hermana.

Sin duda su fin de semana iba mejorando por momentos, pensó con ironía.

CAPÍTULO 3

Brock llegó al rancho Sherman casi a medio día. Se había dirigido allí directamente desde Arlington, y las cinco horas en coche se le habían hecho eternas. Aparcó su lujoso deportivo frente a la puerta del edificio principal y apagó la música que llevaba a todo volumen inundando el interior del vehículo con las notas de *Human* de Rag'n'Bone Man. No tardó en bajar para estirar las piernas, y giró en derredor para reconocer el terreno. Cuando decidió confirmar su asistencia a la boda de Joe, en el último momento, no lo había hecho solo por su amigo, sino pensando que aquellos días, escondido y apartado del mundo, serían una buena oportunidad para poner en orden su cabeza. Ahora, sin embargo, frente a la fachada de madera del viejo rancho, se preguntaba si había sido una buena idea.

Se pasó la mano por el cabello corto de la nuca y aprovechó el gesto para hacer rotar el hombro derecho un par de veces hacia atrás, mientras sus retinas se llenaban de recuerdos. No era la primera vez que visitaba aquel rancho que estaba apenas a diez millas de su población natal, Riverhall. Sus padres lo llevaban de niño a menudo a montar a caballo o a comer uno de los sabrosos asados de costillas de la cocinera. No recordaba cómo se llamaba la mujer, posiblemente ni siguiera trabajando allí, pero aún podía rememorar el sabor de aquella deliciosa comida casera en las papilas. Fueron buenos

momentos, tal vez los mejores de su infancia, junto a sus partidos de béisbol en la escuela. Pero eso fue antes de que todo su mundo se rompiera por primera vez.

Sacudió la cabeza al darse cuenta de que había estado a punto de dejar que aquellos recuerdos volviesen a su mente, cuando no habían tenido apenas cabida en ella durante los últimos años. Había ido allí a divertirse, ocultarse de la prensa y pensar en lo que se le avecinaba. Y era exactamente lo que iba a hacer, se dijo mientras iba hasta el maletero de su coche y lo abría presionando el botón del mando a distancia para sacar su bolsa de viaje de los Rangers. Después cerró con fuerza y se encaminó hacia la recepción del edificio. Subió los escasos cuatro peldaños que daban acceso al porche de dos zancadas y con las gafas de sol aún puestas, traspasó la doble puerta de madera, tras abrir primero la mosquitera. En el interior, por lo que pudo comprobar, apenas había cambiado nada desde que él iba de niño. Entonces recordaba el vestíbulo del edificio como enorme, ahora que su escala comparativa había cambiado, lo veía apenas acogedor. Por lo demás, tal vez habían variado algún detalle en la decoración: una vitrina de trofeos en la pared del fondo, algunas fotos, y plantas que suavizaban el ambiente del viejo oeste del recinto. Pero el olor intenso de la madera y el cuero de los sillones de la recepción seguía presente en el ambiente, devolviéndolo a la niñez. Solo tuvo tiempo de echar un rápido vistazo cuando un chico de unos veinte años se

asomó por la puerta tras el mostrador.

—¡Buenas tardes! ¡Bienvenido al rancho Sher...!

El chico se detuvo de repente y supo que acababa de reconocerlo por la sonrisa boba que cruzó su rostro.

—Señor Ashby...

Brock puso los ojos en blanco tras sus oscuras gafas de sol.

—¿Brock Ashby?

La voz de un hombre se oyó desde el cuarto que daba a la recepción y de él salió, tras el chico, un hombre mayor que al momento pudo reconocer como el viejo Clay Sherman, el dueño del rancho. Jamás olvidaría a ese hombre que fue el que le enseñó a montar a caballo. Además, no había cambiado un ápice. Ya cuando él era niño lucía el cabello plateado, tanto el de la cabeza como el del exuberante bigote que ocultaba casi por completo su boca de labios finos. Sus pobladas cejas seguían salpicadas por algún cabello oscuro, dando intensidad a su mirada azul. No tuvo tiempo de contestarle tras su escrutinio, porque el hombre ya había salido del mostrador para darle un fuerte abrazo, que en absoluto esperaba.

—¡No lo puedo creer, el joven Ashby! ¡No te veía desde que eras un mocoso! ¿Sabes, Jim? ¡Yo le enseñé a montar! —exclamó con orgullo, señalándolo. Y después lo miró como si fuera una alucinación y realmente no pudiese creer que estuviese allí.

—Así es. Fue usted el que me puso por primera vez sobre un caballo — apuntó mirando a ambos alternativamente, que seguían pareciendo embelesados.

—Perdona, me ha sorprendido tanto verte aquí, de nuevo... Este es mi nieto, Jim —le presentó formalmente al muchacho que no tardó en ofrecerle la mano. Le devolvió el apretón acercándose al mostrador.

—¿Qué tal, chico? ¿Qué haces por aquí, has venido al pueblo a visitar a tu padre? —le preguntó el hombre dándole una sonora palmada en la espalda. No había duda de que el rancho mantenía al anciano en forma.

—Estoy bien, señor —repuso escuetamente, como cuando era un niño.

Entonces lo hacía por timidez, un rasgo de su carácter que ahora brillaba por su ausencia. Sin embargo, la alusión a su padre sí lo había dejado sin palabras por un momento. Miró a ambos hombres que aguardaban contestación a su segunda pregunta y pensó en rehuir la respuesta con otra pregunta.

—¿No sabían que venía? Confirmé ayer a Joe mi asistencia a su boda.

—¿A Joe? —preguntó el viejo Sherman sorprendido, rascándose la barbilla—. No me ha dicho nada.

—Tal vez B.B. sepa algo. ¿Voy a buscarla? —preguntó el chico de la recepción, solícito.

Y como si con sus palabras la hubiese llamado, una chica, también joven, hizo acto de presencia entrando por la puerta que minutos antes había

usado él. Se sacudía el polvo de las manos contra los vaqueros, y no reparó en él hasta que lo tuvo a pocos pasos de distancia. Y entonces se detuvo en seco.

—¡Oh! Vaya... parece que se me ha adelantado —dijo con un tono anodino e inexpresivo en la voz. Apenas lo miró durante una centésima de segundo, y después se acercó al mostrador para dirigirse a Sherman que ahora la miraba a ella, confuso.

—Blue, ¿sabías que Brock venía al rancho? —preguntó el hombre a la chica.

—Me he enterado hace un rato durante el paseo. Al parecer el señor Ashby no confirmó su asistencia hasta ayer por la noche. —Su mirada fue tan impasible y poco entusiasta como su tono, lo que hizo que él ladeara la cabeza ligeramente, conteniendo una sonrisa.

Ella simplemente bufó antes de centrar la vista en un libro que había sobre el mostrador, muy concentrada.

El tono desdeñoso de su resoplido no pasó desapercibido a oídos de Brock, que la miró con mayor atención aprovechando que él no parecía ser de su interés. Algo a lo que no estaba acostumbrado y alimentó su curiosidad en partes iguales. No era más que una chiquilla, debía tener la misma edad que el tal Jim, que la miraba como si acabase de caer un ángel al entrar ella. No lo podía negar, guapa era un rato. Además de alta y esbelta. Tenía el cabello rubio a mechones desde el rubio más claro que enmarcaba su rostro ovalado,

hasta el dorado del trigo o la miel más cristalina. Sus rasgos eran armónicos, presididos por unos vivaces ojos castaños avellana y una boquita que parecía un corazón jugoso como una fresa. Aprovechando que sus gafas oscuras impedían que alguno pudiera sospechar el escrutinio al que iba a someterla, deslizó la mirada por su cuerpo. Llevaba unos vaqueros ajustados que se ceñían como una segunda piel a sus piernas torneadas, seguramente de montar con frecuencia a caballo. Su trasero era respingón y bien definido y su cintura, sobre la que llevaba anudada una camisa blanca sin mangas, era estrecha hasta creer que podría abarcarla por completo con ambas manos. Sí, el conjunto la convertía en lo que algunos de sus compañeros de equipo llamarían un *caramelito*, pero él estaba acostumbrado a mujeres un poco más hechas. No es que fuera un vejstorio, acababa de cumplir veintiocho años, pero las mujeres con las que solía relacionarse distaban poco de su edad. Y eran solteras desinhibidas con ganas de pasar un buen rato, sin historias románticas en la cabeza y que sabían que lo que él ofrecía era solo un pasatiempo divertido y salvaje.

Aquella última palabra quedó grabada en su mente cuando ella se giró de improviso para mirarlo directamente al rostro por primera vez. Al parecer, durante su escrutinio, se había perdido toda la conversación mantenida entre el viejo Sherman y la chica, y ahora volvía a ser el centro de atención. Pero mientras los hombres le dedicaban sendas sonrisas encantadas, ella solo clavó

en él su indescifrable y enérgica mirada, como si quisiera taladrarlo con ella.

—¿Y entonces? —le preguntó ella poniendo las manos en las caderas.

Brock se dio cuenta de que esperaba respuesta a una pregunta que no había escuchado.

—Perdona, no te he oído —repuso él quitándose las gafas de sol y salvando la distancia que los separaba, para quedar a apenas un paso de distancia. La vio fruncir el ceño, incómoda y tuvo ganas de sonreír, aunque se contuvo.

Blue tuvo que tragar saliva cuando su mirada inquisitiva se cruzó con los ojos más verdes, más bien turquesas, que había visto en su vida. Aunque impresionada, le sostuvo la mirada como primero su padre, y luego su abuelo, le habían enseñado a hacer para no mostrar flaqueza. Pero el corazón se le había detenido en seco y tuvo que aclararse la garganta antes de hablar para no parecer una rana ronca.

—Decía que va a tener que compartir cabaña con el hermano de Joe. Lamentablemente no nos quedan libres. De haber confirmado antes su asistencia...

—Está bien. No hay problema —repuso él dándose cuenta de que había subestimado el poder de aquella mirada castaña. Tenía un matiz osado y fiero que le hizo desear acercarse más a ella y perderse en las motas verdes que

salpicaban sus iris, haciéndolos refulgir. En lugar de eso dio un paso atrás, como si aquella creciente e inesperada necesidad le hubiese golpeado en el estómago. Aun así, en su mente una pregunta se formuló sin permiso: ¿Quién era aquella chica?

CAPÍTULO 4

No se dio la vuelta, no le hacía falta para saber que la seguía a muy corta distancia. De hecho, si ella tropezaba y se desplomaba por el porche o las escaleras, él le caería encima. La sola idea hizo que, por primera vez en su vida, observara los escalones cuidadosamente mientras descendía hacia el aparcamiento. En cuanto posó los pies sobre la tierra polvorienta, se apartó y giró sobre sus talones para enfrentarlo, sin ningún entusiasmo.

—La cabaña está por allí, como dice la llave, es la número siete — indicó señalando la zona. Desde su posición se podían ver las pequeñas construcciones en medio de la explanada.

—Ya veo... pues acerquémonos —dijo aproximándose a su coche y dando por hecho que iría tras él.

—¿No sabes conducir en línea recta? —Arqueó una ceja, incrédula.

Brock sonrió ante la evidente hostilidad de la chica que cambió el peso de su cuerpo de pierna, impaciente por librarse de su tarea.

—No temo perderme, pero el viejo Sherman ha dicho que me la mostrarías. Por su tono intuyo que trabajas para él y que espera que sea exactamente lo que hagas.

Los ojos femeninos se encogieron ligeramente, pero su brillo aumentó de forma peligrosa.

—Sí, trabajo aquí, pero no está entre mis funciones mostrar las cabañas a los huéspedes. Si me lo ha... pedido —hizo una pausa para escoger adecuadamente la palabra—, ha sido por mi implicación en la organización de esta boda.

—Ah... ¿Estás muy implicada? —Más que la pregunta, lo que la puso en alerta fue el tono aterciopelado que utilizó mientras acortaba la distancia entre ambos al pronunciarla y la forma en la que le brilló la mirada, clavándola en ella con intensidad.

Blue percibió la socarronería y provocación de sus labios y supo que su hermana no había exagerado al verlo como una amenaza. Lo que para su pesar no hacía más que confirmar la necesidad de vigilarlo muy de cerca.

—Soy la hermana de la novia —anunció posando las manos sobre sus caderas.

—¿La dama principal? —Su gesto de extrañeza le recordó al incrédulo que mostró Mia el día que descubrió que Skylar la elegía a ella para esa tarea. Y completó la frase recorriéndola de arriba abajo con descaro.

Blue bufó antes de contestar.

—Sí, la dama principal. Y ahora, ¿quieres ir a alojarte para que pueda seguir ocupándome de mis tareas?

—¿Son cosas mías o estás deseando perderme de vista? —preguntó él volviendo a ponerse las gafas de sol, algo que Blue agradeció enormemente.

Era difícil no mirarlo a los ojos cuando estos eran como imanes. Pero la sonrisa socarrona de los labios no había forma de borrarla.

—¿Por qué? ¿Es algo nuevo para ti? —replicó ella segura de que estaba acostumbrado a que las mujeres se le tiraran a los pies, aunque fuese para servirle de alfombra.

—En absoluto. No es la primera vez que pongo nerviosa a una mujer... —Un gesto arrogante acompañó a su comentario y tuvo ganas de dispararle, pero mostrar su enfado era un gusto que no pensaba darle.

Blue comenzó a reír a carcajadas, algo que lo pilló completamente desprevenido. Había pretendido ponerla nerviosa, picarla un poco quizás. Era joven y seguramente mucho más inexperta que él en el juego del tonto y la seducción, por lo que había estado seguro de que con su acercamiento y comentarios conseguiría romper esa fachada suya de seguridad. No iba a negar que ver incendiarse su mirada le parecía todo un espectáculo, pero lo que no había previsto bajo ningún concepto era que se riese abiertamente de él.

—¡Oh, vaya! ¿Cómo es que no te han puesto un mote como «el bufón» en los Rangers? —No dejó de reír, e incluso se llevó una mano a la tripa mientras se carcajeaba—. ¡Ner...vio...sa! —consiguió decir mientras se limpiaba una lágrima furtiva producto de la risa.

Brock se cruzó de brazos y frunció el ceño, molesto. Aquella niñata lo estaba poniendo en evidencia.

—Mira, estrellita de los deportes, aún no ha nacido el hombre que me ponga a mí nerviosa —dijo dejando de reír de repente y fulminándolo como si lo pudiese desintegrar—. Y para demostrártelo, estaré encantada de guiarte hasta la cabaña, ya que no eres capaz de ir tú solo.

Tras su sorprendente declaración, le dio la espalda y comenzó a caminar en dirección a su alojamiento.

De piedra.

Brock se quedó completamente paralizado tras su declaración y durante unos segundos tan solo pudo observar el contoneo de sus caderas en aquellos vaqueros, a medida que ella caminaba alejándose de él. «¿Estrellita de los deportes?». No sabía si reír o gruñir ofendido. Las dos le parecían buenas opciones. Cuando se dio cuenta de que ella iba a seguir caminando mientras él la observaba como un idiota, sacudió la cabeza y fue hasta su coche. Quería dejarlo junto a la cabaña, en el lateral, para protegerlo del sol. Y tras arrancarlo, se vio obligado a conducir tras ella a cinco millas por hora. Por nada del mundo iba a preguntarle si quería subir, y arriesgarse a recibir otra respuesta desdeñosa por su parte.

Blue mantuvo un paso constante mientras sentía el corazón galoparle dolorosamente en el pecho. No se había formado una opinión de Brock Ashby hasta el momento y ahora podía asegurar que era un cretino. Debía pensar que

aquellos ojos color turquesa, su mandíbula cincelada como si hubiese sido dibujada con una escuadra y aquel cuerpo a todas luces curtido por el deporte lo convertían en un regalo para cualquier mujer, pero por mucho que no estuviese ciega y pudiese apreciar todas esas cualidades, en cuanto abrió la boca y la chulería hacía acto de presencia tenía tanto encanto como un puñetero armadillo. No imaginaba cómo el bueno de su cuñado había hecho amistad, durante tantos años, con aquel tipo. Y frunció los labios aprovechando que él, a su espalda no podía apreciar su gesto.

Apretó el paso cuando vio que colocaba el coche a su altura y levantó la barbilla.

—Creo que hemos empezado con mal pie. —La voz aterciopelada y grave llegó a ella amortiguada por el sonido potente del motor del vehículo y el de las ruedas sobre la gravilla.

—¿En serio? —se limitó a contestar sin mirarlo.

—Sí, en serio. Y lo siento.

Aquellas palabras consiguieron que Blue se detuviese en seco, incrédula. Brock, que no lo esperaba, tuvo que detener el coche. Por el retrovisor vio que ella no pensaba moverse y tuvo que conducir marcha atrás un par de metros para volver a su lado.

—Prosigue —lo instó a hablar cruzándose de brazos.

—¿Quieres una disculpa en toda regla? Yo me he pasado, pero tú no te

has quedado corta. Lo de «bufón» y «estrellita del deporte» ha llegado a hacerme pupita —aseguró falsamente ofendido, con una mano en el corazón.

Blue apretó los labios para no volver a reír y apartó la mirada. Tenía razón, él se había pasado y ella no se había achantado ni un poquito. No había tenido tiempo de pensarlo, ella era así, reaccionaba sin más. Sin filtros. No es que fuese una cualidad ni algo por lo que le gustase que la definiesen, aunque ya se había agenciado un apodo por ello. En cuanto empezó a expresar sus opiniones, su padre la bautizó como «la escopeta». Decía que siempre estaba cargada y dispuesta a disparar. Y su abuelo aún le recordaba el apodo de vez en cuando, cuando se le soltaba la lengua. Pero aun sabiendo que podía haberse contenido un poco, no lo iba a hacer. Brock Ashby no le caía bien y cuanto antes lo tuviese claro, mejor.

—No creo que vayas a morir por un poco de sinceridad. Y respecto a tus disculpas, supongo que podríamos dejar el tema, si no vuelves a hacerme ese tipo de comentarios. No soy una niña ingenua que vaya a impresionarse fácilmente. Sé de lo que vas y no me interesa.

Blue comenzó a caminar de nuevo y él la siguió con la ventanilla abierta, aunque eso hiciese que el interior de su immaculado coche se llenara de polvo.

—¿Y quién te ha dicho que yo estoy interesado? —preguntó él elevando la voz por encima del sonido del motor.

Ella lo miró de soslayo y metió las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros. Desafortunadamente Blue se percató de cómo su mirada se desviaba hasta su redondeado y respingón trasero.

—Claro... ese torpe tonto ha sido producto de mi imaginación —soltó con evidente cinismo—. Pero para que las cosas queden claras. Espero que no te conviertas en un problema ni para mí, ni para mi hermana. No necesito que me revoluciones a las damas de honor, ni al novio, ni entorpezcas ninguna de las actividades con tu actitud de estrellita de los deportes, ¿de acuerdo? Este fin de semana es muy importante para mi hermana y nada va a echarlo a perder.

—¿Intentas privarme de toda la diversión? —repuso él totalmente fascinado por su enérgico discurso.

Blue simplemente se encogió de hombros y siguió caminando.

—Tu entretenimiento no es asunto mío.

—Pensé que quizás como dama de honor principal, la satisfacción de los invitados estaba entre tus cometidos.

Una vez más Blue deseó no haberse dejado el revólver en su cabaña, pero no le dijo nada. Quería terminar cuanto antes con ese cretino para volver con su hermana. Ya casi era la hora de la comida y pretendía echar un vistazo a las barbacoas antes de unirse a los demás.

Brock supo que no iba a recibir respuesta cuando ella se alejó del coche

dándole la espalda. Estaba claro que aquella chica era un hueso duro de roer. Por suerte no la tenía como objetivo, y no porque no la encontrase atractiva, o porque pensase privarse de algo de placer femenino durante su estancia en el rancho, sino porque buscaba diversión, no tortura. Sin embargo, se preguntó si tenía algo de masoquista en su interior cuando aquella mujer y cada uno de sus desplantes hacia él, le incitaban a sacarla de sus casillas.

Hizo una mueca justo antes de llegar a las cabañas. Enseguida vio la suya, el gran siete de madera colgado de las vallas del porche no daba lugar a equivocaciones. La vio caminar hacia el edificio y él se apresuró a detener el coche en el lateral, donde quedaría resguardado del acuciante sol tejano de aquellos días de junio. Salió del vehículo, sacó el macuto del maletero y rodeó la cabaña. Blue lo esperaba apoyada en la barandilla del porche. Cuando lo vio le señaló la puerta con ambas manos, como si se tratase de la azafata de un viejo programa de televisión.

—Aquí la tienes. Espero que la encuentres del todo confortable. —Su sonrisa no lo engañaba, estaba deseando marcharse de allí—. Y ahora me voy. En media hora se servirá la barbacoa. No te retrases.

No esperó una respuesta y comenzó a bajar los escalones para marcharse sin mirarlo siquiera, dejándole claro que no merecía más de su atención. Sin embargo él, con una sonrisa en los labios, no pudo despegar la mirada de ella y de su trasero hasta que el sonido de su móvil lo hizo

reaccionar. En cuanto vio el nombre de su agente en la pantalla, su humor cambio de repente haciéndolo volver a la amarga realidad.

CAPÍTULO 5

—Es más alto de lo que imaginaba —le comentó Anita a su lado mientras colocaba en las fuentes el acompañamiento de la carne que Clay se esmeraba en dejar en su punto. Ella había preferido ayudarla, como habría hecho en cualquier otro evento, y alejarse de la masa de amigos de los novios, que en aquel momento rodeaban a Brock, fascinados.

—¿Te parece? No me había dado cuenta —repuso distraídamente al comentario de Anita que, al ver que ella no le contestaba, le dio un toque en el brazo.

Llenaba una de las enormes bandejas metálicas con patatas asadas y otra con deliciosos panecillos de maíz, pero por el rabillo del ojo no perdía detalle del lamentable espectáculo que ofrecían las amigas de su hermana buscando llamar la atención del *pitcher*.

—Cielo, ¿cómo es posible que no le hayas dado un buen repaso? Si yo tuviera como doscientos años menos, no se me escapaba —afirmó la mujer que rondaba los sesenta y muy largos.

Blue rio con ganas.

—En su lista de conquistas, si estuviese contigo el nivel iba a subir considerablemente.

—A ese chico no le faltan mujeres...

—Pero sí un cerebro. Y a ellas también. Si lo escuchasen hablar más de un par de minutos, no perderían el tiempo con él.

El tono desdeñoso que usó, demasiado enérgico hasta para ella, hizo que Anita la mirara con interés.

—He tenido que guiarlo antes hasta su cabaña —explicó—, y puedo asegurarte que no es nada del otro mundo —dijo mostrando con su gesto que le era completamente indiferente.

—¿Sabes?, para darte un buen repaso no hace falta que hable.

Blue la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Anita! ¡Qué descarado! —le dijo entre risas.

—Soy vieja pero aún no estoy muerta. Y a veces una mujer no necesita más que un poco de diversión. No quería decírtelo, pero en ocasiones eres tan borde y estirada que los chicos empiezan a decir que un ratito de esos es justamente lo que te hace falta.

—Eso dicen, ¿verdad? Pero ninguno se atreve a soltármelo en la cara...

—¿Les culpas? Saben que duermes con la escopeta bajo la almohada.

Blue se limitó a sonreír con malicia.

Así era. Y no pecaba de ingenua. El hecho de que no hubiese sucumbido a los encantos de ninguno de los vaqueros del rancho ni se le hubiese conocido novio, alimentaba las habladurías sobre ella. Había llegado a escucharlos insinuar que seguro que le gustaban las mujeres. No era verdad. Se sentía

atraída por el sexo masculino, pero en cuanto pensaba en el precio a pagar por liarse con uno de esos especímenes, se le quitaban las ganas de probar.

La conversación terminó en cuanto oyeron al viejo Sherman dar la voz de aviso de que la carne ya estaba lista. Mientras los presentes se acercaban hasta la enorme barbacoa de piedra, para que les sirvieran, ella fue hasta la gran mesa con bancos a ambos lados para dejar las bandejas. Aún no había depositado la segunda cuando una voz masculina le susurró al oído.

Brock llevaba un buen rato rodeado por el grupo de amigas y amigos de los novios. Apenas había tenido la oportunidad de hablar con Joe más que un par de minutos tras los abrazos y saludos. Después fueron rodeados por el resto y su amigo tuvo que hacer las presentaciones. Era un grupo en total de unas veinte personas y enseguida entraron en una especie de entrevista animada, preguntándole por el equipo y su trabajo en los Rangers. No era su conversación favorita en ese instante, pues si estaba allí, en mitad de temporada, era por haber sido suspendido durante cuatro partidos. Pero cuando fue hasta allí ya sabía que tendría que dar algunas explicaciones y someterse a preguntas como aquellas. Se limitó a ser encantador, divertido, repartir sonrisas y contar alguna anécdota, que era lo que esperaba la gente de él, y eludir con bromas, como hacía con la prensa, las preguntas más incómodas. Sin embargo, lo que no pudo evitar en ningún momento, fue seguir

con la mirada los movimientos de la rubia que tan mal lo había recibido a su llegada.

La hermana de la novia y dama de honor principal no se había acercado a él con el resto del grupo, sino que había preferido quedar en un segundo plano, ayudando a la cocinera a preparar los acompañamientos de la carne. Desde su posición podía verla claramente. No parecía la misma persona que había hablado con él. Ahora estaba relajada, charlatana e incluso la había visto reír, distraída. No una risa como la que le había regalado a él, ácida e hiriente, sino una genuina que dulcificaba su rostro hasta hacerla parecer un ángel. Fue algo impactante ver la transformación y se dijo que quería volver a ver a esa otra chica, aunque para ello tuviese que hacer las paces con ella. En cuanto el grupo corrió a la barbacoa y él vio que ella lo hacía en dirección contraria, hacia las mesas, se apresuró a aprovechar la ocasión.

—Estaba pensando...

—¡Vaya día de novedades para ti! —lo interrumpió ella sintiendo que una corriente eléctrica le recorría la espalda por la proximidad de sus cuerpos.

Brock se dio un segundo para saborear su respuesta, con una sonrisa.

—No lo puedes evitar, ¿verdad? Te sientes obligada a ser lo más borde posible conmigo.

—No es verdad. No me siento obligada. Lo hago con gusto. Y tampoco

creas que es algo personal. Pero es curioso, con lo poco que hemos hablado y eres capaz de pensar que eres tan especial que me esfuerzo en serlo contigo. Estás equivocado. Soy igual con todos los chulitos arrogantes que creen que han sido plantados en este mundo para ser el regalo de las mujeres —dijo ella irguiéndose y quedando a escasos centímetros de él. Estaba sumamente incómoda pero no pensaba darle el gusto de demostrarlo.

Brock amplió la sonrisa. Ella era tan beligerante y resuelta que lo desconcertaba.

—Ahora que sé que odias a todo el género masculino, me siento mucho mejor.

Blue lo vio apoyar el trasero en la mesa y cruzar sus largas piernas a la altura de los tobillos, relajado. Como si su perorata no le hubiese afectado lo más mínimo, y le devolvió una mirada entornada.

—Aunque, ¿sabes? Yo soy el padrino del novio y tú la dama principal...

—¿Eres el padrino? ¡Hace un día que confirmaste tu asistencia!

—Lo sé... ¡Qué puedo decir! En cuanto Joe supo que vendría, lo organizó todo. El hermano pequeño de Joe iba a ser el padrino y se sintió aliviado de no tener que dar un discurso ni tener que asumir tanta responsabilidad.

Blue parpadeó un par de veces sorprendida con su explicación y el prosiguió.

—Pero a lo que iba, ambos tenemos que velar por que todo salga bien. Tú misma me has dicho que estás muy involucrada en esto y quieres que todo salga perfecto. Y por eso, creo que deberíamos firmar una tregua. No queremos que tanta hostilidad estropee la boda, ¿verdad?

Blue clavó su mirada castaña en la de él, de ese color tan fascinante que hacía que no pudiese pensar con claridad, y se preguntó si la estaba manipulando o si por el contrario estaba realmente interesado en que todo saliese bien. Apartó la mirada de él y se giró con la excusa de colocar las servilletas en sus sitios, sabiendo que él no le quitaba ojo de encima, por encima de su hombro.

—Supongo que no es necesario que seamos amigos...

—No, no lo es —la interrumpió él. Blue resoplo con impaciencia y él hizo el gesto de cerrar la cremallera de su boca.

—...Y un poco de cordialidad y colaboración facilitará las funciones de ambos —terminó ella más por convencerse a sí misma que por darle una respuesta.

Volvió a mirarlo y Brock apreció que esta vez no había desdén en sus ojos marrones.

—¿Entonces cerramos el trato? —preguntó él alzando una ceja.

—¿Quieres que hagamos una promesa de meñique? —se burló ella.

—Con un apretón de manos bastará.

Tocarlo... Ella no tocaba mucho a la gente. Y no le apetecía en absoluto tocar a Brock Ashby. Por muy inocente que fuese su sonrisa en aquel momento, no dejaba de pensar que algo tramaba. Pero si tenía que hacerlo, se aseguraría de que no fuese agradable para él. Como el más tosco de los vaqueros, se escupió en la mano.

—Trato hecho —dijo ofreciéndole su palma húmeda.

Lo vio apretar los labios, como si contuviese una carcajada entre los dientes y después, para su sorpresa, lo vio escupir en la suya y fundir la palma con la suya.

Blue tuvo que aguantar los dos eternos segundos que duró el apretón con su gesto más impertérrito. Y después, cuando él por fin la soltó, dio un paso atrás rápidamente para poner distancia. Giró sobre sus talones deseando correr a lavarse las manos. Y entonces lo escuchó.

—Me alegro de haberlo aclarado todo. Te busco más tarde para seguir hablando sobre la boda.

CAPÍTULO 6

Thatcher Crane entró en el Mustang Café, la cafetería de su amigo Al, tras hacer algunas compras. Había estado bastante ocupado toda la mañana y ahora se dirigía a comer un buen filete de ternera con patatas, aprovechando que ninguna de sus nietas estaba para vigilar la carencia de verduras de su menú. Le encantaba estar con sus chicas, pero cada vez se ponían más pesadas con su salud. Solo iba a tener un par de días en soledad antes de ir al rancho Sherman y reunirse con ellas, pero los iba a aprovechar al máximo para hacer algunas travesuras que no le permitían.

Sonrió al ser recibido por lo que sin duda era el olor de la plancha de la cocina de Al sobre la que crepitaban unas buenas lonchas de beicon. Inmediatamente la boca se le hizo agua y antes de poder tenerlo en el plato, empezó a saborearlo. El otro gran placer de aquel establecimiento, que era como su segunda casa, era el aire acondicionado que sin duda agradecía esos calurosos días. Y por eso, suspiró con placer al posar el trasero en el taburete que Al tenía reservado para él al final de la barra.

Había un par de personas esperando a ser atendidas antes de que él entrara, pero su viejo amigo las ignoró al ver que ya había llegado.

—Empezaba a pensar que tendría que poner tu filete a otro vaquero —le

dijo su amigo con una sonrisa ladeada. Los hoyuelos de sus mejillas aparecieron y sus ojos azules brillaron con picardía.

—Si alguna vez faltó a una cita con un buen filete, ten claro que estaré criando malvas.

—De eso nada, aún tenemos que dar mucha guerra —repuso Al echándose el trapo al hombro, en un gesto muy suyo. Sacó una cerveza helada de la cámara y estaba a punto de abrirla cuando fue interrumpido.

—No, no, no, no... —dijo rápidamente sacudiendo la palma abierta.

—¿No quieres una cerveza? —el gesto de estupor de su amigo le arrancó una sonrisa.

—¡Claro que quiero una cerveza! Pero una de verdad. ¿Ves por aquí a alguno de mis perros guardianes? —alegó Thatcher mirando a un lado y a otro por encima de sus hombros—. Deja esa cosa —apuntó señalando el botellín—, para alguno de esos críos modernos que vienen por aquí. A mí dame una para hombres.

Al guardó de nuevo el botellín en la cámara, negando con la cabeza.

—¿Estás seguro? Si Blue descubre que te he dado una con alcohol, me meterá un tiro entre ceja y ceja.

—Blue no tiene por qué enterarse, ¿verdad?

La sonrisa granuja de Thatcher despertó el brillo de la mirada azul de Al. Ambos se miraron durante un segundo, recordando con complicidad los

tiempos en los que, mucho más jóvenes, compartían esas cervezas juntos en cualquier otro bar. Simplemente asintió, y abriendo otra cámara sacó una nueva y helada cerveza. Esta vez con alcohol. La marca favorita de su amigo. En cuanto la puso frente a él, Thatcher la miró con devoción. La abrazó con sus dedos largos y callosos y acarició la superficie con el pulgar, dejando surcos en la condensación del cristal ambarino.

—Voy a ponerte el mejor de mis filetes y unas buenas patatas para acompañar esa cerveza.

Thatcher, tras llevar el morro de la botella a los labios y pegar un buen trago, degustó el sabor amargo de su cerveza. Después asintió con una sonrisa.

Vio alejarse a su amigo y a los clientes que llevaban más tiempo esperando, protestar por no ser atendidos. Al los despachó con un par de frases y se adentró en la cocina para preparar su comida. No tenía prisa, el aire fresco y la cerveza helada estaban devolviéndolo a la vida. Aunque por una centésima de segundo, mientras llevaba de nuevo la botella hasta sus labios duros y ligeramente arrugados en las comisuras, sintió que todo giraba a su alrededor.

La comida fue una autentica tortura para Blue. Todos los hombres se habían sentado a un lado de la mesa y las mujeres al otro. Ella estaba junto a su hermana, flanqueada entre Mia y ella. Joe se había sentado justo enfrente, a

su vez entre Brock y su hermano pequeño, Donny, dos años más joven que ella. Con dieciocho años era el menor del grupo, seguido por ella. El resto rondaban las edades de los novios, entre los veintitrés de Skylar y los veintiocho de Brock.

No tenía mucho en común con el grupo. Todos ellos habían sido compañeros de instituto, de actividades o salidas. Entre los presentes había dos parejas y varios de ellos se habían liado entre sí, en diferentes momentos de sus vidas. Y si había algo claro era que la mayoría esperaba que en aquellos días despertara algún romance o escarceo. Porque las miradas, los comentarios y los tonteos que viajaban de un banco a otro eran más que evidentes. Blue dudó de si aquel caluroso ambiente no estaría cargado de feromonas o le habían echado algo a la bebida. Lo que sí estaba claro era que el bando de los chicos había visto disminuidas sus posibilidades con la llegada de Brock, que había acaparado la atención de las chicas. El punto álgido de la comida fue cuando vio a Mia retener la mano de Brock al pasarle este una servilleta que le había pedido.

—¡Vaya! Tienes unas manos sorprendentemente suaves para ser deportista... —A Blue se le antojó que el aleteo de pestañas de Mia podía bien provocar un huracán. Y no pudo menos que poner los ojos en blanco ante su estúpido comentario. No sería el último que oiría. Cuando la conversación empezó a girar en torno a los posibles cuidados de las manos de los *pitcher*,

decidió levantarse. Estaban terminando la comida, apenas degustaban los restos de las bandejas y seguro que al menos, durante una hora, seguirían charlando sobre chorradas. Ella no pensaba perder aquel tiempo. Lo aprovecharía hablando con Anita, llamando al abuelo para asegurarse de que estaba bien, o redactando aquel maldito discurso que debía dar en la fiesta.

—Skylar, voy a marcharme un rato, tengo cosas que hacer —susurró al oído de su hermana.

—Pero no tardes, no sería lo mismo sin ti —le dijo su hermana, pero en sus ojos se veía que lo estaba pasando en grande rodeada de sus mejores amigos y sus conversaciones animadas. Se limitó a asentir y estaba a punto de levantarse del banco, cuando la detuvo tomándola por el brazo—. ¡Oye! ¿Son cosas mías o Jim Sherman te hace ojitos? No ha dejado de mirarte mientras limpiaba las barbacoas. Tal vez lo quieras traer a la boda como pareja...

El comentario de su hermana hizo que le latieran las sienes. De repente presintió una mirada clavada en ella y desvió el rostro hasta cruzarse con la de Brock, que parecía muy interesado en su conversación privada. Bajó la cabeza hasta su brazo cuando sintió la mano de Skylar sobre él.

—Es tarde para invitar a nadie —dijo entre dientes, queriendo deshacerse de ese tema.

—No lo es, él está aquí y tú también. ¿Podría ser cosa del destino?

Allí estaba esa mirada romántica que decía que el amor es lo mejor que

le puede pasar a una chica. Blue bufó con ganas—. Además, nada me haría más feliz que verte acompañada en mi boda. Me preocupa que solo te relaciones con los caballos, Blueberry. ¡No es normal! ¡Y vas a ser la única que no lleve pareja!

La estaba acorralando. Ya había usado incluso la carta del «nada me haría más feliz...». ¡No era justo! Skylar sabía que haría cualquier cosa por ella. ¿Por qué no le bastaba con hacerla ser su primera dama de honor? Y, además, de elegir un acompañante, Jim habría sido su última opción. Era el nieto del viejo Sherman, se veían a diario en el rancho, darle falsas esperanzas no era bueno para nadie. Ni para ella, ni para él.

—Yo también he venido sin acompañante. Puedo ser el tuyo.

La voz de Brock interrumpiendo la conversación se abrió paso entre ellas, que lo miraron con gestos muy diferentes. Skylar mostró una sonrisa esperanzada, mientras ella se quedaba paralizada, como si sus pulmones fueran incapaces de respirar y el corazón le latiese fuertemente en los oídos. No se había quedado sorda, sabía que la mesa se había quedado en silencio esperando su respuesta. Como si todo se hubiese detenido durante un segundo antes de presenciar dos trenes chocar.

Y entonces, su teléfono sonó estrepitosamente y dio un respingo en el asiento, como si hubiese recibido una descarga. En su mente las palabras «salvada por la campana» resonaron con fuerza. Hasta que vio en la pantalla

que la llamaba Al, el amigo de su abuelo.

—¿Qué ocurre Al? ¿El abuelo? ¿Dónde? ¡Ahora mismo voy!

Colgó el teléfono sintiendo que de repente le temblaba el pulso.

—Tengo que irme —dijo levantándose rápidamente. Vio el miedo en los ojos de su hermana—. No pasa nada, el abuelo se ha desmayado en el Mustang. Pero Al dice que está bien. Voy a echarle un vistazo.

—Voy contigo —dijo su hermana.

—Por supuesto, vamos contigo —apuntó Joe levantándose también.

—No, de veras, chicos. No hace falta. Tenéis muchos invitados a los que atender. Yo me ocupo. El abuelo se enfadará y se sentirá peor si sabe que habéis dejado la celebración por él. Ya lo sabes.

—No quiero que vayas sola...

—No lo hará. Yo te llevo. Iremos más rápido en mi coche —se ofreció Brock y se levantó antes de que pudiese negarse. Vio la mirada de agradecimiento que le ofrecían Joe y Skylar y supo que el trato estaba sellado. No podía pensar en eso ahora, le daba igual con quién fuese, pero quería marcharse ya. Así que asintió y depositando un beso en la mejilla de su hermana, se marchó.

CAPÍTULO 7

Blue no fue consciente ni del lujoso interior del Dodge Viper de Brock ni de la velocidad, muy por encima de los límites a la que circulaba él, ni de las miradas furtivas que Brock le dedicaba mientras circulaba con pericia por la carretera. En cualquier otra situación le habría dado un capón por ir tan deprisa con ella en el coche, pero en ese momento solo era capaz de pensar en su abuelo. Cuando se fue esa mañana de casa estaba bien. Se había asegurado de reponer las medicinas en el dispensador de plástico con los días de la semana escritos que tenía para organizarlas. También de que tuviese la nevera bien provista de comida saludable, y había hablado con Dotty, la vecina, para que se pasase de vez en cuando a echarle un ojo con la excusa de pedirle algo. Por nada del mundo quería que pensase que lo espiaba, pero no podría estar tranquila de no hacerlo. Con los años, el abuelo había ido acumulando algunos achaques, como el colesterol, un problema con la tensión y problemas de corazón que no habían llegado a más porque lo tenía siempre controlado. Tampoco había vuelto a estar solo desde que su hermana y ella se habían mudado con él, tras el accidente que acabó con sus padres. Al menos una de las dos siempre permanecía con él. El abuelo decía que lo trataban como a un niño, pero le daba igual. No soportaría perderlo, y la sola idea de no estar cuando la necesitara la ponía enferma.

Su llegada al pueblo fue de todo menos discreta. No era habitual ver coches como el de Brock circulando por la calle. A pesar del polvo de la carretera, parecía un caballero negro de brillante armadura, lujoso, elegante y a la vez con pinta de depredador. Y el ruido del motor una auténtica delicia si te gustaban esas cosas: grave, entre el rugido de un león y un ronroneo sexy. Desde el asiento del copiloto se sentía la potencia de aquella máquina que parecía una extensión de su conductor. La gente, desde las aceras, los miraba con curiosidad, seguramente preguntándose quién sería el dueño de semejante coche. No podían verlos por los cristales oscurecidos, pero ella sí a los rostros fascinados. Agradecía la velocidad con la que habían llegado a Riverhall, pero al aparcar el coche frente a la cafetería se preguntó si no habría sido mejor ir en su propio coche y no encender la mecha de las especulaciones e historias que se contarían de ella y su llegada con el hijo predilecto de la ciudad. No quiso ni pensarlo y en cuanto se detuvo el vehículo, abrió la puerta, sin esperar a Brock, para correr a la cafetería.

Cuando vio a su abuelo sentado en una de las sillas riendo con su amigo Al mientras sostenía un trapo con hielo en la parte trasera de su cabeza, tuvo ganas de gritar. Respiró un par de veces con profundidad para intentar serenarse y escuchó a su espalda cómo se abría la puerta y alguien entraba tras ella. No tuvo que girarse para saber que era Brock, por los rostros perplejos que se giraron hacia ellos.

—¡Maldita sea, Al! Eres un amigo de mierda. Has llamado a mis nietas, y encima viene la fiera.

Blue entrecerró los ojos y caminó hacia él fulminándolo. Para empezar, lo que veía sobre la mesa era una cerveza con alcohol. Y delante de su plato, un buen filete y ni rastro de verdura.

—¿«La fiera», abuelo? Tal vez no tendría que serlo si te tomases tu salud con más seriedad. —Escupió las palabras mientras le apartaba la mano y el trapo con hielo de la cabeza para ver la herida. Tragó saliva al comprobar que la tela estaba manchada de sangre. No era un corte muy grande, pero estaría más tranquila cuando lo viese el médico.

—No es nada, solo un golpecito.

—Te has abierto una brecha —puntualizó ella—. ¿Cómo ha sido?

Al y su abuelo se miraron el uno al otro por un segundo.

—¿Hace falta decir que el primero que hable conseguirá un mejor acuerdo de inmunidad? —Las manos en sus caderas dejaban claro que no estaba para bromas.

—Estaba tomándose la cerveza, se ha mareado y se ha caído del taburete. Se ha dado en la cabeza contra esa mesa. No me ha dado tiempo a cogerlo —soltó Al de corrido.

—¡Un amigo de mierda y un cobarde! —le dijo Thatcher sacudiendo el dedo frente a él.

—Todo el mundo sabe que tu nieta es la mejor tiradora del condado.

Blue sintió movimiento tras ella, y aunque no quiso girarse supo que Brock había escuchado cada palabra. A ella no le gustaba pavonearse de sus trofeos de tiro ni de su actual estado de campeona, pero tampoco estaba mal que él lo supiera. Una mujer con un arma aplacaba las ganas de andarse con tonterías con ella.

—No va a dispararte, zoquete —siguió protestando el abuelo.

Sacudió la cabeza, bufando, y entonces vio que su nieta había llegado acompañada. La extrañeza hizo que encogiese la mirada registrando al hombre con atención.

—¡Que me aspen si este no es el joven Ashby! ¿Me he quedado tonto del golpe o veo bien? —preguntó Thatcher a su amigo que ante sus palabras miró tras Blue y abrió mucho los ojos dándose cuenta de que tenía razón.

—Más tonto que antes no estás, ¡es Brock Ashby! —confirmó Al, levantándose de su silla para ofrecer al recién llegado una mano—. Es un placer tenerte aquí chico, soy Al, el dueño de la cafetería. No sé si te acuerdas de mí —le dijo con admiración.

—Por supuesto que sí. Y el placer es mío, señor —repuso él consciente de que su presencia estaba generando expectación.

Los comensales del resto de las mesas los miraban y algunos habían empezado a sacar sus teléfonos móviles.

— Señor... —Brock se dirigió al abuelo de Blue que seguía mirándolo sorprendido.

—Crane. Thatcher Crane —se presentó el abuelo cuando vio que el *pitcher*, tras saludar a su amigo Al, se giraba hacia él, haciendo que su nieta tuviese que echarse a un lado para dejarle paso. Algo que hizo con las mandíbulas apretadas.

—¿Crane? —preguntó Brock atónito. Después miró tras la mesa de los ancianos el mural de la fama que tenía el dueño del local en la pared. Aquel pequeño pueblo podía decir con orgullo que había dado dos celebridades. Y por lo que veía, tenía ante él al padre de la primera de ellas—. ¿Es usted el padre de Nolan Crane? —preguntó mirando al hombre y después volviendo a la foto en la que se veía al anciano, unos cuantos años atrás, rodeando con su brazo al famoso piloto de la Nascar. El parecido entre ellos era asombroso.

—Sí. Nolan Crane era mi hijo, y el padre de Blue —añadió señalándola.

—Encantado de conocerlo, señor. Soy un gran admirador de la carrera de su hijo.

Thatcher vio al joven mirar con sorpresa a su nieta y a esta incomodarse, como hacía cada vez que la relacionaban con su padre.

—Y yo de la tuya. Ese brazo que tienes es como un ciclón. No he visto un lanzador como tú en mi larga vida.

Brock agradeció sus palabras con un asentimiento.

—Estupendo, ya nos conocemos todos. —A Brock no se le escapó el tono de impaciencia de Blue, que parecía más incómoda que nunca—. Y ahora, ¿podemos irnos para que te vea el doctor?

—El doctor ya me ha visto.

—Es cierto. Grayson estaba aquí cuando se ha caído. Ha dicho que se ha debido desmayar por el calor. No hay que darle puntos, el corte es pequeño, pero hay que vigilarlo las próximas horas, y le ha recetado algunos analgésicos. El lunes le ha dado cita para hacerse unas analíticas.

Blue resopló sin quitar ojo a su abuelo que no parecía tener mal color.

—Está bien, pues te vienes con nosotros al rancho —dijo ella resuelta y preparándose para ayudarlo a levantarse.

—¡No pienso irme a ningún sitio! —bramó el anciano.

Brock advirtió el brillo salvaje en la mirada de Blue y supo que estaba dispuesta a enfrentarse a la cabezonería de su abuelo sin remilgos, así que decidió actuar.

—Señor, sus nietas están muy preocupadas por usted —se apresuró a llamar la atención del anciano—. Tanto Blue como Skylar, que ha tenido que quedarse en el rancho, en contra de su voluntad, para atender a sus invitados. Y estoy seguro de que no podrá disfrutar de estos días tan importantes para ella si no está segura de que usted está bien en todo momento.

Si la intervención y palabras de Brock habían sido una sorpresa para Blue, que el abuelo tras unos segundos terminase por asentir casi la llevó al infarto.

—Está bien. Pero antes me termino el filete. La buena carne no se tira — dijo el anciano como si recitase uno de sus más sagrados mandamientos.

—Estoy de acuerdo, señor —repuso Brock con una deslumbrante sonrisa.

Y Blue, que aún no daba crédito a la reacción de su abuelo, sintió un nudo atenazarle el estómago.

CAPÍTULO 8

—¿Desde cuándo sales con Brock Ashby?

La pregunta de su abuelo no la pilló por sorpresa. Desde que habían subido a la vieja camioneta del abuelo sabía que el interrogatorio estaba a punto de empezar. Brock los seguía con su flamante cochazo de dos plazas y ellos habían decidido coger la camioneta para volver al rancho. Además de que Thatcher Crane no se separaría de su vieja Lucy, su Ford del setenta y ocho, aunque lo matasen. Lo que sí hacía era conducir ella, bajo la atenta mirada del viejo que escudriñaba sus gestos con interés. Como si pudiese averiguar más por lo que este expresaba que por lo que pudiese salir de su boca.

Y tenía toda la razón.

—Yo no salgo con Brock Ashby —repuso escuetamente.

—Salir, quedar, citarse... como lo llaméis los jóvenes ahora.

—No me cito, ni salgo, ni quedo, abuelo. Es amigo de Joe. Su mejor amigo. Y va a ser su padrino. Lo he conocido hace unas horas.

—¿Unas horas y ha venido contigo a por mí? Has debido causarle una gran impresión —dejó caer el comentario como si fuera inocente, algo que no colaba.

—No acostumbro a preocuparme por la impresión que doy a los demás.

Thatcher negó con la cabeza sonriendo, mientras observaba por el retrovisor el coche que los seguía.

—Parece agradable. Yo creía que, a un chico como él, con el mundo en la palma de la mano, se le habría subido la fama a la cabeza.

—Que no te engañe, no es una perita en dulce. Yo diría que de ego va bien servido.

El anciano la miró ladeando el rostro y recreándose en el gesto ofuscado de su nieta. No dijo nada. Pero la conocía muy bien y su reacción le dijo que finalmente sí podía ser una buena idea estar en el rancho y ver qué se cocía.

El resto del camino lo hicieron en silencio. Algo que Blue agradeció, aún estaba preocupada por el abuelo y en cuanto lo instalase pensaba llamar al doctor Grayson para asegurarse de que no era necesario llevarlo a su consulta antes del lunes. Cuando llegaron, una comitiva compuesta por Sherman, Anita, Skylar y Joe, los estaban esperando en el porche del edificio principal. En cuanto aparcó la camioneta, su hermana corrió a abrir la puerta de su abuelo para comprobar su estado. La reacción de Skylar fue mucho más amorosa que la de ella. Lo abrazó con fuerza y después tomó su rostro para perderse en su mirada.

—Estoy bien, pequeña. Solo ha sido un mareo tonto. Os queda viejo para rato —dijo a su nieta mayor con una de sus sonrisas perezosas.

—Nos ha dado un buen susto —apuntó Joe poniendo una mano en el

hombro del abuelo.

—Los jóvenes de ahora sois muy impresionables —repuso el anciano sacudiendo la mano, negándole la ayuda para bajar del vehículo.

—¿Qué es eso? ¿Es sangre? —El tono de Skylar rayaba el histerismo mientras veía el cabello de su abuelo manchado de rojo.

—Se ha dado un golpe al caer y se ha abierto una pequeña brecha, pero el doctor dice que está bien. Lo observaremos y el lunes lo llevaré a la consulta para que le hagan una analítica.

—Retrasaremos nuestra marcha e iremos contigo —apuntó Joe.

—¡De eso nada! Vosotros dos os vais de viaje de novios el lunes y no se hable más. Y ahora si me disculpáis, necesito una cerveza... sin alcohol —añadió tras recibir una mirada de advertencia de Blue.

Apenas había dado media docena de pasos para alejarse de sus nietas cuando fue recibido por Clay y Anita. Su mirada quedó clavada en ella durante un par de segundos, pero su amigo se interpuso entre ambos y lo abrazó con fuerza.

—¿Qué pasa? ¿Tanto me echabas de menos que no podías esperar un par de días más para verme? —le preguntó Clay tomándolo por los hombros.

—¡Qué más quisieras! No he venido a verte a ti, carcamal —repuso a su viejo amigo, entre bromas—. En realidad, me moría por uno de los deliciosos guisos de la mejor cocinera del condado.

Thatcher recibió la sonrisa de Anita como respuesta a su comentario y sintió que volvía a tener dieciocho años. Era curioso cómo un solo gesto de la mujer que una vez ocupó todo su corazón podía hacerlo viajar en el tiempo, borrando más de cincuenta años de historia.

—Vamos, abuelo. Voy a instalarte en mi cabaña. Yo dormiré en el sofá.

—Blue interrumpió sus pensamientos tomándolo del brazo.

—¡De eso nada! ¿Tienes habitaciones libres? —preguntó Thatcher al viejo Sherman ignorando a su nieta.

—Claro, la que ibas a utilizar a partir del sábado te está esperando.

—Perfecto. Allí es donde me acomodaré —declaró comenzando a andar hacia los escalones, sin dar lugar a más discusión.

Skylar y Blue se miraron sabiendo que no tenían nada que hacer.

—Está bien —admitieron ambas.

—Pero no vamos a quitarte los ojos de encima —añadió Blue.

—No esperaba menos —dijo sacudiendo la mano—. Por cierto, joven Ashby, gracias por todo —añadió volviéndose hacia Brock.

Fue el momento en el que Blue se percató de que él también estaba allí. Observando la tozudez de su abuelo.

—Ha sido un placer, señor Crane —repuso este, tan cortés con su abuelo como en ocasiones anteriores.

Durante un segundo Blue se preguntó si guardaba toda su socarronería

para ella. En aquel momento parecía sincero, y tenía que reconocer que, aunque no hubiesen tenido un buen comienzo, él había intentado hacer las paces y después la había llevado con el abuelo. Sus miradas se cruzaron y supo que se lo debería agradecer ella también, pero no sería en ese momento. Tendría tiempo después, o más tarde, durante la fogata nocturna. El abuelo ya caminaba escaleras arriba y se apresuró a ir tras él, sin mirar atrás. Aunque sentía un par de ojos color turquesa clavados en ella.

CAPÍTULO 9

Brock miró a un lado y a otro buscando a la rubia que se le había metido en la cabeza en tan solo unas horas. No sabía cómo ni de qué manera, pero lo había hecho. Desde que había conocido a aquella pequeña deslenguada se veía atrapado en una red que lo llevaba a querer saber más y más de ella. El descubrimiento de que era la hija menor de Nolan Crane, uno de los mejores pilotos de la historia de la Nascar, había sido sorprendente. Fue uno de sus ídolos de la infancia y su muerte provocó un shock en todo el pueblo. Pero las implicaciones de aquella información iban mucho más allá, y le contaban más cosas sobre ella.

Se había quedado huérfana cuando era apenas una niña. Tal vez de ahí viniera su fachada de chica dura. Porque si algo había aprendido de Blue ese día era que sí, era una chica dura, pero también tenía un fondo humano, dulce, casi tierno. Lo había visto en las miradas que prodigaba a su abuelo cuando este no era consciente de ellas. Su preocupación y el amor que sentía hacia él eran tan palpables que ser testigo de él le había fascinado. En unas pocas horas había visto tantas facetas de esa chica que se preguntaba cuántas más podría descubrir con algo más de tiempo.

Y por eso estaba allí, buscándola entre las caras del grupo que se había congregado en torno a la fogata de esa noche. El ambiente era animado y había

cierta expectación. No era la primera vez que se reunía con amigos en torno a una hoguera, pero esa noche iban a escuchar algunas historias de un grupo de indios americanos que participaban en algunas de las actividades del rancho. Las historias y cánticos ancestrales formaban parte del lote de la experiencia vaquera que la pareja de novios deseaba para su enlace y a él le parecía divertido pasar un rato relajado todos juntos antes de separarse entre hombres y mujeres para celebrar esa noche las despedidas de solteros de Skylar y Joe.

Los encargados de la actuación llegaron unos minutos después y tomaron asiento en el suelo, mientras ellos ocupaban los troncos que circundaban la fogata. Un recuerdo se abrió paso en su mente. Su padre y su madre lo rodeaban durante una acampada en Montana. Su madre había querido hacer aquel viaje y su padre había accedido tras varias discusiones. Y finalmente estuvieron allí, frente a una hoguera muy similar a aquella, aunque de menores dimensiones. Asaron *marshmallows* en absoluto silencio durante horas antes de ir a la tienda a dormir. De aquella acampada solo recordaba aquella escena y las ganas enormes de que apareciera un oso y se los comiera a los tres. El recuerdo le provocó dolor de estómago y se llevó la mano a esa parte de su cuerpo, haciendo que se inclinase hacia adelante.

Y entonces apareció ella. Como una aparición angelical.

Se había vestido para la fiesta posterior y no podía estar más espectacular. Llevaba un vestido de encaje blanco sin mangas, muy corto por

delante, lo que hacía que luciese sus torneadas y largas piernas de infarto. La parte trasera del vestido era, sin embargo, mucho más larga y esta la hacía parecer una niña buena e inocente. Cualquier otra mujer habría acompañado un vestido como ese con unos buenos tacones y ella sin embargo lo había hecho con un sombrero Stetson marrón y unas botas vaqueras de media caña del mismo color. Era sexi y salvaje y tuvo que tragar saliva cuando se sentó frente a él, cruzó las piernas, y al levantar el rostro sus miradas se encontraron. Iluminada por la luz anaranjada del fuego sus ojos se tornaron ambarinos como la miel.

Como un bobo sintió que las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba, mostrándole una sonrisa, pero ella entornó la mirada y ladeó el rostro como si no comprendiese su gesto. Algo normal, ya que ni él mismo entendía haber actuado sin control. Llevaba demasiados años haciendo su papel, mostrando tan solo lo que quería que vieran los demás. En el equipo, con su familia, con los periodistas, con los directivos de los Rangers, con los fans... Todos esperaban algo de él, y todos recibían lo que querían. Era mejor así. De esta forma no hacían preguntas, no intentaban indagar en su interior.

Por suerte no tuvo que dar más vueltas a sus pensamientos, pues los cánticos comenzaron y todos ocuparon sus asientos para disfrutar de la actuación.

Fue divertido, aunque de vez en cuando su mirada se desviase hacia

Blue. Rio con los demás cuando tras la actuación empezaron a contar anécdotas sobre los novios, pero la risa femenina siempre llegaba a él por encima de las otras. Empezaba a desear que llegase el momento de marcharse a la despedida y tomarse un par de copas que lo adormeciesen durante unas horas, cuando vio que ella se levantaba y para su sorpresa se dirigía a él.

—Diego, ¿me prestas tu sitio un momento? —la oyó preguntar a uno de los primos de Joe.

—¡Claro! Aprovecharé para coger otra birra —repuso este sonriente. Se hizo a un lado y ella tomó asiento junto a Brock.

—¡Hola! —lo saludó poniendo ambas manos sobre sus rodillas y frotándolas.

—¡Hola! —repuso él admirando el mágico color de sus ojos, esta vez a tan solo unos centímetros.

No podía dejar de preguntarse por qué se habría acercado, cuando durante todo el día lo había estado evitando. Y además parecía algo tensa. Sabía que no podía estar nerviosa. Blue tenía nervios de acero, pero su sonrisa era impaciente. Ni sarcástica, ni ácida, ni burlona.

—Oye, no acostumbro a decir este tipo de cosas y espero que sea suficiente...

—Me tienes intrigado —la cortó él y ella enarcó una ceja.

—Calladito estás más guapo. Y si no me dejas decirlo del tirón, no te lo

digo y punto.

Brock sonrió complacido al verla saltar nuevamente. Y levantó las manos en un gesto que proclamaba su rendición.

—Bien —asintió ella—. Solo quiero decirte que te agradezco mucho lo de hoy... con mi abuelo. No tenías por qué hacerlo, y...

Él la vio tragar saliva como si cada palabra le abrasase la garganta. Estaba claro que no, no estaba acostumbrada a dar las gracias. Tal vez porque solía hacer las cosas sola.

—Entendido. Te has dado cuenta de que en realidad soy un gran tipo. Te honra venir a reconocer tu error inicial —dijo más por evitarle el trago de terminar que por buscar pelea, pero esto último fue exactamente lo que consiguió.

Ese brillo peligroso que lo había hipnotizado desde la primera vez que se cruzaron sus miradas, volvió a aparecer y amplió la sonrisa.

—Ha sido un error... No tenía que haberme molestado... —dijo Blue mientras se levantaba del tronco con la clara intención de marcharse.

Una vez más su cuerpo reaccionó antes de pensarlo y su mano aferró la de Blue deteniéndola. Por un segundo ella pareció tan asombrada por su contacto como él, pero no la soltó. Era cálida y sorprendentemente suave.

—Solo estaba bromeando. No te vayas aún.

Ella lo miró durante un largo segundo y después su mano, que aún seguía

retenida entre sus largos dedos. La soltó, muy a su pesar, para no incomodarla. Cuando ella se sentó, habló de nuevo.

—De nada —dijo con una sonrisa en respuesta a su agradecimiento—, pero tenías razón al dudar, tu agradecimiento no es suficiente. ¿Pero sabes qué sí lo sería?

Blue se cruzó de brazos esperando una nueva salida de tono.

—Ilumíname.

—Podrías agradecerme aceptando ser mi acompañante para la boda.

Blue rio con ese gorgojeo que le brotaba de la garganta cuando la risa era sincera.

—Tus servicios no llegan a ese nivel de recompensa.

Brock hizo chasquear la lengua contra el paladar, como si su comentario le hubiese dolido.

—Y si eso es todo... —apoyó las manos en las rodillas con la intención de levantarse, muy digna. Pero él siguió hablando.

—Al menos podrías decirme tu verdadero nombre.

—Ya lo sabes —dijo ella.

—¿Blue?

—Blueberry.

—No puedes llamarte Blueberry. Dudo que tus padres te pusiesen el nombre de una fruta, por deliciosa que esta sea.

Blue bufó con pesadez.

—Sabes que podría buscarlo en la Wikipedia, ¿verdad?

—¿Y por qué no lo haces?

—Prefiero oírlo de tus labios, como si fuera una confidencia.

Su tono grave e íntimo hizo que se le erizara la piel de la nuca. Algo que quiso achacar a la brisa nocturna.

—¡Amigos! ¡Ha llegado la hora de las despedidas de solteros! —dijo Joe y todos empezaron a vitorear con entusiasmo y levantarse de sus asientos, incluidos ellos.

Brock pensó que ella aprovecharía para marcharse y dejarlo con la incógnita, pero no fue así. Para su sorpresa, en el último momento se giró hacia él.

—Zoey. Me llamo Zoey, pero si me llamas así alguna vez, tendré que dispararte.

Y tras aquella contundente declaración, se marchó.

CAPÍTULO 10

—¿De veras tenemos que ponernos esto en la cabeza? Es humillante — dijo Blue estirando, como si fuera un tirachinas, la cinta elástica que hacía de diadema y de la que colgaba un enorme pene de plástico.

—No está tan mal, afortunadamente no son de tamaño real —intervino Jossy, una de las amigas de Skylar.

—Según con qué la compares —apuntó Penny, otra de sus amigas, guiñando un ojo.

—No le hagáis ni caso, Blue es una mojigata —la acusó Mia—. Seguro que es cierto eso que dicen de que eres virgen.

Aquel comentario hizo que Blue soltara la goma disparándola hacia la pelirroja, y como era de esperar, consiguió golpearla en la cara con el pene. Mia gritó por el dolor. Y las otras se taparon la boca para ocultar la risa.

—¡Maldita arpía! —se quejó frotándose el ojo e intentando ir a por ella.

—Tú has empezado —señaló Skylar interponiéndose entre ellas. No era la primera vez que tenía que hacerlo y se preguntaba si tras su marcha, las dos mujeres más importantes de su vida se matarían entre sí.

Blue sonrió con malicia a Mia cuando Skylar se puso de su lado.

—Eres insufrible. De verdad que no entiendo qué ve en ti el macizo de Brock Ashby.

Las palabras de Mia fueron un shock para Blue. ¿Insinuaba que Brock tenía un interés real en ella? Por su rostro pasó una sonrisa nerviosa e incrédula. No era verdad, él solo tonteaba como lo hacía con tantas otras.

—No dices más que chorradas.

—Blue, Blue, Blue... pequeña fierecilla salvaje, no te enteras de nada —dijo Mia con condescendencia—, pero bueno, dejémoslo ya, pongámonos esto en la cabeza y empecemos con la fiesta de una vez. Todo sea por Skylar.

Blue resopló con desgana.

—Por Skylar —repitió tomando otro artilugio de esos del demonio que Mia había elegido para la fiesta y se lo puso en la cabeza.

—Por Skylar —coreó el resto del grupo, imitándola.

Cuando miró en derredor y las vio a todas con esas ridículas cosas, temió lo que Mia habría preparado para esa noche. Se había empeñado en organizar ella la despedida de soltera, y Skylar le había dado el gusto para calmar su enfado por no ser dama de honor principal. Había sido una forma de contentarla, pero ahora estaba segura de que nada de lo que les deparara esa noche sería bueno.

—¿Un autobús con barra de stripper? —preguntó Brock a Joe alzando ambas cejas.

—¡Qué puedo decir! Me temo que mi hermanito ha visto muchas pelis de

despedidas locas. Le dejé mi tarjeta para que organizara la fiesta y esto es lo mejor que se le ocurrió.

Joe y él se echaron a reír, más cuando fijaron la vista en el joven de dieciocho años que no parpadeaba mientras disfrutaba del baile lento y sexi que les dedicaba la stripper abrazada a su barra. El resto de los invitados masculinos tampoco disimulaban su fascinación por el baile de la chica, sentados lo más cercanos a ella posible. Ellos, sin embargo, habían decidido ubicarse algo apartados para poder hablar con tranquilidad. No habían podido hacerlo desde que llegó al rancho y estaban deseando ponerse al día.

—¿Tú qué habrías organizado en su lugar?

—Algo con algo más de... clase, eso seguro —repuso él con suficiencia.

—Tenías que haber avisado con más tiempo —le dijo Joe posando una mano sobre su hombro.

—Lo sé. Siento mucho haberlo hecho de forma tan precipitada. Pero no me habría perdido tu boda por nada del mundo, eres un hermano para mí.

—Sabes que el sentimiento es mutuo. Aunque dudo que hayas hecho que te expulsen cuatro partidos para asistir a mi boda —aseguró Joe dando un trago a su copa.

—Lo habría hecho de cualquier forma, y he pensado muchas veces en venir a verte. Tres años es mucho tiempo.

—Has estado ocupado ganando títulos para los Rangers. —El orgullo asomó a su voz y Brock sonrió.

—Sí, estos años han sido una auténtica locura.

—Y un sueño para ti. Recuerdo cada partido en la universidad y cómo lo celebramos cuando te ficharon en el gran equipo.

Brock amplió la sonrisa recordando aquellos días. Una época dorada en la que por fin se sintió vivo en muchos aspectos. Conocía a Joe desde el primer día de universidad, cuando se convirtieron en compañeros de cuarto. Podía decir sin temor a equivocarse que él lo conocía como nadie. Era la única persona con la que no había usado una fachada.

—Fueron buenos tiempos, sin duda.

—Sin duda. ¡Brindemos por ellos! —le dijo Joe ofreciéndole su copa.

Tras chocarlas y dar un buen sorbo de sus bebidas, Joe se aclaró la garganta y con aquel gesto, Brock ya supo que su amigo pensaba tocar algún tema delicado.

—Y... ¿tienes pensado visitar a tu padre?

Brock dejó la copa sobre una de las repisas que rodeaban las paredes del autobús y se cubrió el rostro con las manos, resoplando. De repente el ambiente de aquel espacio se le hizo denso hasta costarle respirar.

—No... no lo sé —contestó con sinceridad. Ver a su padre removía demasiados recuerdos, demasiado rencor, años de farsa. Y era lo último que

necesitaba en aquellos momentos, cuando parecía que su mundo volvía a romperse y tenía que poner en orden sus ideas.

—Bueno, tampoco tienes que decidirlo esta noche. Tienes días por delante. —Joe rodeó los hombros de Brock con su brazo y lo atrajo hacia él al ver su rostro angustiada—. Esta noche es para divertirnos.

Brock sonrió de medio lado.

—Y me alegro de que estés aquí. Aunque no hayas venido solo por mí —apuntó Joe.

—¿Por qué dices eso?

—¡Vamos, Brock! ¿Recuerdas aquel fin de semana, en segundo año, en el que comiste enchiladas hasta ponerte a vomitar como un volcán en erupción y así tener la excusa para no ir a ver a tu madre? Tienes eso en los ojos, en la mirada. Estás huyendo de algo.

Brock no supo qué contestar. Estaba claro que había subestimado su capacidad de fingir ante Joe.

—Pero no importa. Casarme no habría sido lo mismo sin ti. Y cuando quieras hablar, ya sabes dónde estoy. ¡Compinches para siempre!

Brock asintió, aceptando su derrota.

—Compinches para siempre. —Tomó de nuevo su copa y volvieron a brindar como lo habían hecho cientos, tal vez miles de veces.

CAPÍTULO 11

Blue regresó de su paseo con *Toffee* completamente relajada. La noche anterior era de las pocas que quería borrar de su mente y existencia. Hasta la fecha se había librado de tener que asistir a despedidas de soltera y ya sabía que no repetiría la experiencia nunca más. Le había parecido patética, absurda y humillante hasta el extremo. El punto álgido fue cuando recibieron la visita de un stripper disfrazado de luchador mexicano enmascarado, asquerosamente cubierto de aceite y que intentó restregarse con cada una de ellas. Sacudió la cabeza como si así pudiese borrarlo todo de su mente, que sentía asquerosamente sucia. Al menos el paseo de la mañana le había sentado de maravilla. Su precioso y enorme cimarrón color caramelo era el único que sabía leerle el alma. Sus enormes ojos la miraban y sabían cómo reconfortarla. Durante un buen rato estuvo cepillándolo y después acercó la frente a la mancha blanca de su cabeza, cerró los ojos y respiró con profundidad.

—Te quiero —le dijo abriendo su corazón. Con él era tan fácil. Y sabía que jamás se lo rompería.

—Hola, B.B. —El saludo de Jim la pilló por sorpresa.

—Hola, Jim. ¿Qué haces aquí?

Las cuerdas solían ser territorio solo suyo a esas horas tempranas.

—Te he visto volver con el caballo y quería hacerte una pregunta...

—Ah, ¿sí? ¿Y qué pregunta es esa? —interrogó distraída cerrando la puerta de *Toffee*.

—Oí a tu hermana decir que no tenías pareja para la boda y yo...

«¡No, no, no, no...!» En su mente la palabra se repitió una y otra vez con la fuerza de un huracán, queriendo arrasarlo todo hasta borrar la propuesta antes de que la pronunciara.

—Se equivocó —dijo de repente.

—¿Se equivocó? ¿No sabe tu hermana que vas a acompañada a su boda?

—Jim levantó el ala de su sombrero y puso ambas manos en las caderas para esperar una respuesta.

—Bueno... es que quería darle una sorpresa. —Hizo una mueca que no sabía muy bien qué quería decir—. Y lo siento, pero tengo que hacer un millón de cosas hoy. Las actividades de la boda no van a detenerse por mí.

—Claro, claro... Ve. Nos vemos —terminó por decirle.

Su tono fue tan triste que quiso salir de allí corriendo. No se le daban bien esas cosas. Cortar por lo sano, eso sí era lo suyo. Pero la mano izquierda, eso eran cosas de Skylar. Ella sabía tratar con la gente.

No miró atrás y se dirigió directamente a la cocina del edificio principal, sintiéndose un poco culpable. Un buen café le vendría de maravilla, y cuando olió el aroma de la cafetera recién hecha por Anita, empezó a salivar.

—Buenos días, cielo —la saludó la mujer con gesto afable poniendo una taza de café con leche frente a ella, cuando se sentó.

—Espero que sea doble. Hoy lo necesito fuerte —dijo tomándola con una mano, mientras se pasaba la otra por la frente.

—¿Qué te ha pasado? —Anita se sentó junto a ella y le apartó un mechón de cabello de forma maternal.

—Acabo de rechazar a Jim otra vez. Lo sé, es un buen chico, pero no quiero darle falsas esperanzas.

—Has hecho lo correcto, aunque está claro que le gustas y hay que alabar su persistencia.

Blue la miró frunciendo el ceño.

—¿De qué lado estás? ¡Has dicho que he hecho lo correcto...!

—Y lo has hecho —le dijo pasando una mano por su espalda—. No hay nada peor que sentir que tienes esperanzas cuando no las hay. El amor no correspondido es mejor quitárselo como una tirita. En crudo y sin anestesia.

Anita se apartó de ella y dándole la espalda, dejó su taza en el fregadero. Blue se la quedó mirando. Nunca había oído ese tono en su voz, cargado de cierta amargura y tristeza. Ella siempre era alegría y optimismo.

—Y, además, así estarás libre para ir con Brock —dijo su amiga dándose la vuelta.

Blue parpadeó varias veces, atónita.

—¿Por qué demonios iba a ir con él?

—Te lo ha pedido, ¿no?

—¿Y qué? Jim también y no va a acompañarme.

—Ya... pero Jim no te gusta.

—¡Y Brock tampoco!

—Bueno... si tú lo dices... —Anita tomó una galleta del bote que tenía sobre la encimera y sonrió con picardía mientras la mordía—. Aunque es un chico estupendo.

—No es un chico.

—Para mí siempre lo será. La primera vez que lo vi no pasaba de esta altura. —Hizo una señal con su mano y Blue intentó imaginárselo así de pequeño.

—¿Cómo era? —Las palabras se formaron en sus labios antes de pensar siquiera en si debía pronunciarlas o no—. No es que me importe —se apresuró a decir—, es solo por curiosidad. —Encogió los hombros quitando importancia a su pregunta. Aunque una parte de ella se moría por saber más.

—Claro, claro... Es una celebridad. ¿Quién no la tendría?

Anita apoyó las manos en la encimera y su mirada se perdió por un momento, como si rebobinara la cinta de los recuerdos en su mente.

—Ya entonces era un chico guapísimo. Muy tímido, apenas te sostenía la mirada. Pero cuando lo hacía... —Se llevó una mano al pecho y suspiró—. Te

tocaba el alma. Llevaba el flequillo largo, por encima de los ojos y se lo apartaba constantemente moviendo la cabeza. Parecía un chico mayor, siempre tan serio. Y esos modales... —esta vez Anita sonrió—. Siempre me decía: «este asado está delicioso, señora».

La sonrisa de la mujer la hizo sonreír a ella también mientras lo imaginaba y durante un segundo ambas quedaron en silencio. De repente el abuelo entró en la cocina y su amiga se levantó con rapidez del taburete.

—¿Interrumpo? —preguntó este mirando a una y a otra alternativamente.

—¡Claro que no, abuelo! Además, se me está haciendo tarde y tengo que darme una ducha y prepararme para el día de hoy. —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla, comprobando que tenía mejor aspecto que el día anterior. Sonrió aliviada.

—Muy bien, yo voy a tomarme un café.

—Sin cafeína —apuntó ella señalándolo con el dedo, justo antes de salir por la puerta.

Cuando una hora más tarde Blue se reunió con el grupo en la explanada, sus ojos se clavaron directamente en Brock, que tomaba un par de pastillas de un frasco, y se las tragaba de golpe, echando la cabeza hacia atrás. Sonrió y se acercó sin evitar perder la ocasión de meterse con él un poquito.

—Así que ayer te pasaste con la bebida, ¿eh? Creí que ya habrías aprendido en las fiestas de los Rangers.

Brock guardó el bote de analgésicos rápidamente en el bolsillo de su pantalón. No había bebido demasiado la noche anterior. Nunca lo hacía. Su norma eran dos cervezas como mucho, pero su insinuación justificaba medicarse. Así que le mostró una sonrisa ladeada y culpable mientras asentía.

—Sí, creo que me pasé un poco anoche. Por eso no va a quedarte más remedio que vigilarme hoy, muy de cerca.

—¿Cómo? —Su reacción inmediata amplió la sonrisa en sus labios.

—Ya sabes. El padrino... la dama de honor... —dijo señalándolos a ambos alternativamente—. Tenemos una misión que cumplir, y hoy necesito un poco de ayuda.

—Tenías que haberlo pensado ayer antes de emborracharte. —Quiso darse la vuelta y alejarse antes de escuchar su plan.

—No puedes dejarme en la estacada, por tu hermana y por Joe. Hoy son los juegos vaqueros. Según tengo entendido tenemos que organizarnos por parejas y necesito que seas la mía. Así, si en algún momento no estoy en condiciones, podrás cubrirme.

—¿Cubrirte? —preguntó perpleja.

—Cubrirme —repitió él acercándose un paso a ella—. Además, eso me ayudará a deshacerme de la pelirroja.

Blue lo vio sonreír con tensión a alguien que estaba tras ella y al girarse comprobó sus sospechas viendo que se trataba de Mia. Apretó los labios para

contener la risa.

—¿Te da miedo Mia?

—Es un poco... intensa.

—¿Y no te gustan las mujeres intensas?

Brock clavó la mirada en ella con fijeza.

—No de esa manera. —Su tono volvió a ser grave y seductor como el día anterior cuando tonteó con ella y algo le dijo que tenía que alejarse de él cuanto antes, pero cuando vio que Mia se acercaba a ellos, supo que también tenía al alcance de su mano devolverle el comentario que había hecho la noche anterior sobre su virginidad.

—Está bien. Te cubro, compañero. Pero nada de tonterías conmigo. A la mínima... —Colocó el índice y el pulgar como si fueran una pistola y apuntó a su pecho.

La sonrisa de Brock rezumó satisfacción de tal forma que se arrepintió de inmediato y espero, en su fuero interno, no haber cometido el mayor de los errores al dejarse enredar por él.

CAPÍTULO 12

Brock la miró con esa sonrisa suya, tan socarrona como bribona y de no haber estado atada, lo habría abofeteado para borrarla de la cara. Poner a Mia en su sitio no merecía estar pasando por aquello. Intentó echarle una mirada de advertencia, pero solo consiguió que él mostrase aún más satisfacción.

—¡Chicos! ¿Estáis preparados? —gritó el viejo Sherman.

Este, junto a Anita, el abuelo y una docena de vaqueros del rancho aguardaban para ver cómo iba la prueba. Hacer de fardo no era lo que tenía planeado para aquella mañana. Y cuando vio que Brock se lanzaba a por ella, después de que Clay disparara al aire para anunciar la salida, no hizo más que tensarla. Vio a todos los hombres correr hacia las chicas que esperaban en fila, atadas de manos y piernas. Ella fue una de las primeras en ser capturadas y cuando Brock la levantó del suelo y se la echó al hombro con una facilidad pasmosa, pegó un grito que salió incontrolado de su boca, por la impresión. No tuvo tiempo de pensar en mucho más, pues empezó a rebotar en su hombro mientras este hacía el recorrido de la carrera con ella a cuestas. La sujetaba por los muslos con ambas manos, algo más abajo del trasero, y el contacto le estaba abrasando la piel. Se arrepentía de haber elegido aquellos vaqueros cortos para ese día, pues ahora cada una de sus terminaciones nerviosas

reaccionaba a su contacto. Él no podía percatarse, concentrado en la carrera, pero empezaba a costarle respirar. Ningún hombre la había tocado así, ni siquiera el doctor Grayson. Y empezó a contar mentalmente los segundos que restaban para terminar la prueba.

Miró a un lado y a otro y a través de la cortina de cabello que le caía sobre el rostro vio que eran los primeros del circuito, pero muy de cerca les seguían Joe y Skylar y tras ellos Diego y Mia. El resto estaba muy por detrás y no eran rivales para ellos.

—¡Corre más, estrellita de los deportes, Joe está a punto de alcanzarnos! —Su vena competitiva habló por ella y ni siquiera le importó la risa que oyó burbujear de labios de Brock, solo quería ganar a los demás.

Volvió a gritar cuando él, al rodear uno de los barriles del recorrido, estuvo a punto de dejarla caer. Lo evitó elevando una mano y sujetándola por el trasero. Blue abrió los ojos desorbitadamente y se mordió el labio inferior con fuerza para evitar gritar por la impresión cuando su sexo empezó a palpar. El calor anidó en su vientre y empezó a recorrerla despertando cada poro, cada célula de su cuerpo. Jamás había sentido nada igual. El fuego la consumía y la mente se le nubló por el deseo. Y entonces, él la dejó de pie, en el suelo y oyó sonar la campana que los proclamaba ganadores de aquella prueba.

—¡Guau! ¡Menuda carrera! ¡Hemos ganado, preciosa! ¡Hemos ganado!

—Brock la tomó en sus brazos y la abrazó con fuerza llevado por el entusiasmo.

Ella seguía en la nebulosa del deseo y ni siquiera fue capaz de protestar durante un largo segundo, en el que solo fue consciente de sus fuertes brazos y el enorme pecho que la cobijaba. Algo en su reacción debió llamar su atención porque tan rápidamente como la había abrazado, la soltó tomándola por los brazos.

—Perdona, imagino que quieres que te desate —le dijo mientras le apartaba el cabello del rostro—. Aunque es tentador...

Su mirada turquesa y burlona despejó la neblina de su mente.

—Brock Ashby, ni se te ocurra dejarme así o... —dijo apretando los dientes, pero él la interrumpió.

—Lo sé, lo sé. Me dispararás —terminó por ella entre risas.

Blue no quiso ser consciente de las manos masculinas que se deslizaban por sus piernas deshaciendo los nudos, ni del cosquilleo que la recorría allí donde rozaba su piel.

—Si me desatas las manos primero, yo puedo hacer el resto sola.

—Soy todo un caballero y me gusta dar un servicio completo —dijo incorporándose para empezar con el nudo de las muñecas—. Has estado genial. Eres el mejor paquete que he cargado nunca.

El rostro de Brock estaba a solo unos centímetros de ella y mientras

hablaba no pudo evitar mirarle los labios. Él parecía completamente relajado y feliz de que hubiesen ganado. Le había tocado el culo y no parecía afectado en absoluto. Estaba claro que había tocado muchos otros culos antes, y que seguramente serían mejores que el de ella, y aunque hubiese preferido que no se acercase al suyo, su falta de afectación la molestó.

—Yo, sin embargo, no puedo decir lo mismo —repuso ella elevando la barbilla y recuperando su habitual hostilidad—. Por lo menos hemos ganado, pero en la siguiente prueba, cambiamos los papeles.

No lo dejó contestar y se marchó hacia las neveras a por un botellín de agua helada que enfriara sus ánimos.

Brock tan solo pudo quedarse mirando su trasero respingón mientras se marchaba. Había tenido la oportunidad de apretujarlo con su mano al sujetarla, y era espectacular. Tanto como para haberle despertado una erección instantánea. Y cuando tuvo que bajarla de su hombro no había querido separarse de ella aún. Por eso la abrazó, reteniéndola contra su cuerpo, sintiendo cómo se acoplaba a él a la perfección. Cuando creyó que ella notaría su erección contra el vientre, se separó de inmediato.

Y la reacción de su cuerpo solo podía significar una cosa: estaba en un lío.

Estuvo seguro de ello media hora después cuando Blue le mostró la sonrisa más diabólica que había visto en una mujer, y había visto muchas. Clay anunció que el siguiente juego era una prueba de captura de lazo y entonces supo el motivo de su gesto. Ella había cambiado los papeles, lo que significaba que, mientras el resto de los hombres preparaban sus lazos para cazar a sus parejas, él estaba con las mujeres, en fila y preparado para ser atrapado por ella.

Miró a un lado y a otro y las miradas de todas sus compañeras estaban clavadas en él, no sabía con qué interés. Le sonreían, pero también advertía... ¿pena? ¿diversión? ¿expectación? Empezó a ponerse un poco nervioso, pero no tuvo tiempo de pensar en ello porque Clay Sherman volvió a disparar su revólver al cielo dando el pistoletazo de salida. Su atención volvió a Blue y cuando ella le guiñó un ojo con picardía, se quedó paralizado. Aquella chica sabía cómo trastornarlo, no había duda. Se dio cuenta cuando vio a las mujeres correr en dirección contraria para escapar de los lazos mientras él seguía allí. Tardó en reaccionar, pero cuando Blue elevó el brazo y empezó a hacer volar su lazada con maestría, las siguió.

No recorrió ni dos metros y ya la gruesa y áspera cuerda se cernió sobre su pecho. El siguiente tirón lo dejó sin aire, y el tercero lo lanzó al suelo de espaldas. Aun intentaba recobrar el aliento cuando el rostro de Blue apareció sobre él. La sonrisa no había desaparecido de sus labios. Al contrario, parecía

más satisfecha y radiante que nunca.

—¿Contenta? —le preguntó arqueando una ceja.

—Bastante, la verdad. Hemos vuelto a ganar.

—¿Y eso es lo más importante para ti?

—Eso y verte morder el polvo.

Brock sonrió y ella se puso nerviosa.

—Anda, ayúdame a levantarme —le dijo clavando los codos en la tierra.

Blue posó una bota sobre su pecho.

—No sé, ahí estás tan mono...

—¿Mono? ¿Eso es casi un halago? Me parece que empiezo a gustarte.

El gesto satisfecho de Blue desapareció de repente. Levantó la mirada y se dio cuenta de que todos los miraban con interés. Quitó la bota de su pecho y estiró la mano para ayudarlo a levantarse. Pero cuando estuvo en pie, él la tomó de la barbilla en un gesto que la dejó perpleja y a pocos centímetros de su rostro.

—Bien jugado, preciosa.

Sus últimas palabras la dejaron con el corazón latiendo con un compás distinto, más fuerte y doloroso. Y lo peor de todo es que eso no cambió cuando él se marchó dejándola allí, más confusa que nunca.

CAPÍTULO 13

—¿De veras era necesario que la guiases hacia mí? —La pregunta de Brock, en el cubículo de al lado quedó amortiguada por el sonido del agua de la ducha que caía sobre ellos.

Brock la oyó reír en respuesta y se quedó fascinado con aquel sonido. Volvía a ser objeto de sus burlas, pero su risa era tan genuina que le pareció la más refrescante y sexi que había oído jamás.

—¿Por qué me miras así? —preguntó ella suspicaz al darse cuenta de su escrutinio.

—Por nada, pensaba que eres maléfica. Echarme a Lola encima ha sido una jugada a traición —disimuló él tomando la pastilla de jabón de la rejilla de la que colgaba y empezó a frotarla por su pecho y brazos, con fuerza.

—Pero necesaria. De lo contrario no habríamos ganado también esta prueba —se limitó a replicar ella.

Blue dejó de reír inmediatamente.

La captura de Lola, la cerda del viejo Sherman había sido la prueba que más le había divertido. No le importaba meterse en el barrizal y mancharse. Muchas tareas del rancho requerían ensuciarse, pero ver a Brock andar como un pato mientras sus botas se hundían en el barro y correr tras la cerda para terminar cayendo de bruces, sí había sido memorable. Como también lo

estaban siendo las vistas que tenía en ese momento.

No era la primera vez que veía a un hombre sin camisa. Cuando se trabajaba con vaqueros esa circunstancia se daba de cuando en cuando. Pero Brock Ashby tenía un cuerpo como no había visto otro igual. Las duchas de detrás de las cuadras no eran más que cubículos de madera, a la intemperie, de las que pendían alcachofas de latón. Habían decidido ir hasta allí tras ser amenazados de muerte por Anita si se les ocurría pisar las cabañas con todo aquel barro encima. Disponían de cuatro duchas, pero Brock había ocupado la contigua a la suya, y en cuanto posó los ojos sobre él se dio cuenta de lo pequeños que eran esos espacios y lo grande que era el cuerpo masculino a su lado.

Lo miró disimuladamente, no había un gramo de grasa en él y en su torso estaba esculpido hasta el más pequeño de los músculos, cincelado y marcado para deleite de sus ojos. Que el agua de la ducha cayese sobre él y estuviese acariciando su cuerpo con la pastilla de jabón, no ayudaba tampoco a despegar la vista de toda esa carne prieta.

Lo miraba con descaro y fascinación cuando antes jamás había sentido interés en esas cosas. Tragó saliva. Cuando la espuma del jabón llegó hasta su vientre y descendió por sus abdominales, deslizándose por las hendiduras que marcaban cada uno de ellos hasta el filo de su vaquero, contuvo la respiración y cerró los ojos con fuerza. Empezaba a reconocer el calor que emergía de su

bajo vientre, como el que había sentido cuando él le había tocado el trasero.

—¿Se te ha metido jabón en los ojos? —le preguntó Brock acercándose a la medianera de madera que los separaba. A ella le llegaba hasta los hombros, pero a él, bastante más alto, le permitía seguir exhibiendo sus enormes pectorales.

—No, no ha sido nada —se excusó queriendo darse la vuelta y darle la espalda.

—No seas así. Deja que te eche un vistazo. Este jabón es muy fuerte, si te ha entrado en el ojo la irritación te escocerá de lo lindo.

No tuvo tiempo de replicar, porque él estiró el brazo y la atrajo hasta que estuvo pegada también a la mediana de madera que ahora separaba sus cuerpos. Elevó su rostro tomándola por la barbilla y apartó su cabello enjabonado de las mejillas, para verla mejor.

Cada movimiento y caricia, Blue lo percibió con todos los sentidos, excepto el de la vista, pues se negaba a abrir los ojos y verlo tan cerca, con todo aquel equipamiento suyo; sus músculos, sus manos, sus ojos, esa boca hecha para besar y su sonrisa. Sobre todo, esa sonrisa que empezaba a alterarle el pulso.

—Voy a echarte agua limpia, no te muevas —le dijo él tan cerca que su aliento le acarició el rostro.

Blue no se movió, no habría podido, aunque hubiese querido.

Poco después sentía el agua caer desde la frente hasta sus ojos y las manos de Brock recorrer su rostro para eliminar los restos de jabón. Le acarició las mejillas con los pulgares. Y se deleitó, sorprendida por las placenteras sensaciones. El agua estaba fresca, pero las manos de Brock eran cálidas, y el contraste resultaba excitante.

—Creo que ya está —la voz masculina se le antojó más grave de lo habitual.

Blue abrió los ojos lentamente. Las pestañas espesas y más oscuras que su cabello se abrieron con pesadez, perladas con gotas minúsculas de agua, y su mirada castaña, salpicadas de motas verdes, quedó fija en él. Para Brock fue como ver un documental de esos en los que ponen la apertura de flores exóticas a cámara lenta para que puedas apreciar toda su belleza. Sencillamente no pudo evitar recorrer cada centímetro de su rostro. Tenía las mejillas encendidas y sobre ellas unas pecas deliciosas.

—Estás preciosa con estas pecas. —No fue una declaración meditada sino llevada por un impulso que salió de su pecho.

Durante un segundo, ambos se quedaron mirando el uno al otro y Brock no supo cuál de los dos mostraba más turbación. Reconoció ese momento con el que precede a un gran beso. Uno que no se olvida y que te deja con hambre de más.

Y sin embargo no fue lo que ocurrió.

Blue dio un paso atrás, apartándose rápidamente de la valla y de él, sin ser consciente de que, al poner distancia entre ambos, permitía que viese la forma en la que su camisa rosa y empapada, se pegaba a su cuerpo transparentándose, y le regalaba la visión espectacular de su pecho y sus pezones erguidos. Nada en el mundo habría conseguido que no deslizase la mirada por su cuerpo y se fijase en los globos llenos de sus senos que se alzaban orgullosos a través de la tela.

Y por supuesto, ella se dio cuenta.

—¡Maldito seas, Brock Ashby! ¡Menudo cuento tienes! ¿Esto es lo que haces con todas las pardillas para que caigan a tus pies? —dijo cruzando los brazos sobre su pecho, para privarlo de las vistas mientras daba otro paso atrás—. ¡Me sacas de mis casillas! —volvió a gritarle justo antes de marcharse a grandes zancadas.

Brock bajó la mirada y con los antebrazos aún apoyados en la valla, resopló. Ninguna mujer lo había confundido tanto hasta la fecha y de forma tan abrumadora. Ya no tenía dudas. No podía tenerlas cuando solo tenía que echar un vistazo a su entrepierna para ver las reacciones que ella le provocaba. Había perdido la cabeza, era masoquista, y la deseaba. Deseaba a aquella pequeña arpía, díscola y provocadora. Y cuanto más belicosa era con él, más ganas tenía de callarla apoderándose de su boca y dejando que sus manos recorrieran su cuerpo menudo y lleno de curvas. Supo que no aplacaría el

fuego que ella había provocado en su interior hasta que la consiguiese. Y no había nada peor que poner un objetivo en su mente, porque se conocía y no pararía hasta lograrlo.

Ni siquiera una hora más tarde, comprobando por sí mismo cuán peligrosa era al verla disparar su escopeta, cambió de opinión. Blue lo había amenazado varias veces con dispararle y aunque había oído que era campeona de tiro, no había tomado la amenaza en consideración. Ahora, mientras la veía, concentrada, acabar con todos los objetivos que le habían puesto para la exhibición de tiro y escuchando los comentarios de los vaqueros que se encontraban entre el grupo de espectadores, se daba cuenta de que la había subestimado. Estaba claro que todos aquellos tipos duros y fornidos la admiraban e incluso la temían. Durante toda la primera parte de la exhibición estuvieron haciendo comentarios sobre las cuatro armas que tenía la chica; una pistola automática, un revólver, un Winchester (que usaba en ese momento), y una escopeta de precisión que utilizaba para los campeonatos. Y según se decía dormía con el revólver bajo la almohada y la escopeta bajo la cama. Estaba seguro de que ella misma se había asegurado de hacer correr ese rumor para ahuyentar a los moscones, pero se preguntó cuánto de verdad habría en ellos.

Terminó aquella primera parte y los vítores de los alucinados

espectadores no se hicieron esperar. Era buena, muy buena. Y estaba preciosa con esa cara concentrada, su mirada decidida y su postura enérgica. Pero si hubo un momento en el que se quedó sin palabras, fue cuando la vio subir a su caballo y, como la más increíble y fiera de las amazonas, realizó la segunda parte de la muestra subida en él, aniquilando cada objetivo, en plena cabalgada. Nada le había parecido más sexi en su vida que verla contorsionarse sobre el caballo, a gran velocidad, para dar en el blanco. Y en su mente empezó una cuenta atrás que registraría cada hora, cada minuto que tardase en volver a tenerla entre sus brazos.

Blue terminó la exhibición sin aliento. El pecho le subía y bajaba atropelladamente y el latido fuerte y rápido de su corazón apenas le dejaba oír las alabanzas del público. No había sido consciente de ellos durante toda la demostración, pues en su mente solo había una mezcla de las reacciones que provocaba la adrenalina que recorría su cuerpo cada vez que realizaba esa prueba para los visitantes al rancho, y la rabia que sentía hacia ella misma en ese momento. El maldito Brock Ashby había conseguido meterse en su mente y hacerle cosas a su cuerpo que no había sentido hasta entonces. Y lo peor no había sido ver su mirada apreciativa en las duchas. No estaba ciega y no era la primera vez que las recibía. Sino reconocer que antes que Brock, ella había hecho lo mismo con él. ¿O acaso no estaba igual de mal la forma en la que lo

había devorado con los ojos durante la ducha? Con cada disparo había intentado destruir esas imágenes, el fuego creciente en su interior y esa necesidad acuciante y desconcertante que crecía en ella, pero no lo había conseguido.

Aún sobre su caballo, tan solo tuvo que cruzar la mirada con la de Brock mientras todos aplaudían, para darse cuenta de que había fracasado estrepitosamente.

CAPÍTULO 14

—¿No te parece que el abuelo y Anita están muy raros? —preguntó Skylar a su hermana tomando la delantera del grupo, en sus caballos.

—¿El abuelo y Anita? —El gesto de Blue decía a las claras que ni había reparado en ellos. Volvió el rostro para observar a ambos ancianos, en el porche trasero y no viendo nada extraño, se giró encogiendo los hombros—. No sé de qué me hablas.

—Conozco a Anita y, por supuesto, al abuelo. Y cuando los veo juntos parece que baje la temperatura varios grados. Me da la sensación de que él la busca y ella lo evita.

Blue parpadeó varias veces sorprendida.

—Creo que los nervios prenupciales están haciendo que pierdas la cabeza. No creo que Anita y el abuelo sean siquiera grandes amigos. Nunca los había visto en la misma habitación hasta este fin de semana.

—Aquí todo el mundo se conoce y no sabemos desde cuándo lo hacen ellos. La cosa es que ya he pillado al abuelo varias veces mirándola... con interés.

Blue bufó pareciéndole ridícula la idea.

—¿Insinúas que quiere algo con ella? —Ahora el gesto de estupor tornó a uno de cierta repulsión.

—¡No pongas esa cara! Están mayores, pero no muertos. El abuelo lleva muchos años solo y creo que ella nunca ha llegado a casarse...

Las insinuaciones de su hermana no le estaban gustando un pelo.

—¡El abuelo solo ha amado a una mujer en toda su vida, la abuela Rose!
—dijo con vehemencia.

—Que lleva muchísimos años muerta, ¿acaso no merece un poco de felicidad en la última etapa de su vida? A veces, Blueberry, me da la sensación de que no quieres que nadie sea feliz.

—¡Él es feliz! —dijo defendiéndose de aquella injusta acusación.

—¿De veras crees que toda su felicidad debe reducirse a cuidar de sus dos nietas?

Blue, con gesto ofuscado y ceño fruncido bajó el rostro, pensativa.

—¿No es suficiente? —Su tono fue mucho menos enérgico mientras formulaba la pregunta.

—Todo el mundo es más feliz cuando está enamorado y puede compartir su vida con alguien —apuntó Skylar, taladrándola con la mirada, como si quisiera darle un mensaje velado con aquella afirmación.

—Yo no —aseguró Blue, dándose cuenta de que Skylar no solo estaba hablando del abuelo.

—Tú también, pero ya te darás cuenta. Me parece a mí que la vida está a punto de darte una lección.

Blue arqueó una ceja, escéptica. Y siguió la mirada de su hermana que se clavaba en Brock, algunos metros más atrás, cabalgando junto a Donny y Joe y enfrascado en una animada conversación.

—Definitivamente, la boda ha hecho que pierdas la cabeza. Deja de elucubrar sobre todos —le ordenó.

—Yo solo hago observaciones de lo que veo. Y te digo que mi instinto me dice que entre ellos hay algo.

—Me dan ganas de tirarte a la alberca —soltó Blue resoplando.

—¡La alberca! ¡Qué buena idea! ¡Vamos todos a darnos un baño! —propuso Skylar con total entusiasmo, cambiando radicalmente de tema y humor.

Blue puso los ojos en blanco pensando que su hermana a veces parecía bipolar.

—¡Amor! ¿Te apetece un baño en la alberca? —gritó Skylar a su novio haciendo girar a su caballo.

—Claro, princesa. ¡Todos a la alberca! —dijo Joe animando al resto que no tardaron en sumarse al plan con entusiasmo para complacerla.

Blue los siguió con desgana mientras en su mente, algunas de las cosas que había dicho su hermana seguían danzando, formulando preguntas de las que no sabía si quería saber la respuesta.

Thatcher observó de soslayo el perfil de Anita que se perfilaba con la luz anaranjada del atardecer, y suspiró pausadamente intentando retenerla en la retina. Había estado evitándolo desde su llegada. Cada vez que entraba en la cocina con cualquier excusa, o se hacía el encontradizo por el rancho, ella recordaba una tarea urgente que la obligaba a marcharse y así alejarse de él.

No había planeado nada de aquello. Cuando supo que Skylar y Joe querían celebrar la boda en el rancho Sherman, supo que la vería. Pero ni en ese momento ni en el presente, había sabido gestionar los sentimientos e inquietudes que había despertado esa revelación en él.

Durante aquellos largos años, y en un pueblo tan pequeño, se las habían ingeniado para realizar la difícil tarea de no coincidir, salvo cuando el destino les había obligado a hacerlo. Y podía contar las veces con los dedos de sus manos.

—Mi trabajo aquí ya ha terminado —dijo ella de repente, con la clara intención de marcharse de nuevo.

—Aún es temprano, ¿por qué no te tomas un café con un viejo amigo?

Anita bajó el rostro para ver la mano de Thatcher sobre la suya. Hacía más de cincuenta años que no sentía su contacto y sin embargo su cuerpo lo reconoció al instante. El tiempo había pasado por ellos, y la mano del hombre que aceleraba su corazón en ese momento ya no era tan suave. Su tacto era más áspero y su mano más grande y fuerte que la de un chico de dieciocho años,

pero el calor que la abrasó era idéntico, y la turbación que le produjo el gesto, también.

—Esto no tiene sentido, Thatcher... —dijo rompiendo el contacto y dando un paso atrás.

—Pues yo creo que lo tiene más que nunca. Los dos hemos pasado por mucho.

Anita elevó la mirada y sus ojos azules se cruzaron con los del hombre al que había amado toda su vida.

—Hay cosas que es mejor dejar en el pasado.

—Para mí aún sigue muy presente. Y no sabía cuánto hasta que volví a verte ayer en los escalones de la entrada.

—Estaba preocupada, quería asegurarme de que estabas bien.

Thatcher sonrió con una de esas sonrisas perezosas que ella tan bien recordaba.

—Pero solo era la preocupación, como tú dices, por un viejo amigo — aclaró ella no queriendo que él indagase más.

Él asintió, pero por su rostro se paseaba la incredulidad.

—A alguien que es «solo un viejo amigo», no se le evita como tú haces conmigo. Huyes de mí —dijo él mientras daba un paso adelante para acortar la distancia.

—Jamás he huido de ti —repuso ella enfrentándolo. Estaban muy cerca

el uno del otro. Y ahora, cuando los chicos se habían marchado para dar su último paseo nocturno a caballo, estaban completamente solos—, pero esto no tiene sentido.

—¿Por qué?

—Porque no tengo ganas de revivir la época más difícil de mi vida.

Aquella confesión hizo que Thatcher bajara la cabeza.

—No hay nada de lo que hablar, Thatcher. —Suspiró deseando encontrar las palabras adecuadas que la librarán de la agonía de estar a su lado—. No te guardo rencor. Éramos muy, pero que muy jóvenes. Hiciste lo que creíste oportuno. Tomaste un camino y has tenido una buena vida. Tuviste un gran hijo y tienes dos nietas preciosas de las que sentirte orgulloso. No hay nada que lamentar en tu vida, y yo por mi parte tampoco tengo nada que sentir respecto la mía. Este rancho y la gente que trabaja y vive en él lo son todo para mí. Y no tengo intención de remover el pasado.

No dijo más, aprovechó que su enérgico discurso había dejado a Thatcher sin palabras y pasó por su lado, marchándose. Solo cuando estuvo en la soledad de su habitación se permitió llorar y dejar salir los sentimientos que no había confesado al hombre que un día se adueñó de su corazón para no liberarlo jamás.

CAPÍTULO 15

Bañarse en la alberca en ropa interior delante de todos y en especial con la mirada de Brock clavada en ella no era lo mejor para mantener el control de las cosas que él había despertado en su cuerpo. Agradeció al menos no haber elegido uno de los bonitos conjuntos de ropa interior que le regalaba Skylar y llevar uno deportivo y negro, como era habitual en ella. Pero lo que no había podido evitar era la visión de Brock desnudo, ya que los chicos al completo había decido bañarse como sus madres los trajeron al mundo, sin ningún pudor.

Sus glúteos fuertes y torneados seguían ocupando su mente hasta el punto de hacerla sentir una yegua en celo. Por eso fue de las primeras en querer acabar con aquella locura de noche y proponer que se retiraran temprano para estar en condiciones a la mañana siguiente para la boda. Se alegró enormemente cuando la mayoría estuvo de acuerdo y no opusieron demasiada resistencia. Todo fue perfecto hasta que reparó, al separarse el grupo, en que Donny, Brock y ella tomaban el mismo camino.

—No querías acompañarme el primer día y ahora vas a hacerme de escolta. ¡Qué detalle! —le dijo Brock inclinándose hasta su oído.

—No seas zoquete, solo voy a mi cabaña —repuso rápidamente.

—¿A tu cabaña? ¿Por aquí? —dijo señalando el camino.

Blue apretó los labios antes de asentir con una tensa sonrisa.

—Blue es nuestra vecina, ocupa la número nueve.

—¿Nuestra vecina? ¿En serio? ¿Entonces puedo pasarme luego a pedirte un poco de sal?

Blue tomó aire muy despacio dejando que sus hombros se elevasen mientras se armaba de paciencia.

—No tengo sal, ni nada que pueda interesarte —aseguró acelerando el paso, deseosa de llegar a su cabaña, un lugar seguro en el que no había ningún tipo de tentación.

Brock no tuvo que hacer muchos esfuerzos para, con su larga zancada, ponerse a su lado de nuevo.

—Con una cerveza podría explicarte lo que me interesa y lo que no —dijo con tono sugerente.

—¿Y si no me importa?

—Apuesto a que podría hacer que la conversación fuera interesante para ti.

—Y yo a que confías demasiado en tus encantos, una vez más.

—Pues yo apuesto a que sobro en esta conversación —los interrumpió Donny, sorprendiéndolos.

Estaban tan enfrascados en su discusión que ninguno había reparado en el chico que los miró con el ceño fruncido.

—Eso es una chorrada, no sobras —se apresuró a decir ella.

—Ya no soy un crío y sé lo que veo —dijo Donny levantando la barbilla.

Blue tragó saliva y miró de soslayo a Brock que hizo lo mismo con ella. Pero solo dos preguntas se paseaban por su mente, ¿tan evidentes eran los cambios que se estaban produciendo en su cuerpo? ¿También se habría dado cuenta Brock?

—Te estás confundiendo, Donny... Aquí no pasa nada...

—No, no me confundo. Ya os he visto discutir varias veces, y no he sido el único. En el grupo se habla de vosotros. Incluso hacen apuestas sobre cuál será el que meta la pata mañana en la boda.

—¡Oye! ¡Nosotros no vamos a meter la pata! —Sus voces, protestando, sonaron al unísono.

Se miraron sorprendidos por tanta compenetración.

—Demostradlo, tomaos esa maldita cerveza, resolved vuestros problemas y aseguraros de que no fastidiaréis la boda de mi hermano —dijo con tono autoritario.

No tuvieron oportunidad de responder porque Donny se marchó antes de que pudieran hacerlo. Durante unos segundos se limitaron a verlo marchar, hasta que este entró en su cabaña, y cerrando la puerta tras él, los dejó solos.

—¡Vaya con el niño! —Blue fue la primera en romper el silencio,

cruzándose de brazos.

—¿De veras crees que han hecho apuestas sobre nosotros? —repuso Brock jovial.

—¿Te parece divertido? ¡Creen que vamos a cargarnos la boda! —Posó las manos en las caderas y volvió a mirar la puerta por la que había desaparecido Donny.

—Has estado un poco... arisca conmigo. Tal vez eso haya despertado los rumores.

—¿Así que ahora la culpa es mía? —preguntó a la defensiva.

Brock quiso reír al ver su gesto ofendido y obstinado, pero mantuvo la postura para no darle una excusa para marcharse de allí.

—Bueno, puede que yo haya colaborado un poquito pinchándote. Pero no importa quién haya empezado. Está claro que solo de nosotros depende terminarlo —dijo guiando la conversación hasta donde él quería.

—Por ese gesto tuyo, intuyo que tienes un plan —dijo al ver su sonrisa autosuficiente.

A Brock no dejaba de fascinarle su perspicacia.

—¿Y cuándo no? Solo prométeme una cosa.

—¿Qué? —preguntó ella alzando una ceja.

—Que vas a relajarte y disfrutar.

Blue no supo si fue por el gesto que acompañó a sus palabras o por su

tono más parecido a un ronroneo, o porque aquellas palabras le parecieron una invitación a algo que le provocaba un calor sofocante, pero todas sus alarmas se encendieron en ese instante.

Aunque unos minutos más tarde cuando él, que la había hecho esperar en el porche de su cabaña, salió con un par de cervezas, se sintió ligeramente decepcionada.

—¿Has puesto música? —preguntó al escuchar un tema de Cody Johnson que le gustaba bastante. Al menos no era de los más románticos, pensó.

—Es por si nos da por bailar —repuso guiñándole un ojo con picardía. Cuando ella abrió muchos los ojos, añadió—: No te pongas nerviosa, era una broma. —Sonrió divertido—. Toma, están bien frías —le dijo ofreciéndole una de las cervezas, ya abierta.

—Gracias, es justo lo que necesito —dijo tomándola. Aunque dudaba que ni un barril de aquel brebaje helado consiguiese apaciguar las muchas cosas que sentía.

Dio un buen trago del botellín y vio que él se sentaba en la barandilla. Sin saber muy bien qué debía hacer, lo imitó.

—¿Y qué se supone que estamos haciendo? ¿Cómo va a cambiar esto, sea lo que sea, la creencia que tienen todos de que vamos a cargarnos la boda?

—Estamos pasando el rato. Conociéndonos.

—Tú no quieres conocerme —espetó ella rápidamente.

—Sí que quiero —aseguró Brock clavando la mirada en ella con intensidad. Algo que consiguió ponerla nerviosa.

—Mira, no tienes que hacer todo este esfuerzo por la boda. Yo prometo que no haré nada que la estropee. Y si tú haces lo mismo, yo me doy por satisfecha —indicó dejando el botellín sobre la barandilla, y levantándose, dio la conversación por terminada y comenzó a andar.

Brock la siguió rápidamente y la detuvo. Blue miró sorprendida sus manos unidas.

—¿Por qué haces que sea tan difícil acercarse a ti? —le preguntó él con sinceridad. Haciendo que su corazón se detuviera en seco.

Lo único que pudo pensar Blue fue que, para ser difícil, él lo hacía sorprendentemente bien, pues en una centésima de segundo Brock acertó la distancia dejando apenas unos centímetros entre ellos. Lo vio elevar una mano y apartarle un mechón de cabello de la mejilla. La suavidad de sus yemas le erizó la piel. Quiso correr en dirección contraria, apartarse y ponerse a salvo, pero sus pies no respondieron. Y cuando él la tomó de la barbilla y elevó su rostro, no evitó su mirada.

—¿Qué quieres de mí, Brock? No soy como las mujeres a las que estás acostumbrado. No tengo nada que ver con tu mundo.

—Lo sé. Jamás me había encontrado con alguien como tú. Y de veras quiero conocerte.

Aun cogidos de la mano la llevó de nuevo a la barandilla y la instó a sentarse a su lado.

—No... sabría ni por dónde empezar.

—¿Que tal contándome cómo fue para ti ser la hija de Nolan Crane?

Blue desvió la mirada y tomó aire sintiendo que su corazón volvía a latir dolorosamente. De todas las preguntas posibles, él había decidido empezar por la más difícil de todas.

Brock percibió la tensión en su mano nada más pronunciar el nombre de su padre y supo que se había equivocado de pregunta.

—Si no quieres hablar sobre él...

—No es que no quiera hacerlo. Es que no lo he hecho nunca, salvo con mi caballo —puntualizó ella ladeando la cabeza y pensándolo mejor.

—Sería un honor que me incluyeras en tan selecto club. Pero deja que te lo pregunte... ¿Nunca? Tu padre era Nolan Crane, ¿cómo es posible?

Blue resopló con pesadez.

—Imagino que eres un fan, y para alguien que seguía la carrera de mi padre, debe ser... extraño. Pero esa faceta no es lo que más me gusta recordar de él. Todo lo contrario.

Se hizo un silencio tenso.

—¡Ya! —repuso Brock haciendo chasquear la lengua contra el paladar —. En la lista de las relaciones complicadas con los progenitores, yo estoy en

lo más alto.

Ella lo miró con interés.

—¿No te llevas bien con tus padres? —preguntó llena de curiosidad.

—Es... complicado. Pero si tú me cuentas lo tuyo, yo te contaré lo mío.

La sonrisa de Brock, cargada de cierta tensión y amargura, le dejó claro que hablar de ello tampoco iba a ser fácil para él. Por lo que, por primera vez en su vida, decidió abrir su corazón.

—Lo siento mucho —repuso Brock cuando ella hubo terminado su relato.

No había querido interrumpirla durante los largos minutos que tardó en contarle cómo en su mente se mezclaban los recuerdos de un padre amoroso, divertido y comprensivo que estaba lleno de vida y energía, con los de un hombre que empezó a mostrarse ausente, errático y esquivo. Le confesó cómo descubrió, escuchando tras una puerta, una conversación entre sus padres en la que ambos discutían por las infidelidades de este.

Nolan Crane había comenzado una relación extramatrimonial con la mujer de un compañero piloto que duró varios meses, hasta que la madre de Skylar y Blue lo descubrió. Sus padres estuvieron a punto de divorciarse y durante largas semanas vio a su madre sufrir día tras día, noche tras noche, entre lágrimas furtivas mientras intentaba por todos los medios que sus hijas

no se vieran afectadas por dicho dolor.

Tal vez por eso decidió perdonar a su marido e intentar salvar su matrimonio. Decidió viajar con él en cada carrera. Pero en la primera ocasión en la que le acompañaba sufrieron un accidente de coche al ser arrollados por un camión y ambos murieron en el acto.

La voz de Blue se quebró en varios momentos mientras se sinceraba con él, pero sin terminar de romperse, mostrando una fortaleza que no ocultaba el dolor durante tantos años acumulado. No se lo preguntó, pero era evidente que de alguna manera culpaba a su padre de haber perdido a su madre. Esa lucha interna de amar y odiar al hombre que lo significó todo para ella era una carga que había soportado toda su vida.

—Gracias... La verdad es que ahora no sé cómo sentirme —dijo Blue percibiendo que de alguna manera se había vaciado.

Por primera vez, Brock pudo ver la vulnerabilidad en su rostro y tuvo ganas de abrazarla. Pero la cordura le hizo ser prudente. Blue era una mujer fuerte y orgullosa. Jamás dejaría que la trataran como a alguien frágil.

—¿Nunca le contaste esto a tu hermana o a tu abuelo? —preguntó con cautela.

Ella negó con la cabeza.

—No tenía sentido infligirles más amargura. No los habría ayudado a ninguno de los dos.

—Ya entiendo, aunque eras solo una niña.

—¿Qué quieres decir?

—Los protegiste. Preferiste sufrir tu sola. Eso te define desde muy tierna edad.

Durante un segundo sus miradas se enlazaron y Blue se sintió indefensa sin su coraza. Sacudió la cabeza y se levantó de la barandilla de un salto.

—Y ahora tú. ¿Cuál es tu gran drama? —lo instó a sincerarse, como lo había hecho ella.

Brock se pasó una mano por la nuca y movió el cuello estirándolo como si así pudiese librarse de la tensión.

—¿De veras quieres oír mi historia, ahora?

—Por supuesto que sí. No vas a librarte, Brock Ashby. Desembucha.

CAPÍTULO 16

—¡Vaya par de dos! Con nuestras vidas se puede escribir una canción country —dijo Blue intentando quitar dramatismo al momento.

Brock sonrió ante su ocurrencia. Y su sonrisa quedó congelada cuando ella posó una mano sobre la suya. Era la primera vez que el acercamiento venía por su parte. Enlazó la mirada con la de ella. Apenas había luz en el porche, escasamente iluminado por la luna que se filtraba entre los tablones del techo. El juego de luces y sombras sobre el rostro de Blue la hacían asemejarse a una ensoñación. Sus ojos parecían más oscuros y cálidos, tal vez porque ya no lo miraba con desdén. Las confidencias que habían compartido habían cambiado algo entre los dos, en la energía que los envolvía.

No lo iba a negar, confesar cómo se había sentido desde su niñez con relación a sus padres había sido muy difícil. No sabía cuánto tenía guardado dentro hasta que no abrió las compuertas tras las que lo había mantenido contenido, para que los recuerdos no lo dañaran. Pero ella había sido valiente compartiendo su historia con él, y se sintió en deuda. No podía responder a su confidencia con cobardía, pero a pesar de haber sido lo más duro que había tenido que hacer en años, también había resultado liberador.

No dudó en introducir los dedos entre los suyos, más finos y delicados,

y presionar sus palmas. La miró de soslayo y apreció la forma en que su pecho se elevaba y volvía a bajar, por la respiración acelerada. Saber que se sentía tan afectada como él por el contacto, lo impulsó a dar el siguiente paso.

Blue creyó que el corazón se le iba a salir del pecho, en cuanto él la miró como si no hubiese nada más en el mundo salvo ella. Lo había tocado sin meditarlo antes, solo dejándose llevar por la energía de las confianzas que habían compartido. Y cuando él entrelazó sus manos, no se lo impidió. Su corazón era ya un zumbido sordo en los oídos que apenas le dejaba escuchar las notas de Just A Kiss, de Lady Antebellum, que sonaba de fondo como una llamada a dar el siguiente paso. Estaban a unos centímetros de distancia, en silencio, uno frente a otro y con las manos unidas. Brock levantó la otra mano para tomar su rostro y supo lo que pretendía. La miró a los labios y dejó su vista allí clavada, como si los codiciara con avidez. Blue solo pudo intentar tragar una saliva inexistente.

—Es tarde, quizás sea hora de irme... —Se escuchó a sí misma decir sin mucha convicción.

Brock inclinó la cabeza hasta que sus labios quedaron a un centímetro de distancia de los de ella. Y antes de que pudiese profundizar en su excusa para marcharse, salvó la distancia y posó sus labios sobre los de ella.

Una explosión múltiple, como si cada célula de su cuerpo estallara provocando fuegos artificiales en su interior. Así fue como se sintió cuando

sus labios se unieron, y el sentimiento que creció en su pecho fue tan grande y abrumador que por un segundo tuvo ganas de reír y llorar a la vez, dejándola sin aliento, sacudiéndola de un letargo en el que ni siquiera sabía que estaba. El sonido latente de su corazón desenfrenado cambió por el de una melodía que se confundió con la canción que se reproducía desde el interior de la cabaña y frunció el ceño, confusa. Pero los labios de Brock se movieron sobre los suyos hasta hacerlos abrirse y entonces la lengua masculina se unió a la suya. Sonrió al probar su sabor, como si este jugueteara en sus papilas. El roce de sus lenguas le pareció delicioso, íntimo, emocionante y excitante hasta hacerla marear. La melodía que creía en su cabeza aumentó de intensidad y Brock gruñó contra su boca. El gesto hizo que se separa de él para observarlo, desconcertada.

—Lo siento, es mi maldito teléfono. No sé quién me llamará a estas horas —lo oyó decir, mirando hacia su bolsillo, donde guardaba el móvil.

Ese fue el momento en el que Blue volvió a la realidad.

—Claro... cógelo. Puede ser algo importante —se apresuró a decir dando un paso atrás, mientras se llevaba una mano a la boca y se tocaba los labios, para confirmar que no lo había soñado y acababa de besar a Brock Ashby.

Lo vio dudar, pero ante la insistencia de la llamada, finalmente sacó el teléfono de su pantalón y observó la pantalla con gesto pétreo.

Blue solo pudo leer el nombre de Alex antes de que él contestara.

—No puedo hablar ahora —dijo a su interlocutor con voz grave. Y se hizo un silencio mientras él recibía respuesta a su comentario. Lo vio dar un paso atrás y girarse antes de contestar en un susurro—. No creo que sea el momento para hablarlo. Lo haremos cuando regrese.

Blue se sintió incómoda al instante. Ni siquiera era capaz de procesar lo que había pasado ente los dos, y esa llamada... Sintió que sobraba y no quiso permanecer allí ni un minuto más.

Cuando Brock se giró poco después, tras deshacerse de la inoportuna interrupción, ella ya se había marchado y cerraba la puerta de su cabaña. Maldijo entre dientes, y lanzó el teléfono móvil fuera del porche con todas sus fuerzas. Encogió el rostro en una mueca y se llevó la mano izquierda al hombro derecho en el que sintió un latigazo de dolor. Pero lo que más le frustraba en aquel momento era haberla tenido, haber sentido que tocaba el cielo con las manos durante un segundo, y haberla perdido.

Blue, con la espalda apoyada en la puerta de madera de la cabaña, intentó recuperar el ritmo pausado de su corazón, con una mano en el pecho y otra sobre su frente. Se preguntó si se había vuelto loca. No tenía ningún tipo de control. ¡Había besado a Brock! El aire se volvió espeso y sintió que le costaba respirar. Cerró los ojos y se concentró como lo hacía segundos antes

de realizar un disparo. Su abuelo la había enseñado a hacerlo y tras unos segundos, percibió cómo se ralentizaba su corazón y la sensación de angustia minimizaba hasta dejarla respirar de nuevo.

Y entonces unos golpes en la puerta la paralizaron.

Blue se mordió el labio inferior, preguntándose qué debía hacer a continuación. No era una cobarde. Ella no huía de nadie, pero no podía enfrentarse a Brock cuando no sabía aún cómo gestionar lo que había pasado entre los dos.

La vibración de unos nuevos golpes a su espalda, la hizo pegar un brinco. «Está bien», se dijo a sí misma, preparada o no, tendría que decirle que se marchara. Se dio la vuelta, rodeó el pomo con fuerza y tomó aire hasta llenar por completos sus pulmones antes de abrir enérgicamente la puerta.

—¿Skylar?! ¿Qué... qué haces aquí?

Blue, sorprendida, la miró como si fuese una alucinación.

—¿Decepcionada? —preguntó su hermana abriéndose paso, sin ser invitada.

—Sorprendida, más bien —dijo ella cerrando la puerta con rapidez—. Te hacía en la cama, descansando para el ¡gran díiiiiaaa! —dijo en tono cantarín, con un entusiasmo a las claras forzado.

—¿Has bebido? Estás muy rara... —Skylar se acercó a ella y escudriñó su rostro buscando algo que le explicase su actitud nerviosa, consiguiendo que

se alterara aún más. ¿Sería capaz su hermana de leer en su cara que acababa de besar a Brock?

—No lo estoy —aseguró apartándola—, es que me has pillado con el discurso del brindis.

—¿No has escrito aún el discurso? —La cara de preocupación de Skylar fue digna de ser enmarcada.

—¡Claro que sí, boba! —aseguró mintiendo bellacamente—, me refería a que lo estaba ensayando. Y antes de que me lo pidas... No, no voy a recitártelo, es una sorpresa.

Durante un segundo Skylar la miró sopesando si insistir, pero finalmente desechó la idea con un gesto de su mano.

—Tienes toda la razón, así será más emocionante.

—Eso pienso yo —dijo ella dándole la espalda para tomar asiento aliviada—. Y dime, ¿qué haces aquí? ¿Estás nerviosa? ¿Preocupada...?

—Un poco de ambas —confesó Skylar. Y tragó saliva como si en realidad se tratase de espinas.

—¿Qué ocurre?

Esta vez su pregunta iba cargada de preocupación. Había visto a su hermana nerviosa los últimos meses en diversos momentos, pero aquella noche tenía un gesto diferente. La escudriñó, analizándola y lo que descubrió la dejó helada. ¡Tenía miedo!

—Un momento, ¿has discutido con Joe? ¿Te estas arrepintiendo de la boda? ¿Te ha hecho algo? ¿Cojo la escopeta?

—¡No! ¡Claro que no! —exclamó su hermana temiendo lo rápida y errada que iba la mente de su hermana—. Tranquila, no me ha pasado nada con Joe... Aunque algo me temo que sí me ha hecho...

Blue que en un momento había pasado de la preocupación y la furia al alivio, sintió que su hermana la estaba paseando por una montaña rusa emocional.

—Mira, si no empiezas a ser más clara, me temo que no voy a entender nada.

—Es que no sé ni cómo decirlo...

Blue se levantó de la silla y fue hasta su hermana, sentada a los pies de su cama, para rodearla con el brazo de forma protectora.

—Siempre es mejor por el principio —dijo reparando en su expresión emocionada.

Skylar no dijo nada. Metió la mano en su bolso y sacó una cosa de plástico parecida a un rotulador, que blandió delante de su rostro.

—No puedo hacer esto sin ti. Y... creo que estoy embarazada.

Esta vez la que trago saliva fue ella.

—¿Embarazada?

Skylar asintió y por su gesto supo que esperaba una reacción por su

parte. Algo que le costaba tener porque no sabía que ella y Joe estaban buscando ser padres. Daba por sentado que tarde o temprano formarían una familia, pero su hermana no le había dicho jamás que deseara que fuera tan pronto. Le costaba imaginarla de repente como madre.

—Eso es... ¿fantástico? —dijo alzando las cejas.

—No muestres tanto entusiasmo, por favor —ironizó su hermana resoplando mientras se levantaba de la cama.

—Skylar... —la llamó yendo tras ella—. Estaré contenta si así te sientes tú. Si estás embarazada sé que serás la mejor madre del mundo. Lo fuiste para mí cuando me hizo falta y eso que ambas éramos solo unas niñas. No dudo que lo serías también para tu bebé.

Su hermana se dio la vuelta para encararla con los ojos brillantes por la emoción.

—Deja las lágrimas para después, ahora tienes que hacer pis en ese palito —dijo fingiendo su habitual pose de dura, lo que hizo que su hermana sonriera. Después asintió y se marchó al baño con la prueba de embarazo.

Unos minutos más tarde, cuando Blue empezaba a pensar que no podría con más emociones ese día, la puerta del baño se abrió y su hermana salió con media sonrisa en los labios.

—¿Y bien? —la instó a hablar con impaciencia.

—Blueberry, vas a ser tía.

En el momento en el que su hermana pronunció aquellas palabras, la sonrisa más radiante se instaló en sus labios al igual que en los de Skylar. Y para compartir ese mágico momento corrió hasta ella y ambas se fundieron en un gran abrazo.

CAPÍTULO 17

Blue despertó sintiendo que tenía la mente embotada y espesa, sabiendo que no era más que la resaca emocional de la noche anterior. Después de todo lo ocurrido con Brock, la llegada de su hermana había sido una gran y conmovedora sorpresa. Tras descubrir que iban a ser madre y tía, no habían podido evitar enfrascarse en una de esas conversaciones que duraban horas y que hacía tanto tiempo que no compartían, en las que recordaban a su propia madre y cada maravilloso momento que habían vivido con ella. Las anécdotas se sucedieron una tras otra y solo bien entrada la madrugada, cayeron rendidas en la cama y se abandonaron al sueño. Por suerte tenía puesto el despertador, como cada mañana. Solo que aquella no se levantaría al alba para pasear a Toffee, sino para empezar con sus tareas para la boda. También había quedado con Anita para que la ayudase a peinarse, y eso era lo primero que iba a hacer tras disfrutar de una buena ducha que intentaría que borrara el cansancio acumulado.

No podía permitirse perder un solo minuto y antes de plantearse remolonear un poco en la cama, se levantó de un salto. Tomó del armario un vaquero corto, una camiseta celeste, la ropa interior y las deportivas blancas y se dirigió al baño, pero antes hizo una parada para tomar de su bolsa una porción de una de las tabletas de chocolate que formaban su alijo más

preciado para casos de emergencia. Lo engulló mientras se desnudaba y comprobaba la temperatura del agua antes de meterse en la ducha. Y cuando poco después salió del baño, ya vestida, tomó otro buen trozo para el camino hasta el edificio principal.

Abandonó la cabaña a toda prisa, cargada con la percha de su vestido en una funda de tela, su neceser, las llaves, el móvil y el chocolate. Cerró la puerta con la pierna y se dispuso a bajar los escalones del porche, cuando su mirada se desvió como un imán al de su vecino.

Durante un segundo se recreó en el recuerdo del beso que habían compartido y como cada una de las veces que lo había hecho durante la noche, sintió que su corazón se aceleraba de nuevo. Sacudió la cabeza y salió pitando de allí.

—¡Buenos días! —saludó a Anita nada más entrar.

—¿Ya estás aquí? —le preguntó sorprendida.

—Habíamos quedado para que me ayudaras a peinarme, ¿recuerdas?

Blue vio a la mujer trajinando alterada por la cocina. Movía las tazas de un lado a otro, pero en realidad no hacía nada con ellas.

—No... no, solo estaba un poco despistada con la hora. No he dormido mucho así que me temo que estoy un poco espesa —se excusó.

—Suenas retorcido, pero me alegro de no ser la única. —Fue hasta ella, le quitó una de las tazas de las manos y a continuación la llenó hasta la mitad

con el café de la jarra recién hecha. Anita le pasó la de la leche y terminó de llenarla. Dos cucharadas de azúcar terminaron de completar su desayuno.

—¿Y por qué no has dormido tú? ¿Estás nerviosa? —le preguntó Anita mientras se sentaba.

—No, recibí la visita de Skylar. Estuvimos hablando hasta las tantas. Debe tener aún peor cara que yo, porque cuando me he levantado ella ya se había marchado.

—Ninguna novia duerme bien la noche anterior a su boda. No es nada que no pueda arreglar algo de maquillaje —le dijo con una sonrisa.

—Imagino que sí. Pero yo voy a necesitar chapa y pintura como para arreglar un coche que ha quedado siniestro total —dijo señalándose a sí misma de arriba abajo.

Anita sonrió divertida y se sentó junto a ella en el taburete contiguo, portando su propia taza. Durante unos segundos ambas se quedaron allí sentadas, en silencio y mirando por la ventana, perdidas en sus propios pensamientos y degustando sus cafés. Después dejaron sus tazas en el fregadero y Anita tomó el neceser para empezar a prepararle el cabello y colocarle los rulos. Cuando la mujer empezó a separarle el pelo en mechones, Blue cerró los ojos con placer. Solo había una cosa que le provocara tanta satisfacción como disparar, montar a Toffee o el chocolate, y era que la peinaran. Entraba en una especie de éxtasis que la habría hecho hasta

ronronear. Pero Anita aún no había colocado una docena de rulos cuando una idea pasó por su mente y de repente Blue rompió el silencio.

—¿Y mi abuelo y tú desde cuándo sois amigos?

A Anita le tembló el pulso y le pinchó el cuero cabelludo con una horquilla.

—¡Auch! —se quejó y empezó a frotarse la cabeza, enérgicamente.

—¡Estate quieta, vas a soltártelos! Y lo siento, se me ha ido la mano — se excusó.

—A mí me parece que te has puesto nerviosa. ¿Te intranquiliza hablar de mi abuelo?

—¿Tu abuelo? ¡Qué tontería! —La mujer parpadeó varias veces, negando con la cabeza. Algo que alertó a Blue cuando percibió el gesto en el reflejo de los cristales de la alacena que tenía enfrente—. No sé a qué te refieres. Vivimos en un pueblo pequeño, todo el mundo se conoce...

—¡Ya! Eso pensaba yo, pero Skylar cree que hay algo más.

—¿Algo más? No te entiendo.

Blue se giró rápidamente para encarar el rostro de su amiga.

—¿A estas alturas vas a empezar a mentirme, Anita? Yo no creía las cosas que me dijo mi hermana, pero pareces una gallina cuando huele al zorro cerca del gallinero, así que desembucha. ¿Qué hay entre mi abuelo y tú?

Anita bajó los brazos a los costados, derrotada. Conocía a esa chica

desde que nació, y si había algo que la definía era la tozudez. Sabía que no le daría descanso hasta no ver satisfechas sus dudas, y eso la puso en un aprieto. ¿Qué debía contarle, que su abuelo era el amor de su vida? No podía hacerlo y por eso la tomó por los hombros y la obligó a girarse de nuevo.

—Mira, cielo, hay cosas que no merece la pena remover.

Blue frunció los labios en una mueca.

—¿Recuerdas cuántas veces me caí antes de aprender a montar de espaldas a Toffee mientras disparaba?

Terca como una mula, no había mejor forma de describirla, pensó Anita con frustración.

—No hay mucho que contar. —Y a pesar de sus palabras, Anita inhaló con profundidad intentando darse el valor necesario para reavivar los recuerdos—. Tu abuelo y yo éramos muy jóvenes cuando nos enamoramos. Yo acababa de cumplir dieciséis años y él iba camino de los diecinueve.

Las primeras palabras de la mujer hicieron que Blue se quedara muy quieta. Se vio tan sorprendida que se limitó a abrir los ojos de par en par, mientras guardaba silencio.

—Fue algo imprevisto y precioso. Un amor de verano de esos que te hacen despertar a la vida, a las sensaciones, de los que te hacen perder la cabeza. Al menos es lo que me pasó a mí. —Las palabras de Anita estuvieron cargadas de nostalgia, pero después su voz se ensombreció. Se hizo un

silencio momentáneo y Blue temió que decidiese parar con su relato.

—¿Y qué pasó? —preguntó con cautela.

—La vida... O nuestros padres, como lo quieras llamar.

—¿Se opusieron?

—Totalmente. Los padres de Thatcher ya tenían en mente a una novia para su hijo, tu abuela Rose, que era la hija de sus mejores amigos y la nieta del alcalde. Y los míos se asustaron al enterarse de que su única hija se veía con un joven casi tres años mayor que ella. No tardaron en encontrar la solución perfecta y enviarme a Jacksonville para que terminase allí mis estudios mientras cuidaba de mi abuela.

—¡Pero eso es injusto!

Anita sonrió con tristeza.

—Eso pensé yo cada hora, cada día que estuve a mil ochocientos kilómetros de distancia. Nuestra despedida fue muy romántica y dolorosa. Yo le prometí amor eterno y él que me esperaría para siempre.

—Pero no lo hizo...

—No. Un año más tarde pude escaparme de casa de mi abuela. Había conseguido ahorrar un poco de dinero y regresé a Riverhall en autobús. Fui directamente a buscarlo a su casa. Sabía que decepcionaría a mis padres hasta romperles el corazón, pero yo estaba segura de que el mío solo podía sobrevivir junto a él. Cuando di la vuelta a la esquina en su calle, lo vi en el

porche, besando a tu abuela. Y me di cuenta del gran error que había cometido. Volví a Jacksonville y seguí con mis estudios y mi vida hasta que mi abuela murió tres años más tarde. Cuando regresé, tu abuelo ya estaba casado con Rose.

Durante unos segundos Anita se quedó en silencio y ella no supo qué hacer. Le había insistido en que le contara la historia y era evidente que con su cabezonería solo había abierto viejas heridas que aún dolían a su amiga.

—Y eso es todo —Anita suspiró, sacudió la cabeza, y siguió colocando horquillas en su cabello—, como te he dicho, es historia antigua.

—No lo es tanto si sigues amándolo... —dijo Blue levantándose del taburete para encararla, con el rostro esperanzado.

—¡Blueberry! ¿Desde cuando eres una romántica? —preguntó Anita atónita.

Ella se limitó a encogerse de hombros devolviéndole el gesto. No creía que lo hubiese sido jamás, pero al escuchar a su amiga, había encontrado sentido a las palabras de su hermana el día anterior cuando hablaron de su abuelo.

—Buenos días, señoritas —la voz del susodicho las sorprendió al hacer su aparición en la cocina, justo en ese momento.

Ambas se miraron y cuando vio que Anita les daba la espalda para poner distancia, se acercó a su abuelo para saludarlo con un beso.

—Buenos días, abuelo. ¡Qué buen aspecto tienes! ¿Has dormido bien?

—Eh... ¡Sí! Se podría decir que he tenido dulces sueños —dijo el anciano, y a Blue no se le escapó la mirada de soslayo que dirigió este a Anita.

—¡Qué bien! Pues ahora solo necesitas un buen desayuno para enfrentarte al gran día. Yo ya he terminado aquí —dijo llevándose una mano a la cabeza llena de rulos—, así que me voy pitando a seguir con mis cosas.

—Pero si no he terminado... —protestó Anita, a la que de repente vio alterada. Tal vez por quedarse a solas con el abuelo.

—Tranquila, esto ya lo acabo yo. Disfrutad del desayuno —se despidió rápidamente tras tomar su neceser y la funda de su vestido. No les dio tiempo a decir nada más y salió corriendo por la puerta de atrás. Aunque tuviese que regresar a la calle, era el camino más corto para llegar a la puerta principal del edificio.

Esperaba no encontrarse con nadie a tan temprana hora que la pudiera ver con esas pintas. Pero no tuvo tanta suerte, pues justo cuando iba a subir los escalones del porche, chocó con el jefe de policía, Cole Ashby, el padre de Brock.

CAPÍTULO 18

—Señorita Crane... —la saludó el hombre con una leve inclinación de cabeza.

—Jefe Ashby... —le devolvió ella el saludo—. ¿Qué lo trae al rancho Sherman? Espero que no venga por mí, hace tiempo que no invado ninguna propiedad ajena.

Tan solo los ojos azules de Cole Ashby reflejaron la diversión que le produjo el comentario. Blue se había metido en un par de líos de niña. Con diez años vio a unos caballos que estaban siendo maltratados por uno de sus vecinos y entró en su rancho para conseguir pruebas con la vieja cámara de vídeo de su madre. La denunciaron por allanamiento y le costó una buena reprimenda, pero salvó a aquellos caballos. Prometió no volver a irrumpir en una propiedad privada, pero un par de años más tarde, lo volvió a hacer en circunstancias idénticas, en el mismo rancho, cuyos dueños en ese momento, no solo mantenían en unas condiciones pésimas a una yegua, sino también a su recién nacido potrillo.

—Así me gusta, siga siendo buena chica y sin meterse en problemas —repuso él con su pose autoritaria.

—No pienso hacerlo —señaló ella rápidamente. Cuando el jefe arqueó una ceja interrogativamente, se explicó—. Lo de meterme en líos, quiero decir.

Lo de ser una buena chica... ya es relativo, ¿no cree?

Esta vez la sonrisa llegó hasta los labios del hombre, aunque de forma contenida.

Blue puso los ojos en blanco mentalmente. No sabía por qué no cerraba la boca. Tal vez porque estaba ante el padre de Brock y la noche anterior este le había contado muchas cosas de su frustrante relación con él. Sabía cosas que, en principio, no debería saber, y se sintió incómoda con el hombre que hasta la fecha le había caído bastante bien.

—¿Y qué puedo hacer por usted? —le preguntó impaciente por seguir con sus tareas. Tenía mucho que hacer esa mañana.

—Estoy buscando a mi hijo. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo? —Ashby puso las manos en las caderas y miró a un lado y a otro.

—Imagino que en su cabaña —repuso dudando de que a Brock le agradase la visita.

—Entonces iré allí. ¿Cuál es?

—Mm... ¿Por qué no aguarda en el edificio principal, con el aire acondicionado? Yo lo buscaré y le diré que lo está esperando. —Blue le regaló una sonrisa servicial y el jefe Ashby, tras parecer meditarlo un momento, terminó por asentir.

—Perfecto, enseguida vuelvo —dijo dispuesta a salir pitando de allí, y entonces se dio cuenta de que seguía cargada con sus cosas—. ¿Le importa

dejarme todo esto dentro?, así iré más rápido —preguntó dando por sentado una respuesta afirmativa y depositando la funda con su vestido y el neceser en los brazos del jefe de policía, que aceptó todas las cosas estupefacto.

Blue le regaló una fugaz sonrisa de disculpa y salió corriendo en dirección a la cabaña de Brock. Cuando llegó hasta allí, el corazón le iba a mil y se dijo a sí misma que era por la carrera. Se tomó un segundo, apoyada en el marco, para tomar aire y al tocar la puerta con los nudillos, se dio cuenta de que esta no estaba bien cerrada. Al ver que se abría unos centímetros se preguntó si debía entrar o no. La empujó un poco más y comenzó a llamarlo en tono bajo, introduciendo la cabeza.

No obtuvo respuesta, pero la escena que encontró la dejó sin aliento. Las cabañas de ese lado eran las pequeñas, como máximo para dos personas y el espacio era completamente diáfano, excepto por el baño que se encontraba al fondo. El resto estaba dividido por los muebles en sala de estar, una pequeña cocina con barra americana y el espacio del dormitorio que no eran más que dos camas contra una de las paredes. Y allí estaba sobre una de ellas el cuerpo completamente desnudo de Brock. De repente le costó respirar, y mucho más apartar la vista de la curva sexi de su trasero, que se hundía para volver a elevarse, formando su fuerte y ancha espalda. Estaba bronceado y tan tentador como para hacerla salivar.

«¡Ay, dios! ¿Por qué yo?», se preguntó pasándose una mano por la frente,

al tiempo que sentía que el fuego empezaba a abrasarla de nuevo. Quiso salir rápidamente de la cabaña, pero recordó que estaba allí para avisarlo de la llegada de su padre. Apretó los puños y se adentró mirando a un lado y a otro en busca de Donny. No lo encontró. Habría sido de gran ayuda que el chico estuviese allí, pero no tuvo tanta suerte. Sacudió la cabeza resignada y avanzó algunos pasos hacia la cama, volviendo a llamarlo, esta vez con más intensidad.

No consiguió despertarlo, pero sí hacer que protestase en sueños, con un gruñido. Por alguna extraña razón, su ceño fruncido le despertó una sonrisa. Había que reconocerlo, el muy canalla estaba guapo hasta durmiendo y gruñón. Se preguntó cómo sería despertar junto a un hombre como él por las mañanas, y al instante tuvo ganas de abofetearse a sí misma sin piedad, por la ocurrencia.

Tenía que salir de allí cuanto antes, así que, despejando de su mente toda idea obscena que la distrajese, llegó hasta él y poniendo una mano sobre su hombro, lo sacudió enérgicamente.

—¡Brock, tienes que levantarte ya!

—Ven aquí, preciosa —farfulló él rodeándola con su brazo y tirándola a la cama junto a él.

—¡Qué haces? ¡Suéltame, zoquete! —bramó intentando por todos los medios que ninguna parte de su cuerpo entrase en contacto con el de él. Algo

imposible cuando la hacía rodar por la cama y empezaba a sentir el peso del cuerpo masculino sobre el suyo.

Brock hundió el rostro en su cuello y cuando cada poro de su piel se erizó haciéndola gemir, sus ojos se abrieron de par en par, asustada. Lo empujó, poniendo ambas manos sobre sus hombros, y con todas sus fuerzas, lo golpeó. Cuando él se levantó con un quejido de dolor y se vio liberada de su peso, se levantó rápidamente sintiendo que recuperaba la capacidad de respirar.

Cuando lo encaró, él se agarraba el hombro derecho con una mueca de dolor. Después levantó el rostro y sus ojos turquesas se clavaron en ella con sorpresa.

—¿Qué haces aquí? —dijo levantándose de la cama y al hacerlo se mostró ante ella completamente desnudo y sin pudor.

Blue, por instinto, se cubrió los ojos con la mano y desvió el rostro.

—¿Podrías taparte con algo, por favor?

—¿Por qué? Estoy en mi cabaña, eres tú la que ha entrado sin seguir el protocolo de vestimenta —repuso Brock divertido al ver que ella, con las mejillas encendidas, intentaba no mirarlo.

Le había sorprendido encontrarla en su cabaña, tal y como la había imaginado durante toda la noche. En la cama, con él, degustándola y disfrutando de cada uno de los secretos de su cuerpo.

—No tiene gracia. Y no te acerques más —le ordenó enérgicamente.

—¿Por qué? ¿No has venido a por el beso de buenos días? —Su tono fue tan burlón como seductor.

Blue dio un paso hacia atrás y terminó chocando con la pared mientras lo sentía acercarse a ella. A través de los dedos con los que pretendía taparse los ojos pudo ver que ya apenas los separaban un par de pasos y estiró el brazo para detenerlo, consiguiendo el efecto contrario al posar directamente la palma de la mano contra su pecho, tan fuerte y definido como para hacerla sentir que perdía el control de sus sentidos.

—Estás preciosa hasta con esas cosas puestas en la cabeza —susurró él avanzando un paso más hasta pegarse a ella.

Blue se llevó las manos a la cabeza dándose cuenta de que se había presentado en su cabaña con semejante pinta. Y abrió los ojos desorbitadamente. El aprovechó su postura para tomarla por la cintura y bajar el rostro hasta el suyo. Estaba perdida, completamente perdida, porque, aunque cada recóndito lugar de su mente le gritaba que le diese una enérgica patada y lo alejase de ella, el resto de su cuerpo clamaba por sentirlo.

—Tienes que parar... —susurró sin mucha convicción.

—¿Tú quieres que pare? —preguntó él clavando la mirada en sus labios.

Claro que no quería que parara, maldita sea, necesitaba que siguiera y

no se detuviera hasta que perdiese por completo la cabeza, pero no podía decirle eso. No podía flaquear ante sus incoherentes y locos deseos.

—No lo entiendes. He venido para avisarte... de que tu padre está aquí, buscándote.

Y esa frase terminó con cualquier atisbo de juego que tuviese él en mente.

CAPÍTULO 19

Brock fue hasta su bolsa y sacó un bóxer, un pantalón y una camiseta, sin elegir siquiera las prendas. Solo una pregunta circulaba por su mente y era ¿qué demonios hacía su padre allí, y ese día?

—Será mejor que me marche... —dijo Blue, que seguía pegada a la pared en la que la había acorralado, minutos antes.

—¡No! —repuso enérgicamente, y después se dio cuenta de su error—. Perdón, no he debido contestarte así —explicó poniéndose de pie, tras atarse las zapatillas de deporte.

A Blue le pareció que aquel hombre grande y fuerte parecía vulnerable.

—No esperaba la visita de mi padre. Y la verdad, no me hace gracia ni verle ni hablar con él, menos un día como hoy.

—Este es un pueblo pequeño, seguro que alguien se ha ido de la lengua. Hiciste una buena aparición en la cafetería de Al, cuando fuimos a por mi abuelo.

Brock afirmó, metiendo las manos en sus bolsillos.

Blue sintió en ese momento como suyo el desasosiego que leyó en su mirada y de manera espontánea, fue hasta él, le tomó el rostro con ambas manos y depositó un beso en su mejilla, lento y dilatado. Durante un segundo sus mejillas permanecieron tan cerca como para percibir el calor el uno del

otro. Sus respiraciones se vieron afectadas y ambos parecieron dudar sobre su siguiente movimiento.

—Todo irá bien —terminó por decir Blue, dando un paso atrás—. Nos vemos en la boda.

Necesitaba salir de allí. Se daba cuenta de cuánto le afectaba, tanto física como emocionalmente y no estaba preparada para ninguno de aquellos cambios. Ella era fuerte e independiente. Se preocupaba de los suyos y los protegía. Y para poder hacerlo era primordial que mantuviese fría la cabeza. Nunca había querido entregar su corazón, eso te hacía frágil, manipulable, débil. Su madre había entregado su corazón y su padre se lo había roto, para después perder la vida intentando salvar los pedazos que le quedaban.

Ella no iba a pasar por eso. No iba a enamorarse de un hombre que pudiera hacerle lo mismo. Y Brock Ashby no era un hombre cualquiera. Tenía demasiadas cosas en común con su progenitor. Brock era una estrella, como en su día lo fue su padre. También tenía un sequito de admiradoras que lo perseguían, al igual que los flashes de las cámaras. Les gustaba ser el centro de todas las atenciones, y se pasaban la vida viajando de un lugar al otro, persiguiendo su sueño.

Todas las señales eran claras. Brock no era adecuado para ella, ni para su corazón. Y aún así no podía evitar preocuparse por él. Se dijo a sí misma que solo empatizaba con él por las cosas que le había contado el día anterior y

que habían hecho que conectasen, de alguna manera. Pero lo cierto era que no quería dedicar más de dos minutos en pensar en aquella conexión, ni en lo que esta provocaba en ella.

Siendo fiel a la determinación que había tomado, salió de la cabaña y fue a buscar a su hermana. Tras la noche anterior, tenía que asegurarse de que Skylar estaba bien antes de ir a arreglarse. Ella le había dicho que no confesaría a Joe su estado de buena esperanza hasta después de la boda. Pero su hermanita no había sido capaz de guardar un secreto en su vida, y sabía que no revelar aquel, la iba a tener más nerviosa que nunca. Skylar debía ser su única prioridad y con esa conclusión corrió hacia su cabaña. Como si cada paso, al alejarla de Brock, la mantuviese más segura.

Brock llegó al edificio principal y se detuvo en los escalones. Lo último que deseaba hacer esos días en los que debía centrarse en el resto de sus problemas, era hablar con su padre. Pero lo conocía y si había ido hasta allí a buscarlo, no se detendría hasta que se vieran. Iba a subir los escalones, cuando la puerta se abrió y bajo el dintel apareció su figura autoritaria. Iba vestido con su uniforme y a pesar de que tenía el rostro oculto por la oscuridad del interior, no le hizo falta verlo pasar saber que su expresión sería pétrea, inexpresiva. Esa era una de las cosas que más rabia le habían dado durante la niñez, su falta de emoción ante todo, su impasibilidad, su frialdad, su

contención, como si nada fuera capaz de afectarlo, ni siquiera su único hijo.

—Brock...

—Padre, ¿qué haces aquí? —dijo dando un par de pasos atrás. Prefería hablar ahí fuera, en lugar de en el interior del edificio, donde decenas del personal destinado a la preparación de la boda serían testigos.

—¿No puede un padre querer ver a su hijo? —La frase podría interpretarse como una bienvenida, si no fuera porque tal y como imaginaba, al salir su padre al porche pudo ver la completa nulidad de emoción en su rostro.

—No tengo tiempo ahora. Hoy es el día de la boda de Skylar y Joe, y soy el padrino.

Lo vio bajar los escalones, y aunque superaba a su padre en altura, se sintió de nuevo como un niño desgarbado e inseguro en cuanto clavó su mirada azul en él.

—Solo te entretendré unos minutos. No es que esperara que vinieras a verme si pasabas por el pueblo, pero al menos me habría gustado enterarme de tu llegada por ti y no por los vecinos. ¿Tanto te costaba hacerme una llamada?

—No he tenido mucho tiempo —se excusó, pero en su tono no se evidenció arrepentimiento alguno.

—Por supuesto. ¿Tampoco podías llamar a tu viejo para contarle que te habían expulsado varios partidos por meterte en una maldita pelea en un bar?

Los ojos de su padre brillaron por el enfado y la decepción y resopló

sintiendo que retrocedía en el tiempo. Hacía años que había decidido que no dejaría que lo volviese a hacer sentir así, y la furia empezó a apoderarse de él. Ya no era un niño. Ya no tenía que tolerar el trato que le prodigaba.

—¿Y qué más te da a ti? Hace muchos años que no soy tu problema.

—Tú siempre serás mi problema. Y si veo que echas tu vida a perder tirándola por el retrete, mi obligación como padre es decírtelo.

—Como padre tenías muchas obligaciones que nunca te preocupó cumplir.

—Hice lo que pude. Siento que no haya sido suficiente para ti.

Brock no quería oír nada más. No tenía sentido hablar de aquello. Los reproches, las marcas, el dolor. Se dio la vuelta para ocultar las emociones que le embargaban.

—Será mejor que te vayas. Como te he dicho, no es un buen momento...

—¿Y cuándo lo será, hijo? He intentado hablar contigo antes y nunca estás disponible. Y, sabes... no siempre estaré aquí.

Aquella frase le produjo un escalofrío que le recorrió la espalda al completo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó girando sobre sus talones.

—Nada... —Su padre pareció arrepentirse de sus palabras y por primera vez en su vida lo vio dar un par de pasos atrás—. Tienes razón. Este no es el momento.

Brock entrecerró los ojos, sin entender dónde había ido a parar toda la determinación de su padre. Lo vio bajar la cabeza y sacar un sobre doblado del bolsillo de su camisa.

—Nunca se me han dado bien las palabras. Eso siempre fue cosa de tu madre. Pero necesitaba explicarme y solo se me ocurrió escribírtelo. —Le ofreció el sobre y Brock, tras un segundo de perplejidad, lo tomó.

—¿Qué es ...esto?

—Solo la verdad, hijo. Y no te pido mas que lo leas. Tal vez no hoy, ni mañana. Pero cuando lo hagas, estaré esperándote para hablar.

—Padre... —Brock no sabía lo que contenía el sobre, pero lo sintió como algo que cambiaría su mundo para siempre.

—Cuídate, hijo —le dijo su padre acercándose a él. Tan solo apoyó una mano sobre su hombro antes de pasar por su lado y subirse a su coche policial, pero algo en su interior hizo que se le encogiesen las entrañas.

CAPÍTULO 20

Blue observó a su hermana, mientras esta se miraba en el espejo de cuerpo entero y suspiró conmovida. No la había visto tan emocionada y radiante en toda su vida. Parecía un ángel con el rostro enmarcado por el vaporoso velo. Era una pieza antigua, de su madre, y a Skylar le había hecho mucha ilusión lucirlo en su boda. Blue no era muy dada a los adornos y al principio le pareció excesivo, pero ahora que contemplaba a su hermana, no pudo estar más de acuerdo con ella en que era perfecto. El vestido también lo era, de corte sirena se ajustaba perfectamente a su cuerpo, como una segunda piel. El embarazo era imperceptible en el vientre, pero sí se dio cuenta de que el pecho le quedaba más ajustado. De cualquier forma, parecía una ensoñación y estuvo segura de que a Joe le daría un ataque al verla llegar al altar.

Durante un segundo dejó que su mente divagara hasta sus padres y lo muy felices que les habría hecho esa boda. Joe era un gran hombre y habrían estado satisfechos por la elección de su hermana y por estar a punto de ser abuelos. Bajó el rostro al comprobar que empezaba a emocionarse y parpadeó varias veces para evitar que las lágrimas asomasen a su rostro y arruinasen el maquillaje que le había hecho Mia. Si estropeaba su obra, la pelirroja era capaz de arrancarle la piel a tiras, así que mejor no darle motivos para enfurecerse.

—¿Puedo pasar? —preguntó Thatcher asomando por la puerta.

—Claro, abuelo —repuso Skylar dándose la vuelta mientras ella borraba una pequeña lágrima amenazante del lacrimal.

—¡Dios mío! Mi niña... estás preciosa —exclamó el abuelo con una mano en el pecho y los ojos clavados en la mayor de sus nietas.

—Gracias, abuelo. —En la sonrisa de Skylar estaba impreso el amor que sentía por el anciano.

Durante un largo segundo la habitación se quedó en silencio, presa de la emoción que los embargaba a todos. Blue temió que a su abuelo de diera un patatús de la impresión y tras cogerse el bajo del largo vestido de dama, fue hasta él para tomarlo por el brazo y hacer que entrara. Él la miró con una sonrisa cómplice y posó la mano en la suya, que descansaba sobre su brazo.

—No quiero emocionarme, pero... no puedo dejar de pensar en vuestros padres en este momento. Ningún padre debería sobrevivir a sus hijos, y ojalá ellos estuvieran aquí con vosotras, no yo.

Skylar fue hasta ellos y los tres se fundieron en un abrazo, tan cargado de sentimientos que al tiempo fue reconfortante y doloroso.

—Eres el hombre que he usado como ejemplo a la hora de buscar al adecuado para compartir mi vida. No estaría aquí de no ser por ti, abuelo. Te quiero tanto...

—Y yo a ti, pequeña. A vosotras —añadió el abuelo besándolas a

ambas en la frente.

—¡Diablos! Voy a tener que maquillarme de nuevo —espetó Mia tras ellos entre sollozos, rompiendo el momento. Los tres se dieron la vuelta y vieron a la pelirroja envuelta en lágrimas que hacían que todo su rostro se hubiera llenado de manchas rojas.

—Me temo que sí, pareces algún tipo de payaso tristón —dijo Blue más por liberar el momento de tanta carga emocional que por pinchar a la amiga de su hermana, que se limitó a sacarle la lengua, como tantas otras veces.

—Esperaré fuera entonces —dijo el abuelo con una sonrisa.

—Yo te acompaño —se apresuró Blue a decir para dar unos minutos a su hermana. Le guiñó un ojo antes de salir y ella le lanzó un beso.

Blue cerró la puerta tras ella y tomó aire con profundidad al ver en el recibidor al resto de damas, amigos y por supuesto al padrino del novio, que la dejó sin palabras, por un momento. Sobre todo cuando él se percató de su presencia y dejó la conversación que mantenía con Diego para prestarle toda su atención. En medio de aquel reducido espacio, concurrido de gente, sus miradas quedaron enlazadas con una energía inquebrantable. Jamás a Blue le había parecido un hombre más apuesto, incluso con aquel traje oscuro, hecho a medida, que lo hacía parecer recién salido de una película de Bond. Sus ojos color turquesa y su tez bronceada resaltaban en contraposición a la camisa de un blanco inmaculado. Y cuando vio elevarse las comisuras de sus

pecaminosos labios para sonreírle, supo que su corazón se había saltado un latido.

Thatcher se giró al ver que su nieta se había detenido en seco y cuál fue su sorpresa al percatarse de que lo hacía aparentemente hechizada por el joven Ashby, que a su vez la miraba como si no hubiera otra mujer en el mundo. Se dio cuenta de inmediato de que sobraba en la ecuación y se hizo a un lado justo a tiempo de ver que el joven caminaba hacia ella. Jamás había visto a Blue afectada por un hombre, y de la impresión tuvo que apoyarse en la pared. Supo que se había perdido mucho más que una atracción inicial cuando Brock llegó hasta su nieta y descendió el rostro para posar un beso dilatado en su mejilla, que la arisca de Blue en ningún momento esquivó. No pudo evitar sonreír al reconocer lo que ambos jóvenes estaban compartiendo, aunque muy probablemente no fueran del todo conscientes de ello. A ninguno les faltaba valentía y esperó que no tardasen en reconocerlo.

—¿Y eso? —preguntó Blue en un susurro cuando Brock se apartó de su mejilla.

—Te devuelvo el beso de antes que, por cierto, era justo lo que necesitaba —le dijo él sin dejar de mirarla embelesado.

Blue sintió que sus mejillas se encendían y quiso que se la tragara la tierra. Ella no era de las que se ruborizaban ante las atenciones de un hombre.

—Estás preciosa —se sinceró Brock que no podía apartar la vista de

ella.

Había ido a muchas bodas y por norma general le parecía que las damas de honor iban disfrazadas con vestidos horriblemente pomposos. Pero Blue... Blue era un sueño. Llevaba un sencillo vestido color champagne que realzaba cada una de las curvas de su cuerpo. Parecía delicada y casi etérea, aunque en su mirada castaña seguía habitando esa energía devastadora que lo tenía hechizado desde la primera vez que la vio. Quiso besarla de inmediato y contenerse se le antojó hasta doloroso. Por lo que se limitó a morderse ligeramente el labio inferior y desviar la mirada para no lanzarse a por su boca.

—Gracias. Tú tampoco estás nada mal —dijo ella con sinceridad.

Volvieron a mirarse sintiendo que la necesidad de tocarse se hacía insoportable.

La puerta se abrió y Mia captó la atención de todos los presentes.

—¡Y aquí llega la novia! —anunció dándole paso.

Por un momento el vestíbulo quedó en silencio y después empezaron las alabanzas hacia lo imponente que estaba Skylar.

—Llegó el momento —le dijo Brock, ofreciéndole el brazo para entrar juntos en el gran salón, como primera dama y padrino así debían hacerlo. Y la verdad, a Blue en ese momento nada podía apetecerle más que ir junto a él.

Tomó su brazo y se colocaron los primeros de la fila para hacer su

entrada. Tras ellos, el resto de las parejas los imitaron. Y para terminar se situó Skylar, del brazo del abuelo. No tuvieron que esperar más que unos minutos cuando las puertas se abrieron y las notas de I Belong to You, de Jacob Lee empezaron a sonar para acompañar el paseo hasta el altar. Todos los invitados se levantaron de sus asientos e hicieron el recorrido lentamente. Blue sintió en todo momento que el corazón se le iba a salir del pecho hasta que vio a Joe, elegante con su esmoquin, y la emoción haciendo vibrar sus pupilas, esperar a su hermana. Jamás había visto a un hombre tan enamorado como lo estaba él de Skylar y supo que ambos serían felices para siempre.

Tuvo que separarse de Brock al llegar al altar. Cada uno tomó su posición a un lado, pero a pesar de la distancia, durante toda la ceremonia, percibió su mirada turquesa volviendo sobre ella cada pocos minutos.

Sus miradas definitivamente se encontraron en el momento de los votos.

—Yo, Skylar, prometo amarte apasionadamente, en todas las formas posibles, ahora y para siempre. Prometo nunca olvidar que este es un amor para toda la vida y saber en cada momento que, en lo profundo de mi alma, no importa qué nos pueda separar, siempre nos volveremos a encontrar el uno al otro, por perdidos que podamos estar. Tú serás mío y yo tuya. Siempre los dos... Bueno, los tres —dijo Skylar con la voz quebrada por la dicha, posando una mano sobre su vientre.

Joe pasó de la emoción a abrir los ojos como platos. Fijó la vista en el

rostro de Skylar y luego bajó hasta su vientre donde su mano seguía posada. Volvió a elevar el rostro para enlazar la mirada, cargada de felicidad, en la mujer que amaba y empezó a reír, conteniendo el entusiasmo. Skylar lo imitó y Joe avanzó un paso para ir a su encuentro.

—Parece que tenemos mucho más que celebrar en el día de hoy — interrumpió el padre Clement, que oficiaba la ceremonia, deteniéndolo—. Enhorabuena a ambos —los felicitó con una sonrisa—. Pero primero vamos a convertirnos en marido y mujer.

Todos rieron y aguantándose las ganas de comérsela a besos, Joe comenzó con sus votos.

—Yo, Joe, prometo incitarte a amar la vida, tratarte siempre con ternura, consideración y respeto. Prometo tener la paciencia que se requiere, hablar cuando sea necesario y compartir el silencio cuando no, y vivir en la calidez de tu corazón que siempre será mi hogar, nuestro hogar. El de nosotros tres — terminó por declarar él.

—Skylar y Joe, sé que no vais a aguantar ni un minuto más, así que yo os declaro marido y mujer. Joe... puedes... —la frase quedó en el aire cuando el aludido estiró los brazos y tomando a Skylar entre ellos, la besó apasionadamente, para sellar la felicidad del momento.

CAPÍTULO 21

Los invitados aplaudieron vigorosamente tras el discurso, divertido y lleno de anécdotas sobre Joe y Brock, que este último hizo durante los brindis. No había duda de que se le daba de lujo hablar en público, ante las masas. Entonces dejaba salir todo su encanto y a Blue no le hizo falta más que recorrer el salón con la mirada para ver la admiración en los hombres y apreciación en las mujeres. Allí estaba, la estrella de los deportes, el imán de las masas. Y hasta ella misma se tenía que ver obligada a reconocer que le costaba mantenerse alejada de él.

Rio como los demás con cada una de las anécdotas, pero en su mente estaba que en cuanto él terminase, era su turno. El abuelo ya había brindado por los novios, y los padres de Joe también, y a ella la habían dejado para el final. Esperó que su intervención no fuese a acabar con el buen ambiente que había conseguido el padrino. Cuando él se sentó a su lado tras darse un baño con los vítores, a Blue le sudaban las palmas. Él le sonrió y ella le devolvió el gesto con el rostro entumecido. Ya no había marcha atrás, así que se levantó y tomó el micro de la mesa. Tanto su hermana como su nuevo cuñado la miraron con sorpresa al ver que rodeaba la mesa para salir hasta el centro del salón.

—Buenas tardes a todos. No es fácil hablar después del magnífico discurso que ha dado el padrino, así que les pido que tengan un poco de

piEDAD conmigo —empezó, y no tuvo más que cruzar la mirada con la de su hermana y ver el cariño que le transmitía para sentirse reconfortada—. En fin, todo el mundo sabe que no se me dan bien las palabras. Yo soy más de caballos y armas, y ninguna de las dos eran opciones que tuviese pensadas mi hermana para su boda... —Se oyeron algunas risas y Blue se alegró de al menos no haber dormido a los asistentes nada más empezar—. Aun así, he decidido hacer algo que me pone igual de nerviosa que hablar en público, pero que creo que hará muy feliz a mi hermana y espero que a mi maravilloso cuñado, porque de alguna forma hace que recordemos a nuestra madre, pues era la canción que nos cantaba cada noche, antes de acostarnos. Era un momento muy especial para nosotras y estoy segura de que también lo será para el bebé de Joe y Skylar cuando ella se la cante.

Skylar se llevó las manos a los labios y sus preciosos ojos verdes comenzaron a brillar. Blue le sonrió mientras uno de los vaqueros del rancho le acercaba un taburete y una guitarra. El silencio se hizo en el gran salón en cuanto la vieron sentarse y tras aclararse la garganta, empezó a tocar los primeros acordes de [Stand by me](#), de Ben E. King. Las luces bajaron de intensidad y un foco la iluminó solo a ella.

Brock sintió que su corazón se detenía en el pecho en el momento en el que la vio cerrar los ojos, concentrada y acompañar la guitarra con la letra de la emblemática canción. No tenía ni idea de que Blue sabía cantar, y tan bien,

y se vio nuevamente impactado y hechizado por ella. De repente, se vio sumergido en la letra y el mensaje que ella cantaba, como si fuera dirigido a él.

When the night has come
And the land is dark
And the moon is the only light we'll see
No, I won't be afraid
Oh, I won't be afraid
Just as long as you stand, stand by me
So darling, darling
Stand by me, oh, stand by me
Oh stand, stand by me
Stand by me.
If the sky that we look upon
Should tumble and fall
Or the mountain should crumble to the sea
I won't cry, I won't cry
No, I won't shed a tear
Just as long as you stand, stand by me
And darling, darling

Stand by me, oh, stand by me

Oh stand now, stand by me

Stand by me

Whenever you're in trouble

Would you stand by me?

Oh, stand by me

Oh, just stand now, oh stand

Stand by me.

Con la última nota se hizo un silencio cargado de emoción que durante un segundo los envolvió a todos, antes de que reaccionaran y rompieran en aplausos. Las luces se encendieron y Brock parpadeó varias veces, y tragó saliva al darse cuenta de había perdido la cabeza por esa mujer. Se puso en pie para aplaudir, al igual que el resto de los invitados y vio a Skylar levantarse y correr para fundirse en un abrazo con su hermana.

Thatcher Crane vio a sus nietas abrazadas y la emoción pudo con él. Aunque siempre serían sus niñas, ya eran unas mujeres maravillosas y se sentía muy orgulloso de ellas. No iba a negar que criarlas, cuando ya esperaba ejercer solo de abuelo, había sido muy duro. En ocasiones sintió que no les daba lo suficiente, que no podría suplir a su padre y a su madre, y temía no

haber hecho un buen trabajo con ellas. Pero cada día, con cada paso que daban, se sentía más satisfecho con aquellas dos bellezas texanas que estaba seguro de que dejarían su huella en el mundo. Ambas habían comenzado sus caminos, e incluso Skylar le había dado la noticia de que iba a ser madre. Y en consecuencia él sería bisabuelo. No sabía si estaba preparado para sentirse tan mayor. Aún esperaba dar un poco más de guerra, los años que le restaran.

En cuanto aquel pensamiento se abrió paso en su mente pensó en Anita. Nada le gustaría más que poder emprender su última aventura con ella. Pero para eso no debía dejar pasar la oportunidad y echarle el mismo valor a la vida que le mostraban sus nietas.

Buscó a la mujer que había ocupado su corazón desde hacía más de cincuenta años, marcándolo para siempre, y al reconocerla entre los asistentes, sentada en una de las mesas, se dijo: «Ahora o nunca». Con toda la energía que pudo imprimir a su paso, se dirigió a ella, pasó junto a sus nietas que reían juntas y estas lo miraron interrogativamente al ver que no se detenía para acompañarlas. No podía parar, ya había tomado una decisión. Sin embargo, cuando estaba a pocos pasos de Anita, se giró para mirarlas, sopesando por primera vez qué pensarían sobre sus intenciones. Y entonces se sorprendió al ver que ambas lo observaban con sendas sonrisas y elevando los pulgares, lo instaban a acercarse a Anita. No pudo evitar devolverles el gesto. Aquellas diablillas eran más listas que él y se habían dado cuenta de todo.

Se estiró la chaqueta y comprobó que tenía bien el lazo del cuello, antes de ofrecerle la mano a Anita, instándola a acompañarlo.

—Thatcher, ¿qué haces? —preguntó ella sorprendida.

—Reparar cincuenta años —dijo él aún con el brazo extendido. Vio la duda en los ojos de la mujer a la que amaba y jugó su último cartucho—. Si cuando termine de hablar no quieres volver a verme, desapareceré como una nube tras la tormenta, pero hace muchos años que debí hacer esto y no quiero perder un solo día más de mi vida.

Thatcher aguardó conteniendo la respiración y cuando Anita posó la mano sobre su palma, sintió el corazón volver a latirle con fuerza, con la fuerza de un huracán o el galope de un caballo joven y fuerte. Así se sentía junto a ella. Y aunque quiso besarla en ese mismo momento, se aguantó las ganas, recordándose que debía ir paso a paso.

—Un momento, ¿que mi padre te dijo qué? —preguntó Anita estupefacta. Thatcher quiso repetirle la frase, pero ella empezó a negar con la cabeza apartándose de él—. No puede ser, mi padre nunca habría mentido así.

—Eso pensé yo, por eso creí cada palabra. Que te habías prometido y que ibas a casarte. Tu padre me dijo que por eso no respondías a ninguna de mis cartas, porque ya no querías saber nada de mí.

—¡Pero yo nunca recibí esas cartas! —exclamó ella.

—Pues puedo asegurarte que cada semana desde tu marcha le entregué una carta para ti a tu madre. No podía enviártela porque no sabía tu dirección y tuve que implorarle que al menos te las hiciera llegar.

—Algo que nunca hizo.

—No se me ocurrió que fuera así hasta que regresaste a Riverhall, sola y soltera.

Anita se giró para encararlo, enlazando la mirada con la de Thatcher.

—Y tú ya estabas casado.

—Ese fue mi gran error —dijo acercándose a ella hasta tenerla a solo un paso de distancia, y como si el tiempo no hubiese pasado para ellos, le acarició la mejilla mientras se perdía en su mirada azul, ahora más sabia y llena de mensajes que alimentaban su alma de esperanza—. Te prometí esperarte y cuando creí que ya jamás podrías ser mía me rendí a los deseos de mis padres. Rose fue una buena mujer. Era honesta, cariñosa, comprensiva y una buena compañera y aunque no fue amor a primera vista, como contigo, nuestra amistad inicial se fue transformando en un amor solido que nos permitió formar una familia y ser compañeros los años que tuvo a bien Dios en dejármela. Pero la promesa que te hice de que te amaría para siempre, no la incumplí. Porque ni un solo día he dejado de pensar en ti.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —preguntó Anita en un hilo de voz.

—Porque creía que no te merecía. No cumplí mi palabra y sabía que

debías odiarme por ello...

—Jamás te he odiado, Thatcher Crane. No podría.

Thatcher tomó una de sus manos y se la llevó a los labios.

—No juegues con mi viejo corazón, mujer. ¿Significa eso que aún guardas en el tuyo algo de afecto para mí? —La sonrisa perezosa del hombre reavivó las mariposas que Anita creía ya adormecidas.

—Bésame, Thatcher, y veremos cuánto ha estado esperando por ti.

Él no lo pensó un segundo, llevaba días queriendo perderse en la boca de Anita y nada en el mundo iba a impedirle hacerlo por fin.

CAPÍTULO 22

Y otra vez ese momento...

Blue resopló e iba a fruncir el ceño, pero Skylar clavó su mirada en ella y tuvo que transformar el gesto en una sonrisa que quedó tensa en sus labios. No quería hacerlo, por ahí no pasaba. Había hecho todas las actividades que había elegido su hermana, se había puesto aquel vestido con el que apenas podía andar, se había maquillado, había cantado delante de ciento veintiocho personas y todo por ella, pero no iba a pasar por aquella humillación. Por eso fue caminando hacia atrás, disimuladamente, dejando que el resto de las chicas la fuesen adelantando. Cuando llegó a la última fila, miró hacia atrás dándose cuenta de que no quedaba nadie más. Calculó mentalmente la distancia y el arco que debía hacer el ramo para llegar hasta ella y se alegró de que Skylar hubiese sido tan mala en deportes. Difícilmente conseguiría un lanzamiento como ese. Se sintió ligeramente aliviada hasta que vio la sonrisa que le dedicó esta, justo antes de volverse para lanzarlo.

Bufó mientras las chicas elevaban las manos, implorando al dios del ramo. Pero ella permaneció con los brazos laxos a ambos costados de su cuerpo. En esta ocasión no podía evitarlo, como en las bodas anteriores. No quería ver la mirada de reproche de su hermana, así que solo le restaba que fuese ella la que fallase.

La música se detuvo para el lanzamiento y cuando el ramo salió volando, lo primero que hizo fue apretar los labios, sorprendida por el ímpetu con la que lo hizo, luego cerró los ojos con fuerza y entonces sintió unas manos posarse en su cintura y tirar de ella hacia atrás. Habría caído de bruces si las manos que la sujetaban no la hubiesen aferrado con firmeza. Abrió los ojos de repente, justo para ver a Mia que desde su posición se lanzaba como un bateador sobre el diamante al terminar una carrera, y coger el preciado tesoro floral justo en el lugar en el que había estado ella. Los aplausos y vítores por la hazaña no se hicieron esperar, pero ella solo pudo llevar las manos hasta los dedos masculinos que habían impedido que tuviera que coger el ramo y posarlas sobre ellos, sabiendo a ciencia cierta de quién eran. Ningún otro hombre había conseguido que todo su cuerpo vibrase de esa manera y cuando él la volteó sus miradas se enlazaron haciendo que el resto del salón desapareciera a su alrededor. La música sonó de nuevo y ella solo pudo ser consciente de Brock y de la forma en la que la devoraba con sus ojos turquesas.

—Casi... —dijo él con una de sus sonrisas.

—¿Cómo sabías que no quería cogerlo?

—Tienes un tic. Cuando te ves obligada a hacer algo que no quieres, te encoges de hombros y tomas aire hasta hinchar el pecho como un pez globo.

Blue apretó los labios para contener una carcajada cuando él infló las

mejillas imitando al pez.

—Yo no hago eso ni por asomo. —Negó con la cabeza sin dejar de reír.

—Lo haces... y no es que te haya salvado de esta pesadilla esperando una compensación... pero...

—¡Oh, vaya! Y yo que empezaba a pensar que eras un caballero.

—Podría serlo, pero no es lo que quieres de mí.

—¿Quiero algo de ti? —preguntó Blue y Brock la miró fascinado, pues ahora se presentaba ante él no como la fiera salvaje, la mujer peleona que era o con su faceta más frágil y vulnerable. Ahora era una chica pícaro, que lo miraba con cierta coquetería y una seguridad que lo dejó sin habla.

—Sí. Un compañero de baile —le susurró al oído acercándose tanto a ella como pudo sin ser indecoroso. No se le escapaban las miradas de algunos de los asistentes que no podían dejar de verlo como a la figura del béisbol en la que se había convertido.

Blue bajó el rostro, ruborizada y cuando Brock tomó una de sus manos mientras con el otro brazo le rodeó la cintura, la sintió estremecerse ligeramente pegada a su pecho. Se deleitó en la satisfacción de ver cómo se erizaba la suave piel de su cuello cuando lo acarició con su aliento, y empezó a moverse al son lento e íntimo de *On My Way To You*, de Cody Johnson.

Sus cuerpos se acoplaron de tal manera que sintió que sus brazos estaban hechos para cobijarla entre ellos, y su pecho para que pudiese reposar

sobre él. Disfrutó de cada nota, cada palabra de la letra queriendo que ese momento durara toda la noche.

Blue se sorprendió a si misma apoyando la mejilla en su hombro sonriendo al sentir el calor que se anidaba en su pecho, tan parecido a la felicidad que sentía cuando cabalgaba a gran velocidad con Toffe y el sentimiento de libertad la poseía. Le pareció sorprendente sentir libertad cuando se estaba colando por un hombre que solo podía ser una cadena para ella. Y entonces terminó el tema y se quedó atónita al descubrir que no quería separarse de él aún.

Por eso cuando Brock, sin soltar su mano, la invitó a seguirlo y abandonar el salón juntos, no opuso resistencia. Miró una única vez hacia atrás para comprobar que su hermana bailaba con su marido y amigos la siguiente canción y su abuelo hacía lo propio con Anita. Y salió con él.

No cruzaron una sola palabra mientras fueron hacia sus cabañas, unidos, sin soltar las manos. De vez en cuando se miraban y compartían una sonrisa, pero nada más. Como si no hiciera falta. Pues cuanto querían ya estaba ahí, y no era preciso adornarlo.

Cuando llegaron frente a las construcciones de madera, Blue tiró de él hacia la suya y Brock la siguió.

—Me toca invitarte a una cerveza —le dijo y él asintió divertido—. Enseguida vuelvo—añadió queriendo ir hacia la puerta. Una parte de ella le

decía que, si no se detenía un par de segundos a respirar y pensar, él haría que perdiera la cabeza.

—No quiero una cerveza —declaró Brock sin dejarla ir.

—¿Y qué... quieres entonces? —preguntó mientras él la volvía a atrapar entre sus brazos.

La sonrisa se borró de sus labios y el mundo volvió a detenerse.

—Es una locura, porque sé que vas a pisotearme el corazón —le dijo mientras se inclinaba hacia ella y posaba la frente en la suya. Blue posó las manos sobre sus antebrazos al sentir el cálido aliento masculino acariciarle los labios—. Pero no besarte en este momento me parece el peor de los destinos.

—¿Y si me encojo de hombros e hincho el pecho como un pez globo? —preguntó ella con media sonrisa, encantada con su declaración.

—Daré un paso atrás y luego un millón o dos más hasta que sienta que no voy a morir de necesidad por no tenerte.

Blue no pudo decir ya ni una palabra. Ella sentía esa misma necesidad consumiéndola de forma desgarradora y por una vez en su vida tuvo claro que no quería jugar con fuego, quería quemarse. Y por eso elevó las manos, recorriendo sus fuertes brazos y ascendió con lentitud hasta que rodeó su cuello.

—No vas a ir a ninguna parte —le dijo clavando la mirada en él. Lo que

para Brock fue la mayor de las invitaciones.

Y la beso.

Se apoderó de su boca con un hambre como no había sentido jamás. Solo quería sentirla, de todas y cada una de las formas en las que fuera posible. No tardó en abrir los labios con los suyos e incursionar en su boca para devastarla con codicia, como si fuese la primera vez que besaba a una mujer. Tal vez así era, pues ninguna había sido como ella. La rodeó con los brazos y la apretó contra su cuerpo mientras sus lenguas se enredaban, buscándose, en una danza íntima. A ella le bastó con buscar la urgencia de su beso, presionándolo por la nuca, para volverlo loco y hacer que su cuerpo entero despertase al deseo. Aferró el rostro femenino con las manos y se dedicó un segundo para tomar aire.

—Quiero hacerte mía —declaró en un tono tan grave y afectado que hasta a él mismo le sorprendió la necesidad que encerraba.

—Quiero que seas mío —repuso ella con la respiración entrecortada.

—Por fin estamos de acuerdo en algo —dijo él acariciando su mejilla mientras recorría su rostro como si no lo pudiese creer.

CAPÍTULO 23

Los besos se hicieron urgentes, apresurados y apremiantes mientras se acercaban a la puerta de Blue. Ella terminó apoyada contra esta mientras él hundía el rostro en su cuello para provocarle una oleada de placer que le recorrió la zona más baja del vientre, como una sacudida que despertaba su deseo más básico. Brock posó una mano en su cadera y cuando ella gimió la hizo descender hasta su trasero, poseyéndolo con la palma codiciosamente.

—Creo que deberíamos pasar —dijo Blue con la voz entrecortada.

—Sí, no quiero testigos para lo que voy a hacerte —aseguró Brock y cada porción del cuerpo femenino sintió que iba a consumirse ante aquella promesa.

—Señor Ashby... —Ambos oyeron la voz que lo llamó, pero solo Blue la reconoció como la de Jim, que acababa de pillarlos infraganti.

Brock se giró sin despegarse de ella y Blue quiso ocultar el rostro en su pecho. Nadie jamás la había visto en una situación parecida. Porque no le gustaba dar que hablar, y porque jamás había estado así con nadie. Y sabía que la reputación que se había forjado en aquel rancho acababa de irse al garete.

—Jim, ¿verdad? —oyó que Brock preguntaba al chico.

—Sí, señor. Siento la interrupción, pero venía a devolverle esto. Uno de nuestros chicos lo ha encontrado en la tierra frente a las cabañas —se explicó

Jim. Y Blue lo conocía lo suficiente como para saber que apretaba los dientes mientras hablaba.

Brock miró la mano del chico y se dio cuenta de que le ofrecía su móvil, el que había lanzado el día anterior, por la frustración. Se giró de nuevo y miró a Blue con un gesto de disculpa.

—No te muevas, preciosa —dijo justo antes de volverse por completo.

Brock se separó de ella y fue hasta Jim bajando los escalones del porche. El chico le ofreció el móvil, pero su mirada estaba clavada en Blue, y a él no se le escapó el dolor y la decepción que mostraba.

—Gracias —se limitó a decir.

—No hay de qué, señor —repuso Jim y girando sobre sus talones se marchó con los hombros gachos.

Brock subió los escalones de dos en dos para volver a su lado, y una vez arriba giró el rostro para ver de nuevo al chico que iba camino del edificio principal.

—Lo siento mucho —le dijo, viendo que ella tenía la mirada perdida.

—¿Por qué? Tú no tienes la culpa. Mucho menos de lo que va a ir contando por ahí, ahora.

—¿Crees que es de esos?

—Creo que está dolido y despechado. —Bajó el rostro y resopló.

—Eres una rompecorazones —repuso él con una sonrisa, mientras

tomaba su barbilla y la obligaba a mirarlo—. Pero por dolido que esté no creo que lo haga. Además, si he visto algo evidente entre el personal de este rancho es cuánto te aprecian, respetan y temen. No creo que alguno se la juegue haciendo comentarios indebidos sobre ti.

Una sonrisa maliciosa paseó por los labios de Blue y aquel gesto despertó el deseo de Brock.

—Vamos adentro —le dijo posando una mano sobre su cintura.

Blue giró el pomo a su espalda y abrió la puerta, pasando antes que él. Se giró y dio un rápido repaso con la mirada a su cabaña. No era muy ordenada y tampoco había esperado visita esa noche. Para su alivio, como no había estado en todo el día, estaba decente.

Brock apareció a su espalda, tras cerrar la puerta y la rodeó con sus brazos desde atrás. Fue directo a la zona más sensible de su cuello para posar en él un beso dilatado que la hizo estremecer. Bajó el rostro para darle más espacio que besar y entonces vio que él seguía con el móvil en la mano y que en la pantalla podía verse que tenía catorce llamadas perdidas de alguien llamado Alex. Un escalofrío le recorrió la espalda. Estaba sucumbiendo a un deseo y a unos sentimientos que no había sentido jamás, pero en realidad, ¿cuánto sabía del hombre al que estaba dispuesta a dar lo que se había negado a entregar a ningún otro?

Se liberó de sus brazos y dio un par de pasos para mantener cierta

distancia.

—Sé que no hemos hablado del tema y tampoco tendrías por qué darme explicaciones, pero yo no suelo hacer esto... —dijo ella señalándolos a uno y a otro alternativamente con su mano.

—¿Qué quieres saber? —le preguntó él inclinando el rostro.

—He visto las llamadas perdidas —comentó ella señalando esta vez el móvil.

Brock sonrió y a Blue no se le escapó que lo hacía con sincera diversión.

—¿Crees que estaría aquí contigo si tuviese novia?

—No tengo ni idea, Brock. No nos conocemos. ¿Lo estarías? —La diversión desapareció del rostro masculino.

—Sí nos conocemos lo suficiente. Igual que yo tengo la certeza de que no sueles hacer esto, tú deberías saber que no, no tengo novia ni a nadie que me esté esperando, románticamente. Puedo asegurarte que no soy de los que juegan con los sentimientos de una mujer.

Aquella afirmación le agradó tanto que no pudo evitar que la satisfacción asomara a sus labios. Brock le mostró el teléfono y luego lo tiró sobre la mesa.

—Es mi agente.

—Muy persistente... —apuntó ella.

—Le puede la impaciencia por saber si voy a seguir en los Ranger y, sobre todo, por saber si cobrará la prima que ganará de ser así.

Brock comenzó a acercarse, pero la curiosidad pudo más con ella, que ante su declaración se había quedado perpleja.

—¿Te planteas dejar los Rangers? —preguntó posando una mano sobre su pecho para detenerlo, aunque con el gesto y pudiendo palpar sus músculos a través de la camisa sabía que le costaría horrores concentrarse en su respuesta.

Como si leyese su mente, Brock dio un paso atrás.

—¿Te importa si me pongo más cómodo? —preguntó alzando una ceja.

Ella se limitó a negar con la cabeza pensando que a ella también le vendría bien quitarse aquel maldito vestido de dama. Lo vio desabrocharse el lazo y tras dejarlo en el respaldo de una de las sillas frente a la mesa, se despojó también de la chaqueta y los zapatos. Ella lo miró atónita, siendo muy consciente de que era la primera vez que veía a un hombre desnudándose para ella. Tragó saliva, a pesar de que solo se abrió un par de botones de la camisa, dejando que viera su cuello fuerte. Era tan sexy y masculino como uno de esos imponentes modelos o actores que salían en los anuncios de colonia.

Caminó hacia ella, que estaba sentada a los pies de su cama y se le antojó que lo hacía a cámara lenta.

—Mucho mejor —dijo tomando asiento a su lado—. Ahora ya te puedo

decir lo que no le he dicho a nadie hasta ahora.

Acarició su mejilla y Blue sintió que su corazón se aceleraba inexplicablemente.

—Mi carrera como deportista está acabada —declaró.

Brock soltó todo el aire de sus pulmones y sintió que, al verbalizarlo por primera vez, una gran losa dejaba de oprimirle el pecho.

Blue vio la expresión de su rostro y las ganas de tocarlo, de hacerle saber que estaba allí con él, hicieron que tomase su mano, apoyada en el colchón de su cama. No dijo nada, dejó que fuese él el que hablase, si así lo necesitaba.

—Tengo lo que se denomina «hombro de lanzador». Con una lesión en el manguito rotador. Llevo meses medicándome para poder jugar, hasta que cada partido se ha convertido en una pesadilla. Ya no podía más, y aunque ser pitcher ha sido el sueño de mi vida desde que era un niño, me di cuenta de que tenía que abandonar el beisbol antes de terminar con lo que me queda de brazo.

Blue se percató del daño que le provocaba aquella afirmación. Pero aún así parecía dispuesto a sacarlo todo. Y no hizo ningún comentario, aunque en su mente no podía imaginar por lo que estaba pasando. Ella no sabía lo que haría si no pudiese montar o disparar.

—Se lo dije a mi agente y por supuesto creyó que me estaba

precipitando. Si termino esta temporada, la renovación del contrato para la próxima superaría las cifras que se han dado en toda la historia de los Rangers. Pero sería mentir. No podía más y se lo notifiqué a Alex. Pensaba contárselo al entrenador y la directiva del equipo cuando ocurrió todo lo de la pelea y me expulsaron cuatro partidos. Jamás me he metido en una pelea, no es mi estilo. Y de no haber sido por defender a un compañero, habría seguido sin hacerlo. Pero pasó y, fuera como fuese, la expulsión me vino bien. Quería alejarme de todo unos días y pensar en mi futuro...

—Y aquí estás...

—Aquí estoy —le dijo él enlazando su mirada turquesa con la suya castaña y más cálida que nunca. No había pena ni compasión en los ojos de Blue, solo una fortaleza reconfortante.

—Solo un hombre fuerte y con principios habría tomado una decisión como la tuya. Te honra.

—Gracias —dijo él asintiendo, dándose cuenta de lo mucho que significaba para él que ella le dijese algo así—. Fue de las pocas cosas que aprendí de mi viejo.

—¿Y no se lo has contado todo a él?

—No. Me habría gustado hacerlo, pero empezó a reprocharme lo de la pelea y como siempre terminamos discutiendo. Me entregó una carta... Algo que me ha escrito y que se supone que me abrirá los ojos sobre nuestra

relación.

—¿No la has leído? —preguntó sorprendida.

—Aún no. La guardé en la mesita de noche y he estado ocupado —dijo regalándole una sonrisa, aunque su mirada estuviese cargada de cierta tristeza —. En fin, supongo que ha llegado el momento de poner en marcha el plan B de mi vida.

Brock elevó la mano y le tomó el rostro para acariciárselo. Parecía meditar sobre ese plan B. Y por un momento se preguntó si ella podría formar parte de él. Se puso nerviosa solo de pensarlo, y desechó la idea por ser ridículo tener esperanzas de que así fuese cuando hacía apenas unos pocos días que se habían conocido. Él tenía que centrarse en sus nuevos proyectos y ella terminar la carrera a distancia que cursaba y seguir con las competiciones. Se levantó de la cama necesitando un poco espacio.

—Necesito agua fresca. ¿Quieres algo? —preguntó yendo a la zona de la cocina.

—Lo mismo que te sirvas para ti.

—¿Y sabes lo que vas a hacer ahora? —le preguntó elevando la voz mientras sacaba dos botellines de agua de la pequeña nevera.

—Ahora voy a devorarte —dijo él con voz ronca en su oído.

Blue se sobresaltó al sentirlo pegado a ella. No lo había visto acercarse y el corazón empezó a latirle a mil por hora. Cuando la tomó por la cintura y la

giró, entre sus cuerpos no cupo una mota de aire. La mirada cargada de deseo de Brock le dejó claro que el tiempo de charlar había terminado. Ella, con ambas manos ocupadas con sendos botellines de agua, dejó que la embrujara con su sonrisa canalla.

—¿Algo que objetar? —preguntó él aproximando su boca hasta dejarla a un centímetro de la suya mientras esperaba una respuesta.

—Nada en absoluto —respondió ella dejando caer los botellines al suelo y, salvando la escasa distancia entre sus bocas, lo besó.

CAPÍTULO 24

En cuanto sus bocas entraron en contacto, las células de su cuerpo volvieron a explotar demandándolo por entero. Blue le rodeó el cuello con los brazos y Brock, tomándola del trasero, la sentó sobre la encimera. La sujetó con fuerza cuando ella empezó a resbalar a causa del vestido.

—Si te gusta mucho, aunque dudo que sea de tu estilo, te compraré otro igual —le dijo él tomando el filo de la prenda y rasgándolo hasta dejar al descubierto sus largas piernas y el inicio de sus braguitas de encaje color caramelo.

Blue contuvo la respiración por la impresión y al sentirse verdaderamente expuesta por primera vez, sobre todo cuando él se colocó entre sus piernas y tomándola por el trasero la pegó a su cuerpo, en un solo movimiento. Estaba claro que él sabía lo que quería y cómo debía tomarlo. No le faltaba experiencia, muy al contrario que a ella, pero estaba decidida a dejarse llevar. Y mientras él volvía a devorar su boca, empezó a sacarle la camisa de los pantalones, tirando hacia arriba para poder introducir sus manos y tomar su torso. No tardó en poder hacerlo al completo porque Brock separó las manos de su cuerpo y, como si se tratase de una camiseta, se sacó la camisa tirando de ella desde atrás, por encima de su cabeza. En un segundo toda aquella piel tentadora y dorada por el sol se mostraba solo para ella.

Posó las manos en su pecho y palpó con sus yemas cada músculo, cada hendidura, como si los memorizara. Aquello no hizo más que hacerla desearlo por completo. Con sus piernas, que rodeaban la estrecha cadera de Brock, lo presionó para sentirlo aún más y se llevó una sorpresa al percibir la dureza de su erección a través de sus pantalones, clavándose en su pubis. Aquello la hizo sentir poderosa y sexi. Y movió la cadera para intensificar el roce.

Brock gruñó cuando la vio balancearse para que aumentara la fricción entre sus sexos. Ella no podía imaginar lo loco que lo estaba volviendo con aquel insinuante movimiento, pero él no tuvo dudas cuando el líquido preseminal humedeció su bóxer que ahora presionaba su erección convirtiéndose en una barrera insoportable. Brock también quería más de ella y buscó la cremallera de su espalda mientras besaba su cuello para bajarla lo suficiente como para permitirle dejar al descubierto sus senos prisioneros de un sujetador de encaje a juego con sus braguitas. La visión de los globos, alzados por encima de la delicada tela, tentándolo, provocándolo, fue suficiente para hacerlo descender, liberó sus pechos tirando del encaje hacia abajo e introdujo el primero de sus pezones en la boca, antes de que ella pudiese predecir siquiera sus intenciones.

La reacción inmediata del cuerpo femenino, arqueándose hacia atrás mientras de su garganta escapaba un gemido entregado, fue todo lo que necesitó para embarcarse en provocarle una dulce tortura. Tomó su seno

derecho con la palma y lo lamió con codicia, lo succionó y sintió endurecerse el pezón en su boca de forma exquisita. Con cada lametón quedaba embrujado con el sabor de su piel. Los quería al completo para él y bajó los tirantes del sujetador hasta dejárselo a la altura de la cintura. Después los contempló allí, orgullosos, erguidos y soberbios. Tan llenos y jugosos como dos frutas maduras, expuestas para su deleite. Los saboreó mientras ella se aferraba a sus hombros hasta clavarle los dedos en la piel. Pero no la quería solo excitada, la quería enardecida, rota de placer, y una de sus manos abandonó sus pechos para descender entre los dos y buscar el centro de su feminidad, por encima del encaje de sus braguitas.

La vio abrir mucho los ojos, como si le sorprendiese su movimiento, y cuando lo sintió acariciar con sus dedos su pubis, abierto para él, Blue pareció quedarse sin aliento y se mordió el labio inferior, conteniendo un grito de placer. Brock quería más, mucho más, y para eso tenía que despojarla de todas las barreras que le impedían disfrutar de su cuerpo con libertad. No lo dudó y tomándola por el trasero la levantó de la encimera. Blue se aferró a él con fuerza y así, unidos, la llevó hasta la cama. La dejó en el suelo, y sin dejar de devorar su boca, la despojó del vestido y el sujetador. Después introdujo la mano en sus braguitas y apartó con los dedos los pliegues más íntimos de su sexo hasta encontrar el centro de su deseo. Blue se aferró a él con fuerza cuando la primera sacudida de placer la invadió haciendo que toda la estancia

diese vueltas en su mente.

Los dedos de Brock se movían hábiles en su sexo y Blue se preguntó cuánto placer como aquel era capaz de soportar un cuerpo antes de romperse. No tardaría en averiguarlo porque él se separó de ella abruptamente, con otra idea en mente, y entonces lo vio descender mientras bajaba sus braguitas para deshacerse de la última prenda que la cubría. Agachado frente a ella, le quitó también los zapatos mientras Blue sentía que el calor había llegado hasta sus mejillas, abrasándola. Se sentía en inferioridad y en cuanto él se incorporó llevó las manos hasta el filo de sus pantalones para desabrochárselos. Ella también quería verlo, tocarlo, sentirlo.

Brock se dejó hacer y ella lo desnudó esperando no parecer muy torpe. Cuando quedó despojado finalmente del bóxer que contenía su poderosa erección, contuvo el aliento, impresionada. De haberlo visto en ese estado cuando lo vio bañarse en la alberca, no habría podido pensar en otra cosa hasta haberlo podido tener solo para ella.

Él sonrió orgulloso al ver su expresión fascinada, y tomando su rostro volvió a besarla. Sus lenguas comenzaron aquel endiablado baile que tan bien se les daba ya y antes de que se diese cuenta, Blue se vio tumbada sobre la cama y a él sobre ella, entre sus piernas, como si ese siempre hubiese sido su sitio.

La besó con esa hambre que había demostrado desde la primera vez que

se apoderó de su boca y solo largos minutos más tarde comenzó a descender por su cuerpo en una travesía tortuosa que pretendía despertar cada centímetro de su piel al más enloquecedor de los placeres. Volvió a prestar atención a sus pechos y ella se arqueó pidiendo más como una gata en celo, pero en la mente de Brock había un destino mejor y siguió bajando por su vientre que, al sentir el primer beso, se encogió por la impresión. Su sexo empezó a latir incluso antes de que él lo abriera con sus dedos y le diese el primer lengüetazo que la dejó sin aliento. Se cubrió el rostro con las manos, embriagada en las delirantes sensaciones que poseían su cuerpo. Cuando la lengua de Brock volvió a hundirse en su sexo y tras jugar con él, lo succionó como si se tratase de un manjar, Blue supo que moriría de placer aquella noche. No habría un mañana para ella porque iba a consumirse de un momento a otro. La primera oleada del orgasmo que la devastó la pilló desprevenida y la hizo aferrarse a las sábanas, temiendo caer en un vacío que la engulliría para siempre. La segunda oleada, quebró su alma en dos y del centro de su vientre salió la tercera que subió hasta su garganta para ser liberada con un grito ahogado entre sus manos. Las pequeñas sacudidas que recorrieron cada terminación nerviosa de su cuerpo durante largos segundos la dejaron en un limbo del que dudaba que fuese capaz de despertar.

Tan solo cuando Brock ascendió con una sonrisa pletórica para besarla volvió a la realidad. Una que ya no volvería a ser la misma que minutos antes,

cuando no sabía lo que aquel hombre podía hacer con su cuerpo.

—Creo que ya estás lista —le dijo él frente a los labios, y en su entumecimiento mental no cayó en a qué se refería, hasta que lo sintió en la entrada de su sexo y de una embestida se introdujo en su interior. Durante un segundo sintió un dolor punzante atravesarle las entrañas, y cuando miró a Brock, vio que su rostro mostraba aún más sorpresa que el suyo. Aturdido elevó el torso para observarla pasmado.

El miedo se apoderó de Blue, por primera vez, al pensar que él podría levantarse y marcharse en ese momento, por haber descubierto que había sido el primer hombre para ella.

—No te vayas. —Verbalizó su mayor miedo y él encogió la mirada.

—No pienso moverme de aquí, a menos que te esté haciendo daño y sea lo que quieres.

—No, por favor, sigue. No pares —le instó ella moviendo las caderas para buscar la máxima unión de sus cuerpos.

Brock gruñó por el placer que ella le proporcionó y que amenazaba con hacerle perder el control. Descendió para besarla, esta vez pausadamente, con suavidad, y con un ritmo cadencioso comenzó a moverse sobre ella entrando y saliendo con deliberada lentitud. Con cada acoplamiento Blue gemía de una forma que lo volvía loco y fue intensificando la velocidad de sus embestidas. Entrelazó los dedos con los de ella, a ambos lados de su cabeza, mientras

empezaba a sentir como el mayor de los orgasmos quería desatarse en su interior. No podía consentirlo, quería que ella llegara con él, y cambió el movimiento acoplándolo a las embestidas de las caderas femeninas. Cuando la vio arquearse nuevamente, entregada al placer, se abandonó él a suyo propio con un gruñido que apenas fue capaz de expresar la sacudida de gozo que sintió al derramarse en su interior. Cayó sobre ella, hundiendo la cabeza en el hueco de su cuello, pero con la precaución de aguantar el peso sobre los codos para no aplastarla.

Solo cuando consiguió que su corazón desbocado dejase de tronar en su caja torácica, elevó la cabeza para para cubrir su rostro femenino de besos, dulces y tiernos hasta el delirio. Llegó hasta su boca con forma de corazón y enlazó la mirada con la de la mujer que acababa de entregarse a él sin reservas por primera vez. Y supo que ya nada volvería a ser lo mismo para él.

CAPÍTULO 25

La siguiente hora la pasaron en completo silencio, envueltos en caricias suaves y furtivas. Ambos tumbados de lado, frente con frente, como si todo se lo pudiesen decir así, con el lenguaje de sus cuerpos, mientras cada uno asumía lo que había ocurrido y lo que había significado para él. Blue descansaba sobre uno de los brazos de Brock quien, mientras tanto, acariciaba con la otra su rostro y su hombro. Pasó las yemas por su espalda y la sintió estremecerse. Ella se arrebujó más contra él y Brock tomó su mano para entrelazar los dedos con los suyos.

—¿Por qué no me lo has contado antes? —le preguntó de repente.

Blue exhaló lentamente.

—¿Habría cambiado algo? —quiso saber, pero no enfrentó su mirada hasta que Brock la obligó a hacerlo levantándole la barbilla.

—No. Nada habría podido impedir esto. —Blue suspiró aliviada—. Pero habría hecho las cosas de manera diferente.

—Me habrías tratado como a una dulce damisela, frágil y delicada.

—Tú no tienes nada de frágil. Eres la persona más fuerte que conozco, y me encanta.

Blue no pudo evitar sonreír.

—Gracias, tú también lo eres. Y me encanta.

Brock se inclinó sobre ella y volvió a besarla, degustando lentamente el sabor de su boca, fundiéndose con ella y haciendo que Blue sintiese que su mente comenzaba a espesarse de nuevo. No le gustaba que él tuviese tanto poder sobre ella y abandonó su boca para poder argumentar.

—No era importante que lo supieras. Además, ¿acaso te he preguntado yo con cuántas te has acostado antes de mí? —dijo con altanería, como si no le importara el dato en absoluto.

Brock rio con fuerza ante su intento de desplante y sin previo aviso le dio un pequeño azote en el trasero, que provocó que ella abriese los ojos como platos.

—¿Me has...?

—Te he amonestado, sí —terminó por ella—, y voy a seguir haciéndolo —afirmó colocándose sobre su cuerpo, y acoplándose entre sus piernas.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó metiendo la mano bajo la almohada y sacando su revólver.

Brock se echó hacia atrás inmediatamente.

—¡Por todos los diablos, es cierto todo lo que dicen sobre ti! Duermes con tus armas...

—Hasta ahora han sido la mejor compañía.

—Hasta ahora... —dijo él cayendo sobre ella otra vez, con una sonrisa granuja en los labios y un pensamiento pecaminoso en su mente, que empezaba

por despojarla del revólver y terminaba por volver a hacerla suya, al menos un par de veces más antes del alba.

Tras la segunda agotadora y fascinante sesión de sexo, ambos quedaron sumidos en un profundo sueño. El sol entraba ya a raudales por las ventanas cuando Brock despertó abruptamente por culpa de su teléfono móvil que empezó a sonar, insolente. Lo primero que pensó fue que si se trataba de Alex iba a tirar el aparato, esta vez directamente por el inodoro. Pero no fue así.

Se levantó de la cama con premura para tomar el aparato antes de que Blue despertase. Le extrañaba que no lo hubiese hecho ya y quería evitarlo. Durante la noche había maquinado un par de sorpresas para ella ese día, y la necesitaba bien descansada. Cuando llegó hasta la mesa sobre la que había dejado el teléfono el día anterior, le sorprendió no reconocer el número que aparecía en la pantalla y ya se olió que algo no iba bien. No daba sus datos personales a mucha gente y todos era viejos conocidos. Por eso contestó a la llamada con recelo. Sin embargo, lo que nunca esperó fue recibir la noticia que le dieron desde el otro lado de la línea telefónica.

—De acuerdo, voy para allá inmediatamente. Gracias —pudo apenas farfullar antes de colgar.

Turbado y confuso, siendo apenas capaz de mantener una línea coherente de pensamiento, fue recogiendo toda su ropa esparcida por la habitación. Blue se había movido un par de veces en la cama, pero sin despertarse. Y prefirió

que siguiese así. No sabía ni qué contarle. Solo que tenía que salir de allí cuanto antes. Cuando estuvo completamente vestido la miró una última vez antes de marcharse. Le parecía irónico haber pasado la noche más feliz de su vida con ella y ahora sentir que todo se desvanecía como si hubiese sido solo humo.

Sacudiendo la cabeza, terminó por abrir la puerta y marcharse rápidamente de allí.

Blue se estiró en la cama con placer desentumeciendo los músculos y al hacerlo, su cabeza le dijo que algo no iba bien. Tenía espacio en la cama por primera vez en toda la noche. Ya no le llegaba el calor del cuerpo de Brock y estirando las manos palpó el colchón para comprobar que, efectivamente, su lado estaba vacío. Abrió los ojos inmediatamente y se sentó aferrándose a la sábana. Miró a un lado y a otro y durante un segundo sopesó la posibilidad de que estuviese en el baño, pero una segunda ojeada le confirmó su mayor temor. Él se había marchado.

No había rastro de Brock en toda la cabaña. Ni su ropa, ni su cartera, el móvil o sus llaves. No quedaba nada. Como si todo lo vivido con él hubiese sido producto de su imaginación.

Sintió una punzada de dolor en el pecho al sopesar la posibilidad de que ese fuese su modus operandi con las mujeres la mañana del día después. No

habían hablado de ellos ni de lo que esperaban el uno del otro tras aquella noche, pero por su forma de actuar con ella, jamás hubiese imaginado que desapareciera sin decirle nada, sin despedirse, como si fuera una muesca más en su lista de conquistas.

Ella no era de las que lloraban, pero algo se encogió en su pecho al pensar en esa posibilidad. Una lágrima furtiva escapó para correr por su mejilla, pero se la limpió con premura. Se había lanzado a la piscina sin pensar en el mañana, en un futuro o en lo que sentiría él por ella, solo dejándose llevar por sus propios sentimientos. Y ahora tenía que asumir las consecuencias de sus decisiones.

Queriendo borrar las huellas de aquella noche sobre su piel, se fue directamente a la ducha, de la que salió media hora más tarde sintiéndose aún peor que antes. Solo pensar en el desayuno le resolvió el estómago. Tampoco le apetecía salir a cabalgar, además de que creía que, tras las sesiones de sexo del día anterior, muy probablemente estaría demasiado dolorida para hacerlo. Decidió finalmente ir al edificio principal y buscar la compañía de Anita.

Cuando la encontró en la cocina, como cada mañana, se acercó a ella y la abrazó con la necesidad de sentirse reconfortada. La mujer no tardó en devolverle el abrazo y acariciarle el cabello.

—Cielo... ¿estás bien? ¿Es por lo de Brock? —le preguntó y Blue se separó de ella estupefacta.

—¡Maldita sea! ¿Es que lo llevo escrito en la cara? —preguntó alucinada mirando su reflejo en los cristales de la alacena. Además de por las ojeras que lucía, sin duda por no haber dormido tanto como estaba acostumbrada, no veía nada de especial en ella.

—¿Escrito? ¿De qué hablas? ¿No te has enterado de lo que le ha pasado al jefe Ashby?

—¿Al jefe Ashby? —Blue sacudió la cabeza sin entender una sola palabra.

—Claro, lo de su infarto mientras conducía. Pensé que estabas así porque te había recordado al accidente de tus padres. Sé que odias oír hablar sobre accidentes de coches.

Blue se quedó blanca como el papel y tuvo que apoyarse en la encimera cuando todo se volvió borroso.

—El padre de Brock ha...

No pudo continuar.

—No, no. Ha tenido un infarto mientras conducía y su coche se ha salido de la carretera chocando con unas vallas. Una ambulancia lo ha llevado al hospital. Me he encontrado con Brock cuando él se iba y me ha dicho que lo han llamado del hospital para decirle que su padre entraba en el quirófano.

Blue escuchó el relato descompuesta. Brock se había marchado porque su padre estaba entre la vida y la muerte y ella pensando toda esa sarta de

estupideces sobre él...

—Pobrecito, iba desquiciado cuando ha salido del rancho. Sé que no se llevan muy bien, al menos es lo que comenta todo el mundo porque Brock no viene por el pueblo a verlo, pero un padre es un padre. Tiene que estar destrozado.

—Sí, destrozado —repitió ella en un murmullo, con la mirada perdida en el suelo de la cocina.

Y de repente recordó parte de la conversación de la noche anterior con él y una idea se abrió paso en su mente.

—Tengo que marcharme. Si alguien me necesita, que me llamen al móvil —le dijo a Anita, dejando un beso fugaz en su mejilla y saliendo de la cocina con una decisión tomada.

CAPÍTULO 26

Brock, sentado en una de las incómodas sillas de la sala de espera, se pasó la mano por el pelo, revolviéndoselo. Una enfermera le había dicho que su padre hacía media hora que había entrado en el quirófano cuando él llegó, y no supo decirle cuánto tardaría la intervención en la que se jugaba la vida. Desde entonces estaba allí, divagando en la agonía de no saber ni qué pensar ni qué sentir.

No quería que muriera, era lo único que tenía claro. Era su padre, a pesar de todo, era su padre. Su mente lo llevaba una y otra vez al momento en el que fue a buscarlo al rancho y la manera que había tenido de deshacerse de él. La comunicación entre ellos siempre había sido complicada, pero desde que fue adulto y pudo elegir marcharse, aún más. Se había creado un vacío insalvable entre los dos. Seguía manteniendo contacto con su madre, que vivía en Alaska, donde había podido ejercer como piloto de aviones de transporte de mercancías. Con ella las cosas siempre habían sido diferentes, más fáciles y naturales, pero con su padre...

Ahora, sin embargo, cuando lo sabía a las puertas de la muerte, se preguntaba si no podía haber hecho algo más. Tal vez tenía que haberlo escuchado. Él había querido decírselo, había insinuado que tal vez no estuviera para siempre. Y aunque aquella frase le había hecho sospechar que

algo no iba bien, había preferido ignorar su instinto. Ni siquiera había leído la carta que le había entregado. ¿Y ahora? ¿Y si no volvía a verlo? ¿Y si no volvía a tener la oportunidad de hablar con él?

Se levantó de la silla, incapaz de quedarse allí sentado sin hacer nada. Se sentía impotente y frustrado. Posó las manos en sus caderas y elevó el rostro en busca de oxígeno para llenar sus pulmones. La puerta del pasillo que daba a la sala se abrió y supuso que llegaban más familiares de otros pacientes. Sin embargo, un momento después percibió que se equivocaba. Se giró y vio que era Blue la que se acercaba a él, pero cuando se cruzaron sus miradas, se detuvo buscando en su rostro la confirmación de que la quería allí.

Brock no tuvo dudas y caminó hacia ella con premura, como si lo atrajese un enorme imán que le prometía un puerto seguro. Cuando llegó a su altura la tomó en sus brazos con fuerza, y hundió el rostro en su cuello. Blue le acarició el cabello y besó su mejilla, ofreciéndole un bálsamo que provocó un calor instantáneo en su pecho. Cuando largos minutos más tarde la devolvió al suelo, ella tomó su rostro entre las manos, necesitando leer en su mirada el estado en el que se encontraba.

—Siento no haberte dicho nada...

—No importa —lo detuvo cubriendo su boca con un dedo—. ¿Cómo está tu padre? —preguntó cargada de preocupación.

—No lo sé. Cuando he llegado ya estaba en el quirófano. La enfermera

no me ha podido decir mucho más. El accidente ha sido por un infarto que ha tenido mientras conducía. Tenía contusiones, pero lo importante es el corazón. Tiene un problema cardíaco y yo ni siquiera lo sabía. Por eso ha sido más grave y lo están operando. No sabré más hasta que salga del quirófano.

—Esperaremos entonces —aseguró ella tomándolo de la mano, y dejándole claro que no pensaba moverse de su lado.

Brock entrelazó los dedos con los suyos en un gesto íntimo y se llevó su mano a los labios para besarla, intentando hacerle entender lo importante que era para él que ella estuviese allí en ese momento. Después la guio hasta las sillas y la invitó a tomar asiento. Cuando lo hizo se sentó a su lado y durante varios minutos se limitaron a permanecer así, con la mirada perdida y las manos unidas, en un lazo reconfortante.

—Por cierto, creí que quizás querrías esto... —Brock elevó la vista para ver cómo sacaba un sobre del bolsillo de su pantalón. No era un sobre cualquiera, sino el que le había entregado su padre. El corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho.

La miró alucinado y lo tocó con cautela. No podía hablar con su padre, decirle que no quería perderle, pero allí estaban sus palabras, el mensaje que él quería darle.

—¿Quieres que te deje solo unos minutos? —le preguntó ella pensando que quizás para él así sería más fácil enfrentarse al contenido de la carta.

—No. Quédate conmigo —le indicó y la necesidad que percibió Blue en su voz la hizo tragar saliva—. Gracias. Creo que era justo lo que necesitaba.

—Eso pensé. A pesar de todo, yo habría dado lo que fuera por recibir una carta de mi padre.

—Me dijo que la leyera y que estaría esperándome para hablar —su gesto se rompió por la congoja.

—Y lo estará. Saldrá de esta. Es un hombre fuerte.

Brock asintió y soltó su mano para abrir el sobre tras inhalar hasta llenar por completo sus pulmones. Blue se inclinó hacia atrás para, aun estando a su lado, darle algo de espacio. Lo vio fruncir el ceño con las primeras líneas y cambiar el semblante a uno de estupor tras el que creyó que el que caería fulminado por un ataque sería él. Posó una mano sobre su muslo para reconfortarlo, pero concentrado como estaba, Brock ni se percató del gesto. Después advirtió la tensión en sus mandíbulas y quiso quitarle el folio manuscrito para leerlo ella. Y después, cuando creyó que el ataque le daría a ella, él lloró.

El corazón de Blue se encogió en un puño al ver a aquel hombre grande y fuerte, roto como un niño.

—Sea lo que sea... —quiso reconfortarlo tomando su rostro entre las manos.

—No es mi padre.

—¿Qué? —Aquella frase era la última que esperaba que saliera de sus labios y sus ojos se abrieron desorbitadamente.

—Que no es mi padre. Al menos no mi padre biológico.

Blue se llevó las manos a la boca, sin saber qué decir.

—Mi madre y mi padre se casaron sabiendo que él no podía tener hijos. De adolescente sufrió un traumatismo testicular que se complicó y le impedía tenerlos. Mi madre dijo que no le importaba, pero dos años después cambió de idea. Hubo muchos problemas entre ellos porque mi madre no era feliz. Él no quería que fuera desdichada y le ofreció la separación para que pudiera tener lo que quería con otro hombre, a pesar de amarla, o quizás por eso mismo.

—¿Y tu madre qué hizo? —preguntó atónita.

—Se marchó. Estuvo fuera solo unas semanas, las peores en la vida de mi padre. Y después mi madre volvió diciendo que no quería estar sin él. Poco después descubrieron que mi madre estaba embarazada de otro hombre. Un antiguo novio de la adolescencia que cuando yo tenía dos años descubrieron que había muerto ahogado, mientras hacía piragüismo.

—¡Vaya!

—Sí, vaya...

Durante unos segundos ninguno de los dos fue capaz de decir nada, por lo contundente de la declaración, hasta que Brock sacudió la cabeza y

continuó.

—Mi padre dijo desde el principio que él sería mi padre, y me criaría como tal. Pero una parte de él no olvidaba que no era suyo en realidad. Y tenía miedo. Mis padres seguían teniendo problemas después de aquello y mi madre amenazaba con llevarme con ella, muy lejos de allí. No quería perderme, pero sabía que si ella cumplía su palabra, lo tendría todo perdido.

Lo vio apretar los puños y hundir la cabeza entre los hombros.

—Mi madre siempre fue un espíritu libre, y yo pensaba que mi padre era quien la tenía en una cárcel, cuando en realidad era él el que se sentía así bajo sus amenazas de llevarme muy lejos. Imagino que eso lo incitaba a ser tan distante conmigo. Era una forma de protegerse. —Brock sacudió la cabeza—. Lo entendí todo mal.

—Tú no podías saberlo. ¿Quién habría podido imaginarlo?

—Tampoco hice ningún esfuerzo por intentarlo. Siempre me posicioné del lado de mi madre. Y le achaqué a él toda la culpa de la mala relación que había entre ellos. Ahora me doy cuenta de que todo era mucho más complicado. Dice que me quiere como jamás ha querido a nadie. Y que siente todo el daño que ha podido hacerme por no saber cómo hacerlo mejor — continuó, pasándose una mano por el rostro, mientras con la otra le entregaba la carta para que ella misma pudiese leer la declaración de puño y letra de su padre.

—Claro que te quiere. Y tú a él. Porque biológico o no, es tu padre. Brock, es tu padre —repitió enlazando la mirada con la suya—. Y va a salir de esta y tú mismo vas a poder decírselo.

—Necesito que sobreviva, Zoey —dijo con desesperación en la mirada y a ella no se le escapó que la había llamado por su verdadero nombre, por primera vez.

Después de eso, solo pudo abrazarlo con fuerza, en silencio, y durante las siguientes horas.

—Señor Ashby... —la voz de un doctor, a su lado, los sorprendió haciendo que se separaran con rapidez.

—¿Sí? —preguntó él levantándose con premura. Ella lo siguió.

—Ha sido una operación complicada, pero su padre ha conseguido salir de esta. Ahora estará unas horas en reanimación, pero después podrá verlo. Antes de entrar en el quirófano se encargó de decirnos que le llamásemos, que necesitaba hablar con usted. Se alegrará mucho de verlo aquí.

—Y yo de verlo a él —dijo Brock con una gran sonrisa.

Dio la mano al cirujano agradeciendo su buen trabajo, y cuando este se marchó de vuelta a los pasillos que llevaban a los quirófanos, se giró hacia ella y la besó desprendiéndose de la carga que había estado soportando aquellas horas.

CAPÍTULO 27

Blue volvió a mirar por la ventanita de la puerta de la habitación en la que padre e hijo hablaban compartiendo cuanto habían callado durante años. Se los veía bien, emocionados, pero bien. Suspiró aliviada. Fue caminando hasta el final del pasillo y se detuvo frente a la gran cristalera de la planta que daba a la calle. El sol se estaba ocultando en el horizonte y las luces anaranjadas comenzaban a inundar la ciudad. El día había resultado muy largo, desde la espera para que el jefe Ashby saliera de la operación a las horas que habían tenido que aguardar para que fuera llevado a su habitación tras la reanimación.

Durante ese tiempo ellos estuvieron hablando de todas las cosas que le había hecho sentir a Brock la carta de su padre y, después de desahogarse, él se propuso cambiar radicalmente de tema y se esmeró en conocer cosas de ella. Le hizo muchas preguntas sobre sus gustos, aficiones y objetivos en la vida. Se sorprendió al saber que estudiaba en la universidad a distancia, compaginando su carrera de gestión empresarial con su trabajo en el rancho. Y prometió que algún día le dejaría ver cómo le quedaban las gafitas de pasta que se ponía para trabajar en el ordenador y que la hacían parecer toda una intelectual.

Así pasaron las horas y cuando finalmente su padre fue instalado en su cuarto, Blue lo acompañó, pero cuando él entró decidió permanecer fuera y darles el espacio que padre e hijo necesitaban. Llevaban dos horas hablando y estaba segura de que aún necesitarían más tiempo. Pasó las manos por sus brazos, y los frotó al sentir que el aire acondicionado de la sala de espera le erizaba la piel. Y entonces su teléfono empezó a vibrar en el bolsillo. Lo tomó con rapidez al ver que se trataba del abuelo.

—Hola, abuelo. ¿Qué tal estás? —se preocupó por él.

—Pequeña, no soy yo el que está acompañando a mi novio en el hospital —repuso Thatcher Crane con su innata habilidad para hacer un análisis de la situación.

—Abuelo... no es...

—Shhhh —la acalló—. Si no fuera algo tuyo no estarías ahí. Y no te llamaba por eso, solo quería que supieras que estoy bien...

La voz de Anita se oyó acoplándose a la del abuelo, complementando su mensaje.

—Está muy bien, cielo. No te preocupes, que yo lo cuido —dijo. Y las risas cómplices de ambos se oyeron a través de la línea.

No pudo evitar unirse a ellos y sonreír también por la felicidad de ambos. Era más que evidente que habían conseguido superar los malentendidos que los habían tenido separados tantos años y que ahora por fin

se daban la oportunidad de ser felices juntos.

—Bueno, que estoy, que estamos bien —resumió el abuelo—. ¿Y tú, cómo estás? ¿Sigues con el joven Ashby?

—Estoy bien. Él ahora está con su padre. Tenían mucho que hablar y están poniéndose al día. Pero todo está bien.

—Bueno, eso es muy bueno. Tu hermana y Joe han ido para allá hace un rato, así que no tardarán en llegar.

En el momento en el que Blue escuchó las palabras de su abuelo, el sonido inconfundible de las pisadas de su hermana resonó por el pasillo. Se asomó para comprobar sus sospechas y al ver que no se equivocaba, se despidió del abuelo.

—Te dejo, abuelo, acaban de llegar. Te llamo más tarde. Dale un beso a Anita de mi parte y otro para ti.

—Claro, pequeña. Hasta luego —dijo su abuelo antes de colgar, pero ella ya iba por el pasillo para reunirse con su hermana y su cuñado que en cuanto la vieron apresuraron el paso. Al alcanzarla se abrazaron los tres como una piña.

—¿Cómo está el señor Ashby? —preguntó Skylar, aún abrazada a ella.

—Bien, estable. La operación ha sido un éxito y tras la reanimación lo han llevado a la habitación. Brock está con él. Tenían muchas cosas de las que hablar —repuso ella apartándose y mirando a uno y a otro.

Joe asintió sabiendo que así era. No era de extrañar, como mejor amigo de Brock, que supiera las cosas que habían pasado entre padre e hijo desde hace años, pensó Blue.

—Hay que mirar el lado positivo, hace mucho que tenían que haber hablado, al menos este susto ha servido para eso. Y me alegro de que hayas estado con él. A Brock le cuesta abrirse con la gente cuando se trata de sus padres, no hubiese sido bueno que pasase por esto solo —añadió posando una mano sobre su hombro.

—Sí... Y a todo esto... ¿Qué hacías tú con Brock Ashby? —le preguntó su hermana encogiendo la mirada, sin ocultar una sonrisa.

Blue había sabido que su hermana reaccionaría así desde el momento en el que se imaginó contándole lo ocurrido.

—¿Qué quieres que te diga, que tenías razón? ¿Qué entre Brock y yo hay algo? —Skylar empezó a asentir ampliando la sonrisa, impaciente por escuchar las palabras que confirmaban que ella tenía razón.

—Pues no voy a hacerlo. Eso es para gente... mediocre, que necesita reafirmarse. Y tú estás por encima de todo eso, ¿verdad, hermanita?

Skylar hizo una mueca.

—Ese hombre no sabe dónde se ha metido estando contigo —repuso Skylar alzando las cejas.

—Pues yo creo que lo sabe muy bien —apuntó ella con una sonrisa

autosuficiente.

—¿Cómo de bien? —La curiosidad extrema se abrió paso en el rostro de Skylar que tomó por los hombros a su hermana pequeña taladrándola con la mirada.

Joe se dio cuenta de las implicaciones que ocultaba aquella en apariencia ingenua pregunta y puso los ojos en blanco mientras se tapaba los oídos.

—No quiero saberlo, no quiero saberlo... —dijo—. ¡Son mi cuñadita y mi mejor amigo, por Dios! —exclamó Joe alejándose de ellas.

Ambas rieron y después cuando Skylar volvió a prestarle toda su atención Blue asintió encogiéndose de hombros.

—¡Oh, Dios mío! ¡Blueberry! —Se tapó la boca con una mano para no gritar de la impresión—. Eso significa que lo... amas...

Skylar comenzó a parpadear como si hubiese entrado en shock.

—¡Diablos! Si llego a saber que ibas a ser tan exagerada no te digo nada.

—Es que tú no sabes el tiempo que llevo esperando esto —dijo su hermana, enternecida.

Antes de que pudiese huir de ella, la volvió a tomar en sus brazos y la estrujó con evidente emoción.

—Si no paras ya, en cuanto mi sobrino empiece a hablar le enseñaré

todas las palabrotas con las que me han ilustrado los vaqueros del rancho, te lo juro.

—Está bien, paro. Pero solo digo que estoy feliz. ¿Tú estás feliz? — preguntó de repente dándose cuenta de que lo había dado por sentado.

—Sí, lo estoy. Mucho.

—Bien, pues estamos felices —repitió Skylar pasándole un brazo por los hombros y guiándola por el pasillo para reunirse con Joe—. Vamos a comprar unas bebidas en la cafetería antes de pasar a ver al jefe Ashby — resolvió su hermana.

Y sabiendo que no tenía nada mejor que hacer allí, asintió mostrándose de acuerdo.

Media hora más tarde entraban en el ascensor, de vuelta a la planta, cargados con los botellines y vasos para el café que habían comprado. La puerta estaba a punto de cerrarse cuando una mujer entró como una exhalación en el último segundo. Lo primero que hizo Blue fue arrugar la nariz tras ella, al verse invadida por el fuerte olor de su perfume que pareció ahogar todo el oxígeno limpio del reducido espacio. Cuando la vio apretar el botón de la misma planta a la que iban ellos puso los ojos en blanco, pues tendría que soportarlo todo el ascenso.

Miró de soslayo a su hermana que se tapaba la nariz y la boca con la mano y supo que no era la única a la que desagradaba tan contundente perfume.

Hasta la quinta planta tuvo tiempo de repasarla de arriba abajo. Iba vestida con una falda de tubo negra y una blusa roja. Unos altísimos tacones negros completaban el conjunto a la legua caro y sofisticado. Tenía un buen cuerpo y por lo poco que había podido apreciar al entrar, antes de que se girase para darle la espalda, sus facciones exóticas y elegantes y su cabello oscuro, largo y ondulado, la convertían en una mujer que seguro que conseguía atraer las miradas de los hombres.

Sin embargo, algo en su actitud altanera —pues ni los había saludado al entrar— le desagradó. Contó mentalmente los segundos que tardaba el ascensor en hacer el escaso recorrido y cuando las puertas se abrieron, estuvo tentada de empujarla y abrirse paso hacia el oxígeno aséptico de la planta. Por suerte la mujer no tardó en salir y dirigirse con paso resuelto y pisada firme hacia su destino. Torció el gesto al descubrir que este era el mismo que el de ellos. Atónita, la vio abrir la puerta de la habitación del señor Ashby, sin ningún tipo de reparo y ni siquiera llamar antes.

Blue llegó a la puerta justo para ver a la mujer lanzarse a los brazos de Brock y fundirse con su cuerpo. La sorpresa fue mayúscula al escuchar la exclamación de Brock, con ella aún entre sus brazos.

—¡Alex! ¿Qué haces aquí?

Se quedó petrificada en la puerta y la mirada estupefacta de Brock se clavó en ella.

—Cielo... ¿Cómo no iba a venir? ¡Es tu padre! Tenía que estar contigo...

Blue cerró la puerta, volviendo al pasillo y sintiendo que algo se oscurecía en su interior.

—¿Qué pasa? ¿Quién es esa? —preguntó su hermana al ver la expresión de su rostro.

—Es su agente, al menos eso es lo que creía —dijo ella queriendo marcharse de allí, pero entonces vio a Skylar abrir la puerta de la habitación con determinación y se detuvo en seco.

—Hola, Brock —lo saludó—, Joe y yo hemos venido a ver cómo está tu padre —añadió esta vez tirando del cuello de su marido para hacerlo pasar a la habitación—. Así que no te preocupes si tienes asuntos que tratar, que nosotros nos quedamos con él mientras. —Tras su declaración lo instó con sus manos a salir del cuarto, con una sonrisa que solo Blue sabía la mala leche que escondía. Pero quedó patente cuando, al salir Alex tras él, la repasó de arriba abajo como si fuera poca cosa.

Blue, sin poder creer lo que acababa de hacer su hermana, se giró hacia la pared del pasillo, queriendo que se la tragase la tierra.

—¿Quién es esa mujer? —oyó que interrogaba Alex a Brock.

—Es una gran amiga, más que eso, es familia. Y vuelvo a preguntarte, ¿qué haces aquí?

El gesto en el rostro de la mujer mudó radicalmente al ver que él la trataba con frialdad.

—Soy tu agente, guapo. ¿De veras crees que puede pasar algo en tu vida de lo que yo no me entere? He sabido que tu padre había sufrido un infarto y he venido a estar contigo.

—Yo no te he llamado.

—Lo sé. Ni llamas ni contestas a mis llamadas.

—¿Y eso no te deja claro que no quiero hablar contigo? —espetó él evidentemente incómodo.

—Lo quieras o no, tenemos que hablar. ¡No puedes marcharte sin decirme qué vas a hacer con el equipo!

—Ya te dije lo que quería hacer antes de irme. ¿Qué parte no entendiste?

—Ninguna, Brock, ninguna. Pensé que con unas semanas de descanso te darías cuenta del error que habías cometido. No puedes dejar pasar la oportunidad de firmar ese contrato...

—No, Alex, te equivocas. Eres tú la que no puede dejar pasar esa oportunidad. Yo ya lo he hecho.

—¡No puedo creer que seas tan desagradecido! —soltó ella, iracunda.

—¿Desagradecido? Eres tú la que se ha hecho rica a mi costa, no al revés. Da gracias de haber conseguido los clientes que has conseguido gracias a mi nombre. Y no te rebajes más, Alex. Te doy la oportunidad de salir con la

cabeza alta.

La mujer apretó los dientes, envuelta en furia.

—¡No lo puedo creer! ¡Incluso tuve que filtrar a la prensa lo de Rodríguez y pagar a ese tipo para que se metiese con él en aquella discoteca! Y todo por ti.

—¿Fuiste tú la que reveló lo de su homosexualidad para hacerme defenderlo en una pelea? —El gesto colérico de Brock dejó claro que no daba crédito a sus palabras.

—¿Qué otra opción me habías dejado? ¡Querías marcharte por las bravas! Quise darte tiempo para pensarlo mejor.

—¿A cambio de hacer pedazos la vida de un hombre? Sabes cómo es el mundo del deporte. Desde que se empezó a hablar de su orientación sexual, no ha tenido más que problemas.

Su declaración retumbó por el pasillo y Brock se dio cuenta de que estaba perdiendo el control en un hospital, con su padre ingresado. Tomó aire y lo soltó lentamente, tras lo cual, clavó en la mujer la mirada más letal que Blue le hubiese visto hasta el momento.

—Olvídalo, Alex, la puerta grande se ha cerrado. No volverás a trabajar en este mundo. No cuando cuente a tus clientes cuál es tu ética de trabajo.

El rostro de la mujer cambió ahora a uno de terror al ver peligrar su trabajo y su prestigio.

—Brock, por favor... —quiso implorarlo.

—No me hagas llamar a seguridad, y márchate —le dijo con frialdad—.

Blue, ¿vienes conmigo, cariño? Mi padre está deseando saludarte —dijo esta vez dirigiéndose a ella. El cambio en su tono fue tan radical que, a pesar de estar ofreciéndole la mano, Blue tardó un par de segundos en reaccionar y caminar hasta él para tomar su mano y entrar juntos en la habitación, cuya puerta cerró a su espalda.

CAPÍTULO 28

Después de aquello todo ocurrió tan rápido que Blue no tuvo tiempo ni de digerirlo. El jefe Ashby salió del hospital cinco días más tarde, y con novia. Pues había encontrado como admiradora a la enfermera que lo había estado atendiendo durante el ingreso. Esos días Brock los había ocupado en estar con su padre, hablar mucho con él, dar una rueda de prensa para acallar los rumores sobre su marcha del beisbol y de los Rangers. También habló con su madre y aclaró con ella algunas dudas sobre la relación con su padre y sobre todo, cada noche, volvía con Blue al rancho para dormir juntos y contarse qué tal día habían pasado.

Juntos habían despedido también a Skylar y a Joe, que se fueron de viaje de novios a Hawái y regresaron morenitos y más relajados que nunca para enfrentarse a la mudanza y su traslado a Oklahoma, que sería en unos días. Pero lo más duro para Blue había sido despedirse de Brock cuando dieron el alta a su padre, por tener que volver a Arlington para cerrar sus cosas con la directiva del equipo y dejar su casa de allí. Le había pedido que fuese con él, pero Blue no había querido dejar al abuelo ni sus obligaciones en el rancho, sobre todo ahora que Jim había decidido marcharse para siempre.

El viejo Sherman se había quedado muy decepcionado al saber que su

nieto había renunciado a seguir allí, aprendiendo el negocio familiar. Blue intuía que su decisión tenía que ver con el hecho de haberla visto con Brock. Se sentía culpable por ello y no quiso dejar a su padrino cuando más la necesitaba.

Aun así, cada día añoraba más a Brock y se preguntaba cómo habría sido pasar aquellas semanas con él. Solo momentos como aquel, cuando daba su paseo matinal con Toffee, conseguían que la añoranza se hiciera menos abrumadora. Pues, aunque habían hablado por teléfono a diario, se había acostumbrado demasiado rápido a sentir su cuerpo junto al de ella cada noche.

De repente sintió que su caballo se ponía nervioso. Se detuvo en seco y empezó a moverse alterado hacia adelante y hacia atrás. Se recostó sobre él para acariciarlo y calmarlo con su voz, lo que surtió efecto rápidamente. El sonido de un motor llegó hasta ella y miró al cielo sorprendida al darse cuenta de que se trataba de una avioneta que volaba sorprendentemente bajo. Se sujetó el Stetson con la mano al tener que inclinarse en un arco imposible para ver el aparato sobrevolar sobre su cabeza. Su sorpresa aumentó al ver que la avioneta seguía descendiendo y terminaba por aterrizar en el camino trasero del rancho.

Sacudió la cabeza y no dudó en espolear a Toffee para galopar hacia el aparato. Podía tratarse de un aterrizaje de emergencia y que sus ocupantes precisasen ayuda. Antes de llegar a la aeronave, su corazón, hasta el momento

acompañado al latido frenético de su caballo, se detuvo en seco al ver salir a Brock de la avioneta con su radiante y canalla sonrisa dirigida a ella. Le devolvió el gesto sintiendo que solo podía tratarse de un espejismo. Saltó de su caballo y corrió hacia él, que ya iba a por ella. En cuanto la tuvo a su alcance la tomó en sus brazos elevándola del suelo y haciéndola girar con él. Blue enlazó las piernas a sus caderas y lo besó con un hambre y una necesidad que solo podía decirle lo mucho que lo había echado de menos.

—Mi fiera salvaje, cuánto he añorado esta boquita tuya... —dijo él entre besos.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Cuánto? —preguntó ella sin soltar su rostro.

—Cada minuto, cada segundo, de cada día —repuso él—. Déjame verte —ordenó quitándole el sombrero y poniéndoselo él—. ¡Diablos! Sigues tan guapa como recordaba. No voy a poder esperar a después.

—¿Esperar a qué?

—A hacerte el amor —respondió con voz grave.

—¿Y por qué hay que esperar? —preguntó coqueta, pegando la boca a la suya—. Vamos ahora mismo, y luego me cuentas qué haces con una avioneta. —Bajó al suelo y tiró de su mano. Se detuvo al ver que él oponía resistencia.

Brock le mostró una mueca de disculpa.

—No podemos ahora, preciosa. Tengo una reunión de trabajo.

—¿Una reunión de trabajo? —preguntó Blue alzando una ceja.

—Así es, pero puedes venir conmigo. Llego tarde y me están esperando.

—Brock la rodeó con su brazo por los hombros, pegándola a su cuerpo y caminó con ella hacia el rancho.

Cuando Blue vio que se dirigía al edificio principal le brindó una mirada entornada. Su mirada se achicó aún más cuando vio que salían a recibirlos el viejo Sherman, su abuelo y Anita.

—¡Ya has llegado! Bienvenido, chico. —Clay Sherman fue el primero en darle la mano para saludarlo.

—Lo siento, me he encontrado a esta preciosidad y me ha entretenido —dijo Brock señalándola con la barbilla.

Blue, que aún no entendía nada, los miró alucinada. Los vio sonreír ante su respuesta y al abuelo y a Anita saludarlo como si no les sorprendiese su presencia y, sobre todo, su llegada en aquel trasto, hecho que ella no se quitaba de la cabeza.

—Pues ahora que estamos todos, lo mejor será ir a mi despacho. Las cosas serias se tratan allí —dijo Sherman.

—Por supuesto —repuso Brock y todos lo siguieron.

—¿Alguien va a contarme qué está pasando aquí? Parece que soy la única que no tiene ni idea —espetó ella nada más entrar en el despacho.

Todos se miraron entre ellos con sonrisas cómplices y luego vio a Sherman asentir dando permiso a Brock para que hablara.

—Preciosa, estás ante uno de los nuevos dueños del rancho.

—¿Del rancho? ¿De este rancho? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Sí, de este rancho.

—No puede ser... Este es su rancho —dijo señalando a su padrino.

—Ya no, pequeña. Me temo que mis días de ranchero han terminado.

Adoro este lugar, ha sido mi hogar desde que nací. Pero a mi edad, si seguía manteniéndolo era con la esperanza de que Jim quisiese heredarlo y hacerse cargo de él. Pero mi nieto ha decidido tomar otro camino y eso ya no va a suceder.

Blue no pudo evitar bajar la mirada.

—La decisión fue suya. Tú no eres responsable, niña. Y además uno no manda sobre su corazón, ¿verdad? —La sonrisa limpia y sincera de su padrino le dijo que suscribía cada palabra desde el fondo de su alma.

—¿Y entonces has comprado el rancho? —preguntó Blue volviendo al alucinante hecho de que Brock hubiese hecho algo así.

—A medias. Tengo un socio que me va a poner firme —dijo Brock mirando al abuelo con una sonrisa.

—¿Abuelo! ¿Tú también? —parpadeó frenética, sin entender nada.

—Sí, pequeña. Al menos hasta que te hagas cargo tú de mi parte cuando termines la carrera. Sé que adoras este lugar. Pasas más tiempo aquí que en casa. Este es tu sitio, con tus caballos y dando miedo a todos esos vaqueros —

dijo con orgullo—. Además, así habrá sitio para todos. Anita y yo vamos a mudarnos a una de las cabañas grandes, y estaremos juntos cada día.

Blue no supo qué decir. Jamás habría esperado nada como eso. Desde que se fue, Brock había estado pensando en cómo llevarían sus vidas y su relación cuando volviese, pero en ninguna de las ecuaciones pensó en aquella posibilidad que parecía resolverlo todo.

Brock vio la cara de perplejidad de Blue y temió haber ido demasiado rápido cuando ni habían podido hablar sobre ello. De repente sus ilusiones se convirtieron en miedo y la tomó de las manos, con temor a que se le escapase, huyendo de allí.

—¿Nos permitís un momento, por favor? —pidió al resto.

Los tres los miraron y tras asentir se marcharon cuchicheando entre ellos. En cuanto la puerta se cerró, Brock la hizo girar para enlazar su mirada turquesa con la suya.

—Creo que, como se suele decir, he empezado la casa por el tejado... —resopló y se pasó una mano por el rostro—. Imagino que pensé que lo mejor era hacer un gran gesto que te demostrase lo que siento y cuánto significas para mí.

—Y decidiste que en lugar de aparecer con un corcel blanco era mejor una avioneta —dijo ella manteniendo su cara impasible.

Brock sonrió.

—Cariño, esto es Texas, ¿esperabas que no lo hiciera a lo grande?

Blue tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no reír.

—¿Y qué era eso que querías expresar con tu gran entrada?

Brock asintió repetidamente dándose cuenta de que ella se lo estaba poniendo difícil, ya que durante un segundo vio la diversión pasearse por sus ojos.

—Blue... quería confesarte que... me muero por saber por qué te llaman Blueberry.

Blue parpadeó varias veces y alzó las cejas sin poder creer que le preguntara aquello en ese momento.

—¿En serio?

—Totalmente —dijo él manteniéndose firme.

—Es cosa de Skylar —dijo ella empezando a perder la paciencia—.

Una chorrada que se le ocurrió cuando nació.

No satisfecho con sus palabras, Brock la instó a continuar y Blue bufó antes de hacerlo.

—Yo era muy llorona. Me pasaba el día enfadada y cuando lloraba lo hacía con tanto ímpetu que me ponía morada, por la falta de oxígeno. A Skylar se le ocurrió decir que parecía un arándano y a todo el mundo le hizo gracia hasta el punto de empezar a llamarme Blueberry.

Brock no pudo evitar que la risa burbujeara entre sus dientes.

—¿Contento? Ya no te queda nada por averiguar sobre mí —dijo ella molesta.

—Eso no es verdad —atajó él tomándola por la cintura y pegándola a su cuerpo, y con el gesto hizo que Blue se quedara sin aliento—. Aún no sé si me amas como yo te amo a ti.

—¿Me amas? —preguntó ella en un susurro.

—Con cada latido, con desesperación, con necesidad y de forma desgarradora, como en una canción country.

Blue sonrió y su rostro se iluminó por completo.

—Yo también te amo, Brock Ashby. Y me encanta tu gran gesto, que hayas comprado el rancho, y hasta que hayas venido en avioneta.

—¿En serio? Me alegra, porque es mía. Aprendí a pilotar hace muchos años. Me enseñó mi madre y quiero incorporar los vuelos turísticos para los huéspedes.

—Ya veo que tienes muchos planes y estás dispuesto a quedarte —apuntó ella acercando los labios a los suyos para tentarlo con un beso, que no pudo evitar darle tras oírle decir:

—Preciosa, he vuelto para quedarme para siempre en tu corazón.

EPÍLOGO

Un año después...

Blue miró a un lado y a otro y no se lo pudo creer. «Otra vez no...», pensó, viendo que volvía a estar sin escapatoria. Aquella era la primera boda de la temporada, y de ser otra, se habría zafado escudándose en sus múltiples obligaciones, pero Anita jamás le perdonaría no estar en su lanzamiento de ramo. Así que allí estaba, con el resto de las invitadas solteras, esperando a que la mujer de su abuelo lanzase el dichoso buqué de margaritas.

El colmo fue ver a Skylar con su sobrinita Holly (en honor a la madre de ambas) en brazos, aplaudir y vitorear su nombre para que fuese ella la que consiguiera hacerse con el ramo. Puso los ojos en blanco y empezó a buscar vías de escape. No tuvo tiempo, porque en cuanto vio a Anita fijar su mirada en ella, como tantas veces habían hecho otras novias antes, supo que el momento había llegado.

Anita hizo el lanzamiento y unas manos se aferraron a la cintura de Blue. Sonrió consciente de que era Brock, hasta que sintió que este la empujaba en dirección contraria, hacia delante y dejándola justo debajo de la trayectoria del proyectil de flores que finalmente y sin remedio, cayó sobre sus brazos.

Los gritos y vítores enfebrecidos se oyeron mientras ella bajaba el rostro para confirmar que, efectivamente, acababa de convertirse en una de las víctimas de aquella tradición.

Y entonces vio que en el centro del ramo había atada una cajita negra. Supo lo que era cuando los vítores cesaron de repente y apartando el ramo, vio que Brock acababa de arrodillarse ante ella.

Cada latido de su corazón quedó preso en su caja torácica.

Tan atónita estaba que dejó que él le arrebatase el ramo de las manos y sacase un resplandeciente solitario de la caja que, con una de sus sonrisas canallas, le ofreció con mirada esperanzada.

—Aquí estamos, preciosa...

Blue se limitó a tragar saliva.

—En el momento más bochornoso de tu vida e intentando convertirlo en un gran recuerdo para la eternidad. Porque eso es lo que te ofrezco, una eternidad juntos en la que dedicaré cada día a construir tus sueños y hacerlos realidad para ver esa sonrisa tuya que me vuelve loco.

Blue se mordió el labio inferior para contener el gesto del que él hablaba.

—Adoro todo de ti, tu risa, tus miradas sarcásticas, tu mal genio, tu fuerza, tu valentía, y hasta cuando resoplas ofuscada porque hago algo que no te gusta. Sabes que te amo desde la primera vez que te vi, y me hechizaste con

tus comentarios ácidos y miradas retadoras. Ahora ya no puedo vivir sin ellas, y por eso estoy aquí, pidiéndote que me honres con tu mano, con la promesa de que el año que viene, cuando te gradúes, la primera boda de la temporada será la nuestra.

Durante un segundo Blue guardó silencio, haciendo que todos contuviesen el aliento.

—Solo si puedo llevar el revólver bajo la falda del vestido de novia— dijo ella con una sonrisa retadora.

Brock se levantó para tomar su hermoso rostro entre las manos.

—Yo mismo lo colocaré en tu ligero, mi preciosa fierecilla —dijo frente a sus labios, justo antes de apoderarse de su boca, sellando el acuerdo de compartir la mayor aventura de sus vidas.

FIN

Stand by me

Cuando la noche haya llegado
y la tierra esté oscura,
y la luna sea la única luz que veamos,
no, no tendré miedo.
Oh, no tendré miedo,
mientras tú estés, estés conmigo (me apoyes).

Así que cariño, cariño,
quédate conmigo, oh, quédate conmigo.
Oh, quédate, quédate conmigo.
Quédate conmigo.

Si el cielo hacia el que levantamos la vista
se derrumbará y cayese,
o si la montaña se desplomase hacia el mar,
yo no lloraría, no lloraría.
No, no derramaría una lágrima
mientras tú estés, estés conmigo.

Así que cariño, cariño,
quédate conmigo, oh, quédate conmigo.
Oh, quédate, quédate conmigo.
Quédate conmigo.

Siempre que estés en problemas,
¿te quedarás conmigo?
Oh, quédate conmigo.
Oh, solo quédate, oh, quédate.
Quédate conmigo.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer este libro especialmente a Marisa Gallen Guerrero y Mónica Agüero Fernández, por ser no solo grandes amigas sino las mejores lectoras cero del mundo.

A Josephine Lys, mi hermana, mi parabatai ;-)

A Violeta Triviño, mi fantástica correctora por su fantástico trabajo y dejar que la haga llorar de vez en cuando.

A Mar Fernández, por compartir conmigo su talento y hacer que mis libros luzcan como verdaderas joyas.

Y gracias a ti, que me estás leyendo y has elegido mi libro entre las lista enorme de libros a tu disposición.

PRÓXIMA PUBLICACIÓN EN JULIO

Para ir abriendo apetito os dejo a continuación la portada y el prólogo, que espero que os guste mucho.

Besabrazos,

Lorraine Cocó



La coleccionista
DE NOCHES
VACÍAS

LORRAINE COCÓ

Subía los escalones despacio, arrastrando perezosamente las zapatillas de felpa sobre la superficie envejecida de los escalones de madera. Estos, a su vez, emitían un sonido seco, como un quejido roto bajo sus pies. Toda la casa se le manifestaba; aquellos escalones, el goteo incesante del grifo de latón de la antigua bañera, las vigas del desván que parecían retorcerse al llegar la noche. La casa tenía algo que decir y ella al principio no estaba dispuesta a escuchar.

Cuando llegó diez días atrás a la vieja casa de sus abuelos, cada uno de aquellos soniquetes era inapreciable para ella. Tan sólo conseguía escuchar el zumbido de sus pensamientos ir de acá para allá. Al cabo de unos días, cuando ya no tuvo nada más en qué pensar, se dio cuenta de que la casa le decía cosas. Y luego empezó a volverla loca.

Estaba acostumbrada a los ruidos de la ciudad; bocinas hasta las tantas, gente discutiendo en la calle, el camión de la basura en mitad de la noche haciendo sonar los contenedores de metal. Eran sonidos conocidos, molestos, pero formaban parte de su vida, como una parentela inoportuna a la que tienes que aguantar, pero que a fin de cuentas es tu familia.

Pero aquellos sonidos, los de la vieja casa, sólo hablaban de soledad y abandono, de tiempo vacío, de olvido, de desidia, de desolación. Un compás

reiterado de silencio, goteo, silencio, viga, rama que choca con el cristal de la ventana de su cuarto, otro silencio, roto de nuevo por el goteo, un crujido, silencio... Aquella casa estaba agotada, sola y quejumbrosa, como ella.

Se preguntó si también guardaría algunos secretos.

Por fin llegó hasta la planta de arriba arrastrando los pies y el final de la bata de paño de su abuelo, que había encontrado en el armario. Estaba frente a la puerta del desván. No le gustaban los desvanes, tampoco los sótanos, eran los sitios en los que la gente escondía sus cosas, apolillaba su pasado o silenciaba a sus monstruos. Pero los monstruos no desaparecen, pueden estar un tiempo dormidos, puedes intentar encerrarlos, pero tarde o temprano alguien abre la puerta y vuelven a hacer de las suyas. Si fuera por ella las casas serían de una sencilla planta baja.

Sujetó el pomo de la puerta primero tímidamente y después con más fuerza, intentando convencerse de que allí no había monstruo alguno, sólo mantas y edredones en maletas y arcones, justo lo que ella necesitaba.

Recordó el frío que había pasado la noche anterior, hecha un ovillo en la cama, cada músculo agarrotado por el helor y prometiéndose que al salir el sol se atrevería a subir allí en busca de alguno de los bonitos edredones patchwork que hacía años había tejido su abuela para los huéspedes. La perspectiva de pasar otra noche como aquella la animó a girar el pomo y abrir.

El desván estaba en penumbra, tan solo algunos rayos de sol entre los

tablones de madera que protegían la ventana luchaban por abrirse camino entre las motas de polvo que lo cubrían todo, haciendo el aire espeso y enrarecido. A una persona alérgica y asmática como ella, le daba una excusa extra para no permanecer mucho más tiempo allí del necesario.

Intentó ajustar la visión a la escasa luminosidad de la estancia. Tardó unos segundos en empezar a vislumbrar las siluetas de las formas cúbicas de los residentes de aquella parte de la casa. Cajas y más cajas, de distintos tamaños y materiales, con la apariencia del juego de construcción de un niño pequeño con mucho sentido del caos, comenzaron a surgir al acercarse a ellas. No tardó en darse cuenta de su error. Sí, los tamaños y formas eran desiguales, también los materiales y colores de aquellas cajas, pero estaban perfectamente clasificadas por fechas y número de habitación a la que habían pertenecido. Las torres abarcaban del suelo al techo del desván, de lado a lado, y una profundidad de al menos cinco metros. En algún momento, las etiquetas también habían llevado un código de color, ahora tan solo se adivinaban entre el desgaste y el polvo, unas cifras y letras.

Las observó con detenimiento, aquella era la letra de su abuelo.

Había contemplado durante años esa caligrafía perfecta. En las manos de su abuelo un simple bolígrafo había sido siempre una herramienta para el arte. En la época de sus abuelos, los que habían tenido la suerte de estudiar, habían hecho mucho hincapié en elaborar una caligrafía elegante y legible. En

muchas ocasiones al recibir algún documento manuscrito, como la receta de su médico de cabecera, había echado de menos aquella antigua exigencia en los colegios. Ahora la gente dedicaba más tiempo a correr que a ver por dónde caminaba. A hablar sin escuchar sus palabras, o lo que era peor, sin pensarlas. Todo eran prisas y sinsentidos. Aquella caligrafía impecable denotaba mucho más que un esfuerzo por hacer las cosas bien era la señal clara de dar un sentido a cada cosa que hacemos.

Limpió el polvo de la primera etiqueta que tuvo a mano con el dorso de la manga de la bata de paño. “Habitación tres” “Del 23-04-91 al 30-04-91”. Un escalofrío le recorrió la espalda. Aquella parecía ser la última etiqueta que había escrito el abuelo. Sí, la última, pues poco después de aquella fecha lo perdían para siempre. Engulló la congoja que el pensamiento le confería, como una bola de espinas desgarrándole la garganta, y se concentró en la tarea que la había llevado hasta aquel lugar tan poco deseable para ella.

¿Cuál habría sido la primera caja que había clasificado su abuelo?

Un ataque de tos evidenció que su exposición al polvo había sobrepasado los límites aconsejados. Tomó la caja y se dirigió a la puerta, se dio cuenta en ese momento, de que no había cogido el edredón y arrastró también hacia fuera el arcón de madera de la abuela. Cerró la puerta a su espalda y bajó las escaleras arrastrando el arcón por los escalones hasta el piso de abajo donde se encontraba su dormitorio.

Una vez allí, lo primero fue sacarlo y ponerlo a lavar. Aunque las noches habían comenzado a ser frías pues estaban a finales de septiembre, los días aun eran soleados y tendría tiempo de sobra de disfrutarlo limpio y seco para la noche.

Una vez tendido se detuvo unos segundos a la entrada de la casa sin saber a dónde ir. Aun se sentía desorientada. Llevaba demasiado tiempo realizando la rutina de ir de su casa al trabajo y, del trabajo a casa de manera mecánica, ahora no se encontraba a sí misma en ningún otro lugar. Tenía que comenzar a pensar de otra manera.

Aquella era su nueva casa. No sabía qué iba a hacer, pero sí que era el comienzo de su nueva vida, una vida que no quería que tuviese nada que ver con la anterior. Una oportunidad de comenzar de nuevo. Ahora quedaba decidir qué sentido iba a darle. Aunque no tenía que ser en ese instante, de momento, podía conformarse con subir y ver qué contenía la caja del abuelo que había dejado en su cuarto.

El cartón no estaba muy deteriorado, a pesar de llevar décadas allí amontonada. Rompió los precintos de cinta de embalar con los que el abuelo la había cerrado y la liberó de la tapa. El interior de la caja la dejó confusa. Ocho almohadones en fundas de plástico, envasados al vacío y perfectamente etiquetados. Cada uno correspondía a uno de los días que venían anotados en el exterior de la caja. A la fecha acompañaban otros datos. Tres estaban

etiquetadas a nombre del Sr. Castle, cuatro más a nombre de la Sra. Romero, y la última de la Sra. Carbajal. Debajo de cada nombre una anotación más completaba la etiqueta; “Sin resultado”.

¿Sin resultado de qué? No le encontraba ningún sentido. Revisó las fundas, eran almohadas individuales, normales y corrientes. Las que habían tenido sus abuelos siempre en la casa de huéspedes. Recordaba bien esas almohadas, siempre impecables. Las sábanas y edredones que utilizaba la abuela eran ahora auténticas obras de arte, confeccionadas a mano con los mejores tejidos. Entendía que aquellas exquisitas piezas estuviesen empaquetadas y enfundadas con sumo cuidado, pero no los almohadones...

¿Qué sentido tenía guardar aquellos almohadones? ¿Qué había motivado a su abuelo a no sólo guardarlos, sino clasificarlos de aquella manera tan extraña? La intriga le hizo realizar un acto impensable para ella.

Volver al desván.

Tenía que revisar el contenido del resto de las cajas, algo que le iba a llevar mucho más que los cinco minutos que aguantaba estando allí.

Lo primero, ponerse la indumentaria adecuada: Una mascarilla, unos guantes de látex y ropa desechable. Y las armas necesarias: Un martillo, tijeras y bolsas de plástico.

Salió del desván tras cinco horas de masticar polvo, y lo peor, mucho

más confusa de lo que había entrado. Su primera tarea había consistido en quitar los tablones de la ventana para poderla abrir por completo. Una vez expuesta la habitación a toda la luz y el aire fresco y renovado del exterior, la estancia no resultaba tan aterradora. Al contrario, podía tener hasta un encanto especial. El techo, aunque inclinado, era bastante alto, con lo que no había tenido que agacharse en ningún momento. Las vigas y las paredes forradas de madera hacían que fuese muy acogedora y era decididamente muy amplio.

Después de una inspección superficial, se dedicó a hacerla de manera mucho más exhaustiva, quería revisar el contenido de cada caja. No había conseguido hacerlo con todas, pero tampoco le hacía falta para saber lo que contenían las que aún seguían precintadas.

Todo eran almohadones.

No había nada más. Almohadones y más almohadones, guardados y clasificados a lo largo de treinta años. Cada uno llevaba una etiqueta en la que se especificaba el nombre de la persona que lo había utilizado y la fecha en la que lo hizo, junto con una anotación al final que no variaba en ninguna. “Sin resultado”.

¿Qué resultado había esperado conseguir el abuelo de aquellas almohadas? ¿Qué sentido tenía guardar las que habían utilizado los huéspedes de la casa durante décadas? No habían sido reutilizadas, cada huésped había usado una nueva, que posteriormente había sido guardada celosamente a su

partida. ¿Con qué fin? Tenía que averiguar por qué, pero, ¿dónde conseguir más información? Jamás había escuchado hablar a sus padres de aquella obsesión del abuelo por coleccionar almohadas y, ya tampoco se lo podían decir.

Estaba sola. Todo cuanto tenía sobre su familia estaba en aquella casa. Nadie podía contarle nada sobre ellos, ni sobre lo que había pasado allí. El abuelo debía tener un motivo para coleccionar aquellos almohadones de los que había esperado conseguir algo. Algo que no consiguió, de ahí la reseña “Sin resultado”.

Transcurridas las cinco horas que había pasado en el desván, bajaba las escaleras perdida en sus pensamientos, más parecidos a delirios que a reflexiones de una persona cuerda.

En la biblioteca había estado siempre el escritorio de su abuelo. En los días que llevaba allí se había mantenido alejada de él. No queriendo cotillear demasiado entre sus papeles. Ahora, sin embargo, tenía la necesidad imperiosa de saber... Si encontraba en aquel escritorio algo que la ayudase a entender lo que acababa de ver en el desván, tenía que hacerse con ello.

Se dirigió a la planta baja poseída por una resolución que hacía meses que no sentía. Por primera vez desde que llegó, cada paso de los que daba tenía un sentido, no eran una sucesión de movimientos que se limitaban a desplazarla de un lado a otro, había una razón. Y eso fue sencillamente

revitalizador.

Aquella era una casa enorme. La planta baja era la zona de los espacios comunes; una gran sala, una biblioteca, una cocina con comedor y un baño. Subiendo la escalera, seis dormitorios y dos baños, y arriba el desván. La vieja casa era una herencia familiar de los bisabuelos, padres de la abuela. Ella la convirtió en casa de huéspedes al heredarla, y así conoció al abuelo, que fue a hospedarse allí al regresar de un viaje de trabajo, de camino a su casa, en una ciudad cercana. Iba a casarse con su novia de toda la vida hasta que vio a la abuela y ya no se marchó de allí.

Cuando la edad les impidió seguir llevando la casa de huéspedes, cerraron las habitaciones a las que ya no iban a dar uso y descuidaron el mantenimiento. A pesar de ser una casa con mucho encanto, ahora tenía un aspecto desalentador. Si decidía quedarse allí iba a tener que destinar gran parte de sus ahorros a la reforma y rehabilitación de la casa.

Por fin llegó hasta la biblioteca, su habitación favorita. Lo había sido desde niña, entonces, su pasatiempo favorito consistía en coger un libro y meterse bajo el escritorio del abuelo a leer. Era su escondite, un escondite ridículo pues siempre sabían que podían encontrarla allí, pero a ella le hacía sentir segura. En aquella ocasión no iba a sentarse bajo el escritorio, en lugar de eso, iba a ocupar la silla de su abuelo, de madera oscura y robusta, con ruedas en las patas, y respaldo tan alto que le llegaba hasta el cuello. Intentó

abrir los cajones del escritorio pero estaban cerrados con llave. Entonces se le ocurrió algo que había visto en las series televisivas de misterio, pasó la mano por la parte baja del escritorio y allí estaba, pegada con un trozo de cinta. Una pequeña llave dorada que recordaba colgada siempre en el llavero de su abuelo. La metió en la cerradura, y en un segundo se encontró frente a todo tipo de documentación que había estado atesorando éste durante años.

Los ojeó por encima hasta que algo llamó su atención, un cuaderno forrado en piel negra con unas letras labradas en verde que decían “Diario”.

¿Diario? ¿El abuelo escribía un diario? Lo abrió sin otorgarse demasiado tiempo a pensar en lo que estaba haciendo.

“A los pocos días de llegar aquí, me di cuenta de que ya no los tenía. No he vuelto a tenerlos, ni esos ni ningún otro, y no sé qué hacer. ¿Cómo los puedo recuperar? Lo he estado meditando, y he llegado a la conclusión de que si no puedo recuperar los míos, quizás pueda obtenerlos de las personas que se hospedan en la casa, pero ¿Cómo? Me niego a pensar que jamás volveré a tenerlos”

¿De qué hablaba el abuelo? ¿Qué había perdido al llegar a aquella casa? ¿Qué pretendía conseguir de los clientes? ¿Y tenía aquello algo que ver con su colección de almohadones? Era demasiado mayor para sentarse bajo el

escritorio a leer, decidió coger el diario y seguir haciéndolo en su cuarto. De camino a su habitación pasó por la puerta de la cocina. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no había comido en todo el día, se le había olvidado, también pasó por alto sacar el edredón de la lavadora, ya no estaría seco para la noche. Tendría que ingeniarse la manera de pasarla caliente.

Hacía unas horas lo que le preocupaba era no pasar otra fría noche como la anterior, pero en aquel momento no le dedicó ni un par de segundos al problema. Quería averiguar qué había perdido el abuelo al llegar a aquella casa.

Mientras se preparaba un par de sándwiches pensó en encender la chimenea del salón, y enroscarse en el mullido sofá de flores que había enfrente. Era un buen sitio para leer. Cuando lo tuvo todo preparado, se acomodó y abrió el diario, ya tan solo hambrienta de curiosidad.

“He comenzado a clasificar los almohadones de los huéspedes. Los cambio con cada uno. No quiero que algo ponga en peligro poder recuperarlos. Si con esto consiguiera volver a tenerlos, sería muy afortunado.”

¿Recuperar el qué? ¿Qué tenían que ver aquellos almohadones con lo que había perdido el abuelo?

“Llevo meses haciendo pruebas, hemos tenido catorce huéspedes en este tiempo, pero no he obtenido resultados. He preguntado a Irene si ha notado algo extraño en el suyo, pero mi querida esposa, dice que está como siempre. ¿Es posible que sólo los haya perdido yo?”

Esa era la siguiente anotación del abuelo, cada vez más confuso. Empezó a temer que el hombre que toda su vida le había parecido la persona más cuerda que había conocido, el hombre al que consultaba cada vez que sentía tambalear su mundo, hubiera perdido la cabeza. Pero una cosa así se habría notado. En algún momento su comportamiento habría denotado anormalidad, desequilibrio, obsesión. Pero jamás se dio el caso.

“He comenzado a hacer preguntas a los huéspedes. No dejo que sospechen, excuso mis interrogatorios como mera preocupación por su comodidad y confort en la casa. Ellos aceptan de buen grado mis preguntas y, así he conseguido averiguar que todos ellos los han perdido. Todos ellos”

Aquella anotación era de unos meses después. Pero seguía sin ser aclaratoria. Cuanto más leía, más necesitaba saber. Pasó la página en busca de la siguiente anotación que databa de años después.

“¡Llevo tantos años investigando, y no he conseguido progresar en mis averiguaciones! En este tiempo he esclarecido que Irene no los ha perdido porque nunca los tuvo ¿Es eso posible? El resto de los huéspedes, cuando llegan aquí también los pierden. Dentro de esta casa nadie los puede tener. Por esta razón he pedido a mi hija que no deje a la niña más de una semana aquí seguida. No quiero que la niña viva sin ellos. Me da miedo que luego no pueda recuperarlos”

Leer que el abuelo había pedido a su madre que no la dejara con ellos más de una semana seguida, le aclaró algo que la había inquietado durante muchos años. De niña había pasado grandes temporadas en la casa con los abuelos, de repente, cerca de sus ocho años de edad, su madre comenzó a dejarla solo por unos días cada varios meses, pensó que había hecho algo que molestaba a los abuelos, pero su madre le dijo que estos se hacían mayores y no quería darles trabajo. Aun así siguió teniendo dudas y por lo visto bien fundadas. El abuelo tenía otras razones. De esta a la siguiente anotación también pasaron varios años.

“El desván está repleto, y hace años que perdí toda esperanza. Perdí los míos y no los pude recuperar a través de los demás. Pero he seguido guardando esos almohadones. Irene cree que son manías de un viejo tonto, yo

sólo le respondo que otros coleccionan monedas, yo, noches vacías. La casa tiene algo mágico, algo que hace que toda persona que pasa la noche en ella sea incapaz de soñar. Fuera de esas paredes si se puede, pero dentro es imposible. Hace años me resigne a vivir sin sueños. Primero me sentí el hombre más desgraciado del mundo, pero después me di cuenta de que podía seguir soñando despierto. En realidad, esos son los sueños que queremos que se hagan realidad. Yo tengo una bella casa, y una bella familia. Y una colección de almohadones que, aunque no pudieron devolverme los sueños, ni propios ni prestados, son todo un homenaje a las noches vacías. En estos años he descubierto que para muchos, esa influencia que ejerce la casa sobre ellos, ha sido toda una liberación. Hay muchas personas perseguidas cada noche por sus fantasmas, sus monstruos, y aquí son libres, por eso me siento feliz, porque he visto a muchas personas entrar con el alma agotada y salir recuperando las energías y soñando despiertos con un nuevo camino. Seguiré almacenando esos almohadones vacíos, en tributo a ellos mientras pueda. Todo el mundo debería poder refugiarse de su mente”

¿Aquello era posible? ¿La casa tenía algún tipo de influencia mágica que impedía a las personas soñar cuando dormían en ella? El abuelo había perdido la cabeza. ¿O no? Si se paraba a pensarlo, desde que llegó allí, ¿podía recordar haber tenido algún sueño?

No, no podía. Pero no recordarlo no significaba no haberlos tenido, ¿verdad?

Dos meses después abría las puertas de la nueva casa de huéspedes, “Noches vacías”, sin hacer honor a su nombre. En cuanto la anunció en Internet ofreciendo el descanso especial que podía conseguirse allí, las reservas se hicieron tan abundantes como para llenar la agenda de varios meses. Ella no había vuelto a tener sueños, ni buenos ni malos. Lo que hacía que se despertase siempre con las energías renovadas y soñando despierta. Aunque tampoco le hacía falta, porque aquella casa que no la dejaba soñar, le había devuelto la ilusión por cumplir sus sueños.

SOBRE LORRAINE COCÓ

Es autora de ficción romántica desde hace casi veinte años. Nacida en 1976 en Cartagena, Murcia. Ha repartido su vida entre su ciudad natal, Madrid, y un breve periodo en Angola. En la actualidad se dedica a su familia y la escritura a tiempo completo.

Apasionada de la literatura romántica en todos sus subgéneros, abarca con sus novelas varios de ellos; desde la novela contemporánea, a la paranormal, o distópica. Lectora inagotable desde niña, pronto decidió dejar salir a los personajes que habitaban en su fértil imaginación.

En Mayo del 2014 consiguió cumplir su sueño de publicar con la editorial Harlequin Harper Collins, su serie *Amor en cadena*, que consta de ocho títulos. Además de ésta, tiene la que denomina su “serie oscura” dedicada a la romántica paranormal y de la que ya se pueden disfrutar, *La Portadora*, *DAKATA*, y *Las hermanas De’Marsi y sus extraordinarias formas de amar*.

En septiembre del 2015 publicó *Se ofrece musa a tiempo parcial*, galardonada en 2016 como mejor comedia romántica, en los Premios Infinito. En 2015 recibió el Premio Púrpura a la mejor autora romántica autopublicada. En 2016 publicó *Besos de mariposa*, continuación de *Se ofrece musa a tiempo parcial*, y los títulos de la Serie Bocaditos: *Hecho con amor* y *Eres la nata de*

mi chocolate. En 2017 publicó serie de suspense romántico que consta de cuatro novelas: *Lo que busco en tu piel*, *Lo que encuentro en tu boca*, *Lo que quiero de tí*, *Lo que tomo de tí*.

Lorraine sueña con seguir creando historias y viajar por todo el mundo, recogiendo personajes que llevarse en el bolsillo.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

SERIE AMOR EN CADENA:

Perdición Texana - HQÑ

Ríndete mi amor - HQÑ

Unidos por un ángel - HQÑ

Una boda sin fresas - HQÑ

Mi pequeña tentación - HQÑ

Gotas de chocolate y menta - HQÑ

Con la suerte en los tacones - HQÑ

Dulce como el azúcar - HQÑ

OTROS LIBROS:

Se ofrece musa a tiempo parcial - Romántica's Cocó

Besos de mariposa - Romántica's Cocó

Los días grises y tu mirada azul- Romántica's Cocó

Jugando a las casitas- Romántica's Cocó

Como en una canción country- Romántica's Cocó

SERIE PARANORMAL:

DAKATA - Romántica's Cocó

La Portadora - Romántica's Cocó

El destino de Noah- Romántica's Cocó

Las hermanas DeMarsi, y sus extraordinarias formas de amar -
Romántica's Cocó

COLECCIÓN BOCADITOS:

Hecho con amor - Romántica's Cocó

Eres la nata de mi chocolate - Romántica's Cocó

Sexy Summer Love - Romántica's Cocó

Autumn Passion Love - Romántica's Cocó

SERIE SUSPENSE ROMÁNTICO:

Lo que busco en tu piel - Romántica's Cocó

Lo que encuentro en tu boca - Romántica's Cocó

Lo que quiero de ti - Romántica's Cocó

Lo que tomo de ti - Romántica's Cocó

Todos ellos disponibles en digital y papel.